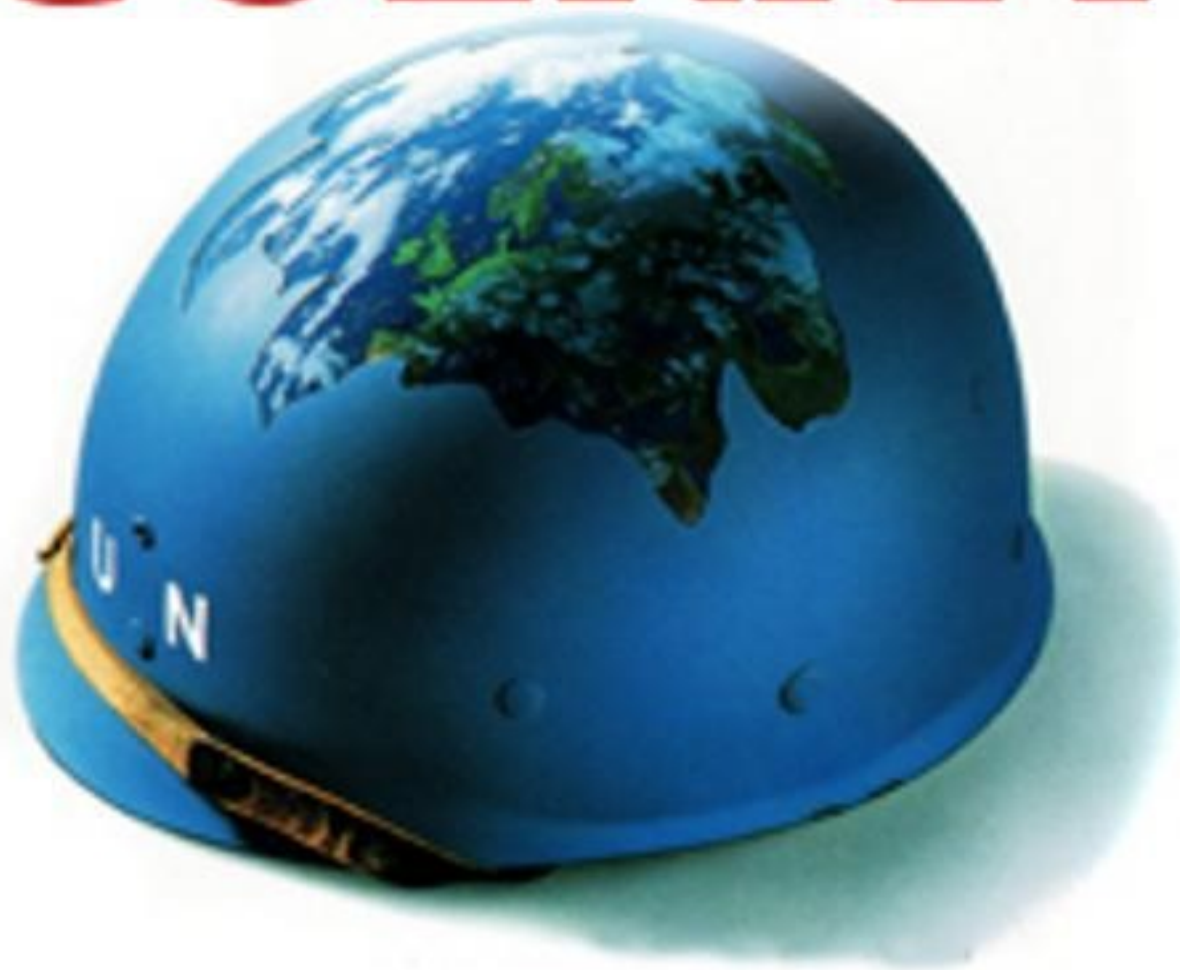


JG
BALLARD
FIEBRE
DE
GUERRA



Lectulandia

En un deslumbrante despliegue de invención y afilada crítica social, las historias contenidas en Fiebre de guerra van desde la sátira hilarante a la parábola aterradora, de la ciencia ficción más osada a la fantasía lírica. Beirut asolado por la guerra es el escenario del relato que da nombre al volumen. En «La historia secreta de la Tercera Guerra Mundial», Ronald Reagan, ya anciano, vuelve a ser nombrado presidente e, inmediatamente, su estado de salud, monitorizado a través de los medios hasta el más mínimo detalle, se convierte en el único indicador aceptado del estado de la Unión. Otras historias nos muestran la trama para asesinar a un astronauta americano –líder de un autoritario movimiento religioso–, a un hombre devastado por un accidente de coche que decide no volver a salir de su apartamento o al superviviente de un vertido tóxico que naufraga en una isla del Caribe. Durante todo el libro, Ballard se muestra como un destacado experto difuminando la distinción entre las realidades del presente y sus distorsionados escenarios de un futuro muy cercano.

Lectulandia

J.G. Ballard

Fiebre de guerra

ePUB v1.0

Kundalpanico 12.08.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *War Fever*

©1990, J.G. Ballard.

Traducción: Javier Fernández y David Cruz

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

Fiebre de guerra

Ryan tuvo por primera vez el sueño del alto el fuego durante la batalla por el Hilton Beirut. En aquel momento apenas se dio cuenta de la extraña visión de una ciudad en paz que se había colado sin invitación en una esquina de su mente. Durante todo el día la batalla se había ido desplazando de una planta del hotel en ruinas a otra y Ryan había estado demasiado ocupado defendiendo la barricada de mesas de restaurante en el entresuelo como para pensar en nada más. Hacia el final, mientras Arkady y Mikhail avanzaban reptando para silenciar al último francotirador monárquico pertrechado en el atrio, Ryan se alzó para darles fuego de cobertura, rezando en todo momento por su hermana Louisa, que luchaba en otra unidad de la milicia cristiana.

Entonces el fuego cesó y el capitán Gómez hizo señas a Ryan para que bajara por las escaleras hasta la zona de la recepción. Ryan contempló el polvo que caía a través del techo del atrio, quince plantas más arriba. Iluminado por la luz del sol, el cemento pulverizado formaba un halo fugaz, cayendo en cascada hacia la réplica de una isla tropical situada en el centro del atrio. La laguna en miniatura estaba llena de escombros, pero unos cuantos tamarindos y helechos exóticos sobrevivían entre los muebles que habían sido arrojados desde los balcones superiores. Durante un segundo, este paraíso en ruinas fue iluminado por el polvo, como si se tratase de un escenario milagrosamente preservado entre los desechos de algún teatro bombardeado. Ryan observó el halo que se iba desvaneciendo y pensó que quizá un día todo el polvo de Beirut descendería como una paloma y por fin silenciaría las pistolas.

Pero el halo sirvió para otro fin más práctico. Mientras Ryan seguía al capitán Gómez por las escaleras vio a dos milicianos enemigos gateando por el fondo de la laguna, sus mojados uniformes perfectamente visibles contra el cemento calizo. A continuación, él y Gómez comenzaron a disparar a los dos soldados atrapados, astillando los tamarindos incluso después de que los dos jóvenes yacieran juntos y ensangrentados en el agua poco profunda. Probablemente habían intentado rendirse, pero las noticias televisivas de las atrocidades cometidas por los monárquicos, emitidas la noche anterior, pusieron precio a tal esperanza. Como los otros jóvenes combatientes, Ryan mataba con un propósito.

A pesar de ello, como sucedía después de cada una de las batallas libradas en Beirut aquel verano, Ryan se sintió mareado y entumecido cuando todo acabó. Casi creía que también él había muerto. Los otros miembros de su pelotón apoyaban los cinco cuerpos contra el mostrador de la recepción, allí les podrían tomar fotos para las octavillas de propaganda que se esparcían sobre las posiciones monárquicas en

Beirut Sur. Intentando enfocar la mirada, Ryan observó el techo del atrio, desde cuyas vigas de metal aún caían las últimas espirales de polvo.

—Ryan, ¿qué ocurre? —El doctor Edwards, observador médico de las Naciones Unidas, le tomó del brazo e intentó tranquilizarlo—. ¿Has visto a alguien moviéndose allí arriba?

—No..., no hay nada. Estoy bien, doctor. Había una luz extraña...

—Seguramente es uno de esos nuevos escudos de fósforo que usan los monárquicos. Un arma diabólica, estamos esperando que los prohíban.

Con una mueca de rabia, el doctor Edwards se colocó el abollado casco de la ONU. Ryan se alegraba de ver a aquel hombre valeroso aunque un poco inocente, que parecía más un joven sacerdote comprometido que un doctor y que pasaba tanto tiempo en el frente de Beirut como cualquier otro combatiente. Podía haber regresado fácilmente a su cómoda consulta de Nueva Inglaterra, pero eligió dedicarse a los hombres y mujeres que morían en una olvidada guerra civil a medio mundo de su hogar. Ryan, que tenía diecisiete años, disfrutaba de una estrecha amistad con el doctor Edwards y le contaba todas sus preocupaciones acerca de su hermana y su tía, e incluso su pasión no correspondida por la teniente Valentina, la tenaz comandante del puesto de guardia cristiano situado en la centralita de teléfonos.

El doctor Edwards siempre se mostraba cariñoso y compasivo, y Ryan a menudo se aprovechaba de la buena fe del médico, sonsacándole noticias relativas a cualquier cambio en las alianzas militares que hubiese sido detectado por la fuerza de paz de la ONU. A veces, Ryan temía que el doctor Edwards hubiera pasado demasiado tiempo en Beirut. Se había vuelto curiosamente adicto a la violencia y la muerte, como si el hecho de atender a los heridos y a los moribundos satisficiera una corriente derrotista de su personalidad.

—Echemos un vistazo a esos pobres diablos.

Condujo a Ryan hacia los soldados apoyados contra el mostrador de la recepción, sus armas y cartas personales dispuestas a sus pies en una sombría estampa.

—Con un poco de suerte encontraremos a sus familiares más próximos.

Ryan pasó junto al capitán Gómez, quien le murmuraba a su terca cámara fotográfica. Se arrodilló junto al más joven de los soldados muertos, un adolescente de ojos oscuros y cara angelical que llevaba la voluminosa chaqueta de camuflaje de la Brigada Internacional.

—¿Ángel...? ¿Ángel Porrúa...?

Ryan tocó las esponjosas mejillas del español quinceañero con quien a menudo iba a nadar a las playas de Beirut Este. El domingo anterior, de hecho, habían aparejado una vela improvisada sobre un pequeño bote y habían navegado un kilómetro por la costa hasta que la patrulla naval de la ONU les hizo retroceder. Se dio cuenta de que había visto a Ángel por última vez en el atrio, arrastrándose a

través de los escombros anegados de la laguna artificial. Quizá había reconocido a Ryan, en la escalera del entresuelo, y estaba intentando rendirse cuando él y el capitán Come/, abrieron fuego.

—¿Ryan? —El doctor Edwards se agachó junto a él—. ¿Lo conoces?

—Ángel Porrúa..., pero pertenece a la Brigada, doctor. Es de los nuestros.

—Ya no. —El doctor apretó el hombro de Ryan a modo de torpe consuelo—. Anoche hicieron un trato con los monárquicos. Lo siento..., son culpables de traición.

—No, Ángel estaba de nuestro lado...

Ryan se levantó y abandonó el grupo de soldados mientras estos compartían una caja de seis cervezas. Avanzó entre el polvo y los escombros hasta la isla decorativa del centro del atrio. Los tamarindos acribillados aún se agarraban a las rocas, y Ryan deseó que sobrevivieran hasta que las primeras lluvias del invierno se colaran por el tejado. Volvió la mirada hacia los monárquicos muertos, sentados como clientes ignorados que hubiesen acabado expirando en la recepción del hotel, al lado de sus armas.

¿Pero qué pasaría si los vivos dejasen las armas? Supongamos que por todo Beirut los soldados rivales dejasen los rifles a sus pies, junto con sus placas de identificación y las fotos de sus hermanas y novias, formando, cada uno de ellos, un pequeño santuario del alto el fuego.

¿Un alto el fuego? La expresión apenas existía en el vocabulario de Beirut, meditó Ryan mientras iba sentado en la parte trasera del jeep del capitán Gómez, de vuelta al sector cristiano de la ciudad. A su alrededor se extendían amplias vistas de bloques de apartamentos destrozados y edificios de oficinas bombardeados. Muchos de los comercios eran ahora puntos de resistencia. Tenían las rejas metálicas cubiertas de eslóganes y carteles con brutales fotografías de mujeres y niños asesinados.

Durante la guerra civil original, treinta años atrás, vivían en Beirut más de medio millón de personas. Entre ellos se contaban sus propios abuelos que, como muchos otros americanos, habían abandonado sus puestos de profesores en escuelas y universidades para luchar junto a la asediada milicia cristiana. Voluntarios de todo el mundo habían sido atraídos hasta Beirut: mercenarios e idealistas, fanáticos religiosos y guardaespaldas en paro, que lucharon y murieron en una u otra de las facciones rivales.

En la profundidad de los búnkeres, debajo de los escombros, había quien incluso se había casado y formado una familia. Siendo adolescentes, los padres de Ryan fueron asesinados durante la tristemente famosa Masacre del Aeropuerto, la peor de las muchas atrocidades cometidas: tras prometerles el salvoconducto hasta Chipre, la milicia nacionalista ejecutó a todos sus prisioneros. Ryan se salvó gracias a la bondad de un soldado indio de las fuerzas de la ONU. Este encontró al bebé y a su hermana en un edificio de apartamentos abandonado y después localizó a su adolescente tía.

A pesar de la tragedia, había valido la pena luchar por Beirut, una ciudad con mercados callejeros, tiendas y restaurantes. Había iglesias y mezquitas repletas de fieles en lugar de simples montones de tejas bajo el cielo abierto. Ahora la población civil se había marchado, dejando atrás a unos cuantos miles de combatientes y a sus familias escondidas entre las ruinas. La fuerza de paz de la ONU les proporcionaba alimentos y suministros y a la vez hacía la vista gorda ante los cargamentos clandestinos de armas y municiones, por miedo a favorecer a uno u otro bando del conflicto.

De modo que la inútil guerra se hacía interminable, una guerra tan poco importante que hacía mucho tiempo que los medios de comunicación mundiales habían perdido el interés. A veces, en un sótano en ruinas, Ryan encontraba alguna vieja copia de *Time* o de *París Match*, de cuando la ciudad estaba en el centro de la preocupación mundial, llena de fotos de luchas callejeras y reportajes gráficos sobre la agonía de Beirut. Ahora nadie tenía el más mínimo interés y sólo las milicias hereditarias seguían luchando, sobreviviendo entre sus imperios de escombros.

Pero las balas sí que eran importantes. Mientras pasaban cerca del escudo de la vieja estación de radio progubernamental se produjo un disparo desde una de las ventanas de la planta baja. ¡Aparque, cabo! ¡Fuera de la carretera!

Pistola en mano, Gómez arrebató el volante de las manos de Arkady y giró bruscamente para poner a cubierto el jeep tras un autobús abandonado.

Arrodillado junto a las deshinchadas ruedas traseras, Ryan vio el avión de los observadores de la ONU volando en círculos. Esperó a que Gómez liquidara al francotirador, probablemente un nacionalista fanático intentando vengar la muerte de un hermano o de un primo. La milicia nacionalista tenía base en el aeropuerto de Beirut, una selva de cemento y maleza en la que no había aterrizado ningún avión desde hacía diez años, y rara vez se adentraba en el corazón de la ciudad.

Si alguna vez iba a comenzar un alto el fuego este sería el lugar indicado, la vieja Línea Verde que dividía Beirut, una tierra de nadie en medio de las bases de las fuerzas principales: los cristianos en el noreste, los nacionalistas y fundamentalistas en el sur y el oeste, los monárquicos y republicanos en el sureste, y la Brigada Internacional aferrándose a las zonas limítrofes. Pero el mapa real de la ciudad se rediseñaba continuamente según los tratos oportunistas cerrados entre los comandantes locales: un jeep a cambio de un cargamento de tomates, seis lanzamisiles por un aparato de vídeo.

¿Qué rescate podría comprar un alto el fuego?

—¡Ryan, despierta! ¡En marcha!

Gómez emergió de la estación de radio con su prisionero, un nervioso muchacho de doce años vestido con un uniforme nacionalista prestado. Gómez agarraba del pelo enmarañado al chico y lo empujó a la parte trasera del jeep.

—Ryan, vigila a este animal..., muerde. Nos lo llevamos para que lo interroguen.

—De acuerdo, capitán. Y si al final queda algo de él, lo cambiaremos por unos vídeos.

Con las manos atadas, el chico se arrodilló en el suelo del jeep, llorando abiertamente de miedo y de rabia. Mientras lo golpeaba con la culata del rifle, Ryan se sorprendió de sus propias emociones. A pesar de todos sus anhelos de un alto el fuego, sentía, como un acto reflejo, auténtico odio por aquel niño grandullón. El odio era lo que mantenía la guerra en marcha. Incluso el doctor Edwards estaba infectado por él, y no era el único. Ryan había visto los brillantes ojos de los observadores de la ONU mientras fotografiaban a las últimas víctimas de la atrocidad o interrogaban a los supervivientes de un cruel ataque en respuesta a algún otro, parecían curas lascivos en el confesionario. ¿Cómo podían ellos poner fin al odio que estaba corrompiendo a todo el mundo? Dios Santo, él mismo había comenzado a sentir resentimiento hacia Ángel Porrúa por luchar con los nacionalistas...

Aquella tarde, Ryan descansaba en el balcón del apartamento de la tía Vera con vistas al puerto de Beirut Este. Observó el movimiento de las luces de la patrullera de la ONU en el mar y pensó en sus planes para un alto el fuego. Mientras intentaba olvidar el combate y la muerte de Ángel, por encima del sonido de la música pop emitida desde una emisora de radio local, escuchó el parloteo de Louisa en la cocina.

El balcón era virtualmente el dormitorio de Ryan. Allí dormía sobre una hamaca, oculto por el tendedero y la conejera de contrachapado que, siendo niño, había construido para su conejo holandés. Ryan podría haberse trasladado fácilmente a cualquiera de los muchos apartamentos vacíos del edificio, pero le gustaba la intimidad de la vida familiar. Aquellas dos habitaciones más cocina eran el único hogar que había conocido.

Una joven pareja que vivía en un apartamento al otro lado de la calle había adoptado recientemente a un huérfano y los sonidos de su llanto le recordaban a Ryan que él al menos tenía lazos de sangre con los miembros de su familia. En Beirut tales lazos de sangre eran poco comunes. Muy pocas de las jóvenes soldados daban a luz y la mayoría de los niños eran huérfanos de guerra, aunque a Ryan le desconcertaba de dónde saldrían aquellos jovencitos. De algún modo, una vida familiar secreta sobrevivía en los sótanos y en los barrios de chabolas de las afueras.

—Es el nuevo hijo de los Renton. —Su hermana entró en el balcón cepillándose el cabello que le llegaba a la cintura y que durante el día llevaba recogido en un moño militar—. Es una pena que llore tanto.

—Al menos ríe más que llora. —A Ryan se le ocurrió un pensamiento intrigante—. Dime, Louisa, ¿tendremos un hijo la teniente Valentina y yo?

—¿Un hijo? ¿Has oído eso, tita? ¿Qué piensa Valentina?

—Ni idea. Verás, nunca he hablado con ella.

—Bueno, cariño, creo que deberías preguntárselo. Podría perder un poco de su elegante compostura.

—Tan sólo por unos segundos. Es muy majestuosa.

—Sólo se tarda unos segundos en concebir un hijo. ¿O es que es demasiado especial como para dedicarte esos pocos segundos?

—Es muy especial.

—¿De quién habláis? —La tía Vera colgó las guerreras en el balcón, mirándolas con un orgullo casi maternal—. ¿Hablas de mí, Ryan, o de tu hermana?

—De alguien mucho más especial —contestó Louisa—. La mujer de sus sueños.

—Vosotras dos sois las mujeres de mis sueños.

Literalmente era la verdad. La posibilidad de que algo pudiera ocurrirles le horrorizaba. En la calle, bajo el balcón, una patrulla nocturna se había puesto en fila y comprobaba su equipo: pistolas automáticas, granadas, mochilas llenas de bombas trampa y detonadores. Se arrastrarían hacia la oscuridad de Beirut Oeste, cada uno de ellos convertido en una máquina de matar dispuesta a asesinar a alguna tía o hermana en un balcón.

Un médico de la ONU recorrió con diligencia la fila repartiendo ampollas de morfina. A pesar de las vidas que salvaban, a Ryan le desagradaban a veces los cascos azules. Cuidaban a los heridos, daban dinero y consuelo a los afligidos, buscaban padres adoptivos para los huérfanos, pero estaban demasiado nerviosos como para tomar partido. Rodeaban la ciudad, evitando que nadie entrara o saliera, y en cierto modo controlaban todo lo que ocurría en Beirut. Podían prácticamente detener la guerra, pero el doctor Edwards repetía constantemente a Ryan que cualquier intento por parte de las fuerzas de paz de estar a la altura de su nombre conduciría a los poderes mundiales a intervenir militarmente, por miedo a que se desestabilizase todo el Oriente Próximo. De modo que la lucha continuaba.

El comando nocturno, seis soldados a cada lado de la calle, avanzó hacia las ráfagas intermitentes de disparos.

—Ya se van —dijo la tía Vera—. Deseadles suerte.

—¿Por qué? —preguntó Ryan con un susurro—. ¿Para qué?

—¿A qué te refieres? Siempre intentas sorprendernos, Ryan. ¿Acaso no quieres que vuelvan?

—Por supuesto. Pero ¿por qué tienen que ir? Podrían quedarse aquí.

—Tonterías. —Su hermana le puso una mano en la frente, comprobando su temperatura—. Lo has pasado mal en el Hilton, Arkady me lo ha dicho. Recuerda por qué luchamos.

—Lo intento. Hoy he ayudado a matar a Ángel Porrúa. ¿Por qué luchaba él?

—¿Hablas en serio? Luchamos por aquello en lo que creemos.

—¡Pero si nadie cree en nada! Piénsalo, Louisa. Los monárquicos no quieren al

rey, los nacionalistas desean secretamente que haya una separación, los republicanos quieren llegar a un trato con el príncipe de Mónaco, los cristianos son en su mayoría ateos y los fundamentalistas no se ponen de acuerdo en nada fundamental. Luchamos y morimos por nada.

—¿Y? —Louisa señaló con el cepillo el puesto de observación de la (ONU—. En ese caso sólo quedan ellos. ¿En qué creen?

En la paz. La armonía mundial. En el fin de la lucha en todo el mundo.

Entonces quizá deberías unirte a ellos.

—Sí...

Ryan apartó su guerrera y miró a través del enrejado del balcón. Cada casco azul era una pálida linterna en el crepúsculo.

—Quizá todos deberíamos unirnos a la ONU. Sí, Louisa, todos deberíamos llevar un casco azul.

Y así nació un sueño.

Durante los días siguientes, Ryan comenzó a estudiar esta idea tan simple como revolucionaria. Aunque absorto por el concepto, sabía que era difícil ponerlo en práctica. Su hermana se mostraba escéptica y los compañeros de su pelotón estaban sencillamente desconcertados ante el proyecto.

—Ya veo adonde quieres llegar —admitió Arkady mientras compartían un cigarrillo en el bunker de mando de la Línea Verde—. Pero si todo el mundo se une a la ONU, ¿quién quedará para luchar?

—Arkady, ese es el meollo de la cuestión... —Ryan estaba tentado de abandonar—. Sólo piénsalo. Todo estará ordenado y limpio de nuevo. Ya no habrá patrullas, ni desfiles, ni instrucciones de tiro. Andaremos por ahí en los McDonald's comiendo hamburguesas, iremos a la discoteca cada noche. La gente andará por las calles, irá a las tiendas, se sentará en las cafeterías...

—Suena todo muy raro —comentó Arkady.

—No es raro. La vida comenzará de nuevo. Así es como solía ser, como es ahora mismo en otros lugares del mundo.

—¿Dónde?

—Bueno...

Esa era una pregunta difícil. Como los otros combatientes de Beirut, Ryan apenas sabía nada del mundo exterior. Los periódicos no llegaban, y las emisiones de radio y televisión extranjeras estaban bloqueadas por los equipos de señales de los grupos rivales para evitar cualquier confabulación extranjera en apoyo de algún golpe militar. Ryan había pasado algunos años en el colegio de la ONU en Beirut Este, pero la principal fuente de información acerca del mundo exterior eran las revistas de hacía cuarenta años que encontraba en los edificios abandonados. Estas mostraban la imagen de un mundo en lucha, de enconadas batallas en Vietnam, Angola e Irán.

Presumiblemente aquellos grandes conflictos, versiones ampliadas de la lucha en Beirut, aún continuaban.

Quizá todo el mundo debería llevar el casco azul. Tal pensamiento emocionaba a Ryan. Si él pudiese traer un alto el fuego a Beirut, tal vez el movimiento por la paz se extendiese a Asia y África, todo el mundo dejaría las armas...

A pesar de no pocos desaires, Ryan continuó discutiendo su idea con todos los soldados que le salieron al paso. Aunque nadie lo admitiese, el concepto suscitaba siempre interés, pero uno de los principales obstáculos lo constituía el continuo aluvión de propaganda: los carteles llenos de atrocidades, los noticiarios televisivos que mostraban iglesias profanadas y que animaban el siempre latente sentimiento de indignación religiosa, y una mezcla de difamaciones raciales y antimonárquicas.

Romper aquel poder absoluto de la propaganda estaba más allá del alcance de Ryan pero por casualidad descubrió una potente e inesperada arma: el humor.

Estando de guardia con una patrulla costera cerca del muelle, Ryan describía su sueño de un Beirut mejor mientras su unidad pasaba por el puesto de mando de la ONU. Los observadores habían dejado los cascos sobre la mesa de mapas al aire libre y sin pensarlo Ryan se quitó la gorra caqui de campaña y se colocó el casco metálico azul en la cabeza.

—¡Eh! Mirad a Ryan —gritó Arkady.

Se produjo una jovial escaramuza hasta que Mikhail y Nazar los separaron.

—¡Se acabaron las peleas, tenemos nuestra propia fuerza de pacificación!

Algunos silbidos amistosos saludaron a Ryan mientras desfilaba arriba y abajo con el casco, pero por fin reinó el silencio. Ryan se dio cuenta de que el casco tenía un efecto calmante tanto en él mismo como en sus compañeros. Movido por un impulso comenzó a andar por la playa en dirección al puesto de guardia de los fundamentalistas, situado a unos quinientos metros.

—¡Ten cuidado, Ryan!

Mikhail corrió tras él, pero se detuvo cuando el capitán Gómez condujo el jeep hasta el muro del puerto. Juntos contemplaron a Ryan pasear por la playa, ignorando los edificios de oficinas infestados de francotiradores. Estaba a mitad de camino del puesto de guardia cuando un sargento fundamentalista subió al tejado agitando un salvoconducto temporal. Demasiado cauto para arriesgar su preciada vida, Ryan saludó y dio media vuelta.

Cuando se reunió con su pelotón, todo el mundo le miraba con renovado respeto. Arkady y Nazar llevaban cascos azules e ignoraron tímidamente al capitán Gómez mientras este salía de manera ominosa del jeep. A continuación, el doctor Edwards emergió del puesto de la ONU y contuvo al capitán.

—Yo me ocupo de esto, capitán. La ONU no presentará cargos. Sé que Ryan no estaba haciendo el tonto.

Fue mucho más fácil de lo esperado explicarle el proyecto al doctor Edwards. Se sentaron juntos en el puesto de observación mientras el doctor lo animaba a que le describiese el plan.

—Es una idea extraordinaria, Ryan. —Claramente entusiasmado con las posibilidades, el doctor Edwards parecía estar casi mareado—. No digo que vaya a funcionar, pero merece la pena intentarlo.

—El objetivo principal es el alto el fuego —remarcó Ryan—. Unirse a las fuerzas de la ONU no es más que un medio para alcanzar ese fin.

—Por supuesto. Pero ¿crees que se pondrán el casco azul?

—Unos cuantos lo harán, y eso es todo lo que necesitamos. Poco a poco, se unirá más gente. Todo el mundo está harto de luchar, doctor, pero no hay otra cosa que hacer aquí.

—Lo sé, Ryan. Sabe Dios que esto es un infierno. —El doctor Edwards extendió los brazos y agarró a Ryan por las muñecas intentando transferirle algo de su propia fuerza—. Tendré que tratar esto con el secretario de la ONU en Damasco, es fundamental hacerlo bien. Considerémoslo una fuerza de voluntarios de la ONU.

—Exacto. Nos ofreceremos voluntarios para llevar el casco azul. De este modo no tendremos que cambiar de bando o traicionar a los nuestros. Finalmente, todo el mundo formará parte de la fuerza de voluntarios...

—... Y la lucha desaparecerá. Es una gran idea, sólo me extraña que no se le haya ocurrido a nadie antes. —El doctor Edwards miró de forma penetrante a Ryan—. ¿Te ha ayudado alguien? ¿Quizá uno de los ex oficiales heridos?

—Nadie, doctor. Simplemente se me ocurrió, surgió de entre tanta muerte...

El doctor Edwards abandonó Beirut durante una semana para consultar a sus superiores en Damasco, pero durante ese tiempo los acontecimientos se sucedieron mucho más deprisa de lo que Ryan había imaginado. Por todos lados los guerrilleros lucían los cascos azules. Comenzó como una broma entre las fuerzas cristianas, en parte como un gesto irreverente ante los observadores de la ONU. Entonces, mientras patrullaban la Línea Verde, Ryan vio al conductor de un jeep monárquico llevando una boina azul. Pronto los más despreocupados, los bromistas de cada unidad, llevaban el casco o la boina a modo de ornamento.

—Ryan, echa un vistazo a esto —el capitán Gómez lo llamó para que fuera al puesto de mando en el vestíbulo de la cadena de televisión—. Tienes mucho de lo que responder...

Al otro lado de la calle, cerca de un mercedes quemado, un guerrillero monárquico que llevaba una boina azul había colocado una silla de lona y una mesa de cartas. Estaba recostado, con los pies sobre la mesa, y tomaba el sol tranquilamente.

—¡Qué descaró...!

Gómez alzó el rifle de Ryan y apuntó al soldado. Resopló y le devolvió el rifle.

—Tiene suerte de que aquí estemos expuestos. Le daría un buen bronceado...

Fue un paso adelante, pero no el último. Estaba claro que había una fuerte corriente de hastío. Para cuando el doctor Edwards volvió, Ryan calculaba que uno de cada diez guerrilleros llevaba el casco o la boina azul. El fuego de las batallas aún cruzaba el cielo nocturno, pero las ráfagas de disparos parecían más aisladas.

—Ryan, apenas lo puedo creer —le dijo el doctor Edwards cuando se encontraron en el puesto de la ONU cerca del puerto. Señaló el mapa surcado por un laberinto de líneas divisorias y posiciones fortificadas—. Hoy no ha habido ningún incidente importante en toda la Línea Verde. Al norte del aeropuerto hay incluso un alto el fuego real entre los fundamentalistas y los nacionalistas.

Ryan observaba el mar, en donde un grupo de soldados cristianos se lanzaban al agua desde un bote. Las patrulleras de la ONU estaban cerca de la costa, sin preocuparse de abrir fuego. Sin intención de rememorar el pasado, Ryan dijo:

—Ángel y yo navegábamos por ahí.

—Y navegarás de nuevo, con Nazar y Arkady. —El doctor Edwards lo agarró de los hombros—. Ryan, has conseguido un milagro.

—Bueno...

Ryan no comprendía sus propias emociones, como alguien que acaba de ganar el premio gordo de la lotería. El camión de la ONU aparcado al sol estaba lleno de cajas de uniformes, boinas y cascos azules. Se había concedido permiso para formar una fuerza de voluntarios de la ONU reclutada entre los milicianos. Los voluntarios servirían en sus propios pelotones, pero irían desarmados y no tomarían parte en las batallas, a menos que sus vidas se vieran amenazadas. La posibilidad de una paz permanente estaba por fin a la vista.

Sólo seis semanas después de que Ryan se hubiese puesto el casco azul, un alto el fuego continuo reinaba sobre Beirut. Por todos lados las pistolas permanecían en silencio. Sentado junto al capitán Gómez mientras viajaban por la ciudad en el jeep, Ryan se maravilló de la transformación. Unos soldados desarmados charlaban sentados en las escaleras del Hilton, grupos que antes habían sido encarnizados enemigos confraternizaban ahora en la terraza del edificio del Parlamento. Las tiendas a lo largo de la Línea Verde abrían sus toldos, e incluso había un modesto mercado callejero en el recibidor de la oficina de correos. Los niños habían salido de sus escondrijos en los sótanos y jugaban entre los coches abrasados. Muchas de las guerrilleras habían cambiado los uniformes de combate por vestidos con brillantes estampados, el primer signo del glamour y la elegancia que una vez habían hecho célebre la ciudad.

Incluso la teniente Valentina paseaba ahora con una falda de cuero negra, una chaqueta de color rojo brillante y la boina azul colocada de manera despreocupada

sobre un elegante moño.

Mientras pasaban por el puesto de mando, el capitán Gómez paró el jeep y se quitó el casco azul como señal de respeto.

—¡Dios santo! ¿No es una pasada, Ryan?

—Ciertamente lo es, capitán —dijo Ryan con devoción—. ¿Cómo me atreveré a acercarme a ella?

—¿Qué? —Gómez siguió la mirada atemorizada de Ryan—. No me refiero a la teniente Valentina..., te comerá para desayunar. Estoy hablando del partido de fútbol de esta tarde. —Señaló un cartel grande recientemente pegado sobre las ventanas rotas del cercano Holiday Inn. Un partido de fútbol entre republicanos y nacionalistas tendría lugar en el estadio a las tres en punto, el primer partido de la nueva liga de Fútbol de Beirut—. «Mañana... cristianos contra fundamentalistas. Arbitro: coronel Mugabe de la Brigada Internacional.» Seguramente habrá bastantes goles...

Con el casco azul en la mano, Gómez salió del jeep y avanzó hacia el cartel.

Mientras tanto, Ryan observaba a la teniente Valentina. Sin el uniforme parecía aún más majestuosa, con su Uzi al hombro como si fuera un complemento de moda. Armándose de valor, Ryan saltó a la calle y anduvo hacia ella. Podía comérselo para desayunar, por supuesto, y tranquilamente para almorzar y cenar...

La teniente giró sus imperiales ojos hacia él, resignada a las atenciones que le procuraba aquel tímido joven. Pero antes de que Ryan pudiese hablar, una enorme explosión surgió de la calle situada detrás de la cadena de televisión. El impacto hizo temblar el suelo y retumbó en los agujereados edificios. Trozos de mampostería cayeron en cascada sobre la carretera mientras una nube de humo se extendía por el cielo, espoleada por las llamas que se alzaban desde el punto de detonación, en algún lugar al suroeste del enclave cristiano.

Una cimitarra de cristal de dos metros cayó de una ventana del Holiday Inn, rajando el cartel de fútbol, y se quebró a los pies de Gómez. Mientras este corría hacia el jeep gritando a Ryan, hubo una segunda explosión proveniente del sector fundamentalista de Beirut Oeste. Las bengalas caían en racimos sobre la ciudad y las primeras ráfagas de disparos compitieron con el quejido de los cláxones y la llamada a las armas de los altavoces.

Ryan se puso en pie, quitándose el polvo de la guerrera. La teniente Valentina había desaparecido dentro del puesto fortificado, en cuyo interior sus hombres estaban ya montando la ametralladora en la barbata.

—Capitán Gómez..., la bomba, ¿qué la hizo detonar?

—Traición, Ryan. Los monárquicos han debido hacer un trato con los nacionalistas. —Arrastró a Ryan hasta el jeep, dándole palmadas en la cabeza—. Toda esa cháchara de la paz. La trampa más vieja del mundo, y nos hemos metido directamente en ella...

Sin embargo, era algo más que traición. Las calles se llenaron de milicianos armados que tomaron sus posiciones en los fortines y puntos de resistencia. Todo el mundo gritaba a la vez, pero las voces quedaban ahogadas por los disparos que venían de todas direcciones. Bombas poderosas habían sido astutamente colocadas para causar la máxima confusión y los soldados más jóvenes y nerviosos disparaban al aire para mantener el valor. Las bengalas caían sobre la ciudad siguiendo un esquema misterioso aunque premeditado. Por todos lados se veían boinas y cascos azules tirados en la cuneta.

Cuando Ryan llegó al apartamento de su tía, el doctor Edwards y dos guardias de la ONU le esperaban.

—Ryan, es demasiado tarde. Lo siento.

Ryan intentó avanzar hacia la escalera, pero el doctor Edwards lo agarró por los brazos. Alzando la vista hacia aquel hombre angustiado y exhausto, Ryan se dio cuenta de que, aparte de los observadores de la ONU, él mismo era probablemente el único que aún llevaba el casco azul.

—Doctor Edwards, tengo que cuidar de Louisa y de mi tía. Están arriba.

—No, Ryan. Ya no están aquí. Me temo que se han ido.

—¿Adonde? ¡Por Dios, les dije que se quedaran aquí!

—Han sido tomadas como rehenes. Un comando estaba preparado para el asalto con la primera explosión. Antes de que nos diésemos cuenta, entraron y se fueron.

—¿Quién? —Confuso y asustado, Ryan miró desesperadamente hacia la calle, los hombres armados formaban pelotones—. ¿Han sido los monárquicos o los nacionalistas?

—No lo sabemos. Es trágico, ya se han producido las primeras atrocidades. Pero no harán daño a Louisa o a tu tía. Saben quién eres.

—Se las llevaron por *mi* culpa...

Ryan se quitó el casco. Contempló el cuenco azul, que había brillado cuidadosamente, procurando que fuera el más brillante de Beirut.

¿Qué planeas hacer, Ryan? —El doctor Edwards le cogió el casco, que no era ya más que un atrezo innecesario después de la bajada del telón.

lis tu decisión. Si quieres volver a tu unidad, lo entenderemos.

Detrás del doctor Edwards, uno de los observadores sostenía el rifle y la bandolera de Ryan. La visión del arma y de las balas con punta de acero le devolvió su antigua furia, aquel odio impreciso que le había hecho continuar todos esos años. Necesitaba salir a las calles, perseguir a los secuestradores, vengarse de aquellos que habían amenazado a su tía y a Louisa.

—Bueno, Ryan... —El doctor Edwards le miraba de modo extrañamente distante, como si fuera una rata de laboratorio en una significativa bifurcación dentro de un laberinto—. ¿Vas a luchar?

—Sí, lucharé... —Ryan se colocó con firmeza el casco azul sobre la cabeza—. Pero no por la guerra. Trabajaré por otro alto el fuego, doctor.

Fue entonces cuando se encontró cara a cara con al cañón alzado de su propio rifle. Un inexpresivo doctor Edwards le agarró de las muñecas y unos minutos más tarde Ryan se dio cuenta de que estaba esposado y había sido arrestado.

Durante una hora se dirigieron hacia el sureste a través de los suburbios de Beirut, pasando por las fábricas abandonadas y las chabolas, y deteniéndose en los puntos de control de la ONU a lo largo de la ruta. Desde su asiento en la parte trasera del furgón blindado, Ryan pudo ver el ruinoso perfil de la ciudad. Columnas de humo cruzaban el cielo, pero el sonido de los disparos se había disipado. Una vez se detuvieron para estirar las piernas, pero el doctor Edwards se negó a hablar con él. Ryan asumió que el médico sospechaba que él estaba involucrado en la conspiración que había roto el alto el fuego. Quizá el doctor Edwards imaginaba que la misma noción de alto el fuego había sido un malvado plan en el que Ryan había aprovechado sus contactos entre los jóvenes...

Atravesaron la segunda valla que rodeaba el perímetro de la ciudad y poco después se acercaron a las puertas de un campo militar levantado junto a un sanatorio abandonado. Una fila de tiendas de color verde oliva cubría el amplio espacio. En el tejado del sanatorio se alzaban racimos de antenas de radio y parabólicas, todas apuntando al noroeste, hacia Beirut.

El furgón paró junto a la tienda más grande, que parecía hospedar un hospital para guerrilleros heridos. Pero dentro del fresco y verde interior no había señal de los pacientes. De hecho caminaban a través de un imponente arsenal. Sobre mesas de caballete en hileras había carabinas, ametralladoras, cajas de granadas y bombas de mortero. Un sargento de la ONU se movía entre aquellas montañas de armamento, haciendo marcas en una lista como el dueño de una tienda de armas que comprueba el pedido del día.

Más allá del arsenal había un área libre que parecía la sala de prensa de una cadena de televisión. Un atareado grupo de observadores de la ONU estaba junto a un mapa de Beirut colgado en la pared, recolocando en él docenas de tiras y estrellas de colores. Marcaban las posiciones actuales de la batalla por la ciudad, según podía observarse en los monitores de televisión junto al mapa.

—Puede dejarnos, cabo. Ahora está a mi cargo.

El doctor Edwards cogió el rifle y la bandolera que llevaba el guardia de la ONU e hizo un gesto a Ryan para que entrara en una oficina de paredes de lona al final de la tienda. A través de las ventanas de plástico era visible el interior de una habitación contigua donde dos secretarias enrollaban las copias de un cartel grande que salían de una imprenta. Se trataba de la fotografía ampliada de una atrocidad republicana. Mostraba a un grupo de mujeres asesinadas, que habían sido ejecutadas en un sótano.

Contemplando esta imagen espantosa, Ryan se preguntó por qué el doctor Edwards evitaba aún mirarle.

—Doctor Edwards, no sabía nada de la bomba de esta mañana, o del ataque sorpresa. Créame...

—Te creo, Ryan. Todo está bien, así que intenta tranquilizarte.

Hablaba con brusquedad, como si estuviera dirigiéndose a un paciente problemático. Dejó el rifle sobre la mesa y liberó a Ryan de las esposas.

—Estás fuera de Beirut para siempre. Por lo que a ti concierne, el alto el fuego es permanente.

—Pero... ¿qué hay de mi tía y mi hermana?

—No han sufrido ningún daño. De hecho, en este preciso instante están retenidas en el puesto de la ONU situado junto al estadio de fútbol.

—Gracias a Dios. No sé qué salió mal. Todo el mundo deseaba el alto el fuego...

Ryan dio la espalda a los atroces carteles que pasaban sin fin entre las delgadas manos de las secretarias de la ONU. Pinchadas en la pared de lona tras el doctor Edwards había cientos de fotografías de hombres y mujeres jóvenes, en uniformes de combate, que habían sido sorprendidos cerca de los puestos de observación de la ONU. En el lugar de honor había una gran fotografía de Ryan. Colocados todos juntos, parecían los internos de un manicomio.

Dos ordenanzas pasaron por la puerta de la oficina empujando un carro lleno de rifles de asalto.

—¿Esas armas, doctor? ¿Han sido confiscadas?

—No, de hecho acaban de salir de fábrica. Están de camino al campo de batalla.

—De modo que hay más batallas fuera de Beirut... —Aquella noticia desesperó a Ryan—. Todo el mundo está en guerra.

—No, Ryan. El mundo entero está en paz. Excepto Beirut..., ahí es adonde van esas armas. Serán introducidas en la ciudad dentro de unos cargamentos de naranjas.

—¿Por qué? ¡Es una locura, doctor! ¡Los milicianos las robarán!

—Esa es la idea, Ryan. Queremos que tengan armas. Y queremos que sigan luchando.

Ryan comenzó a protestar, pero el doctor Edwards le señaló con firmeza la silla junto al escritorio.

—No te preocupes, Ryan. Te lo explicaré todo. Pero, dime antes..., ¿has oído hablar alguna vez de una enfermedad llamada viruela?

—Era algo así como una fiebre terrible. Ya no existe.

—Correcto..., casi. Hace cincuenta años, la Organización Mundial de la Salud lanzó una gran campaña para eliminar la viruela, una de las peores enfermedades que haya conocido la humanidad, un auténtico asesino que destruyó diez millones de vidas. Hubo un programa global de vacunación que comprometía a doctores y

gobiernos de todos los países. Juntos por fin consiguieron eliminarla de la faz de la tierra.

—Me alegro, doctor..., si pudiésemos hacer lo mismo con la guerra.

—Bueno, en un sentido estricto lo hemos hecho, Ryan..., casi. En el caso de la viruela, la gente puede viajar con libertad por todo el mundo. El virus sobrevive en viejas tumbas y cementerios, pero si, por alguna extraña casualidad, la enfermedad surgiera de nuevo existen suministros de vacunas para aplastarla y proteger a la gente.

El doctor Edwards extrajo el cargador del rifle de Ryan y lo sopesó en la mano, mostrando una familiaridad con el arma que Ryan no había visto nunca antes. Al darse cuenta de la sorpresa de Ryan, sonrió con tristeza al joven, como el director de un colegio que todavía está encariñado con un alumno delincuente.

—Si se le deja estar, el virus de la viruela muta constantemente. Tenemos que asegurarnos de que nuestros suministros de vacunas estén actualizados. De modo que la OMS se cuidó de no abolir por completo la enfermedad. Permitted deliberadamente que la viruela floreciese en un punto remoto de un país del Tercer Mundo, de modo que se pudiese vigilar la evolución del virus. Tristemente, unos cuantos continuaron muriendo y aún mueren hoy en día. Pero merece la pena por el resto del mundo. De esa forma siempre estaremos p reparados si aparece un brote de la enfermedad.

Ryan miró a través de la ventana de plástico hacia el mapa de Beirut y los monitores de televisión llenos de escenas de humo y disparos. El Hilton ardía de nuevo.

—¿Y Beirut, doctor? ¿Aquí vigiláis otro virus?

—Así es, Ryan. El virus de la guerra. O, si lo prefieres, el espíritu bélico. No es un virus físico sino psicológico, más peligroso incluso que la viruela. El mundo está en paz, Ryan. No ha habido ninguna guerra en treinta años. No hay ejércitos, ni fuerzas aéreas, y todas las disputas se solucionan por medio de las conversaciones y los compromisos, como debe ser. Nadie sueña con ir a la guerra, del mismo modo que una madre no dispararía a sus hijos si estuviera enfadada con ellos. Pero tenemos que protegernos contra la posibilidad de una corriente de locura emergente, contra la posibilidad de que aparezcan otro Hitler u otro Pol Pot.

—¿Y podéis hacer todo eso aquí? —se mofó Ryan—. ¿En Beirut?

—Así lo creemos. Tenemos que comprobar qué es lo que impulsa a la gente a luchar, lo que les hace odiarse hasta el punto de llegar a matar. Necesitamos saber cómo manipular sus emociones, cómo modificar las noticias para accionar sus instintos agresivos, cómo podemos jugar con sus sentimientos religiosos e ideas políticas. Incluso necesitamos saber cuan fuerte es el deseo de paz.

—Bastante fuerte. Puede llegar a ser fuerte, doctor.

—En tu caso, sí. Nos derrotaste, Ryan. Por eso te hemos sacado fuera. —El

doctor Edwards hablaba sin remordimientos, como si envidiase el tenaz sueño de Ryan—. Dice mucho de ti, pero el experimento debe continuar para que podamos entender este terrorífico virus.

—¿Y qué hay de las bombas de esta mañana? ¿Del ataque sorpresa?

—Nosotros pusimos las bombas, aunque tuvimos cuidado de no herir a nadie. Nosotros suministramos las armas y así lo hemos hecho siempre. Imprimimos el material de propaganda, falseamos las fotografías con atrocidades para que los grupos rivales se traicionen y cambien de bando. Suena como una siniestra versión del juego de las sillas, y en cierto modo lo es.

—Pero todos estos años, doctor... —Ryan pensó en sus viejos camaradas que habían muerto a su lado entre los polvorientos escombros. Algunos habían dado sus vidas por ayudar a los amigos heridos—. Ángel y Moshe, Asís... ¡Cientos de muertos!

—Igual que otros cientos aún mueren de viruela. Pero miles de millones viven... en paz. Merece la pena, Ryan. Hemos aprendido tanto desde que la ONU reconstruyó Beirut hace treinta años.

—¿Lo planificaron todo..., el Hilton, la cadena de televisión, los McDonald's...?

—Todo, incluso los McDonald's. Los arquitectos de la ONU la diseñaron como una ciudad cualquiera. Un Hilton, un Holiday Inn, un estadio de deportes, centros comerciales. Trajeron huérfanos adolescentes provenientes de todo el mundo, de todas las razas y nacionalidades. Primero tuvimos que preparar la situación. Los suboficiales y oficiales eran todos observadores de la ONU que luchaban camuflados. Pero una vez que la maquinaria se puso en marcha, funcionó con poca ayuda.

—Tan sólo unas cuantas fotografías de atrocidades...

Ryan se levantó y comenzó a ponerse la bandolera. Pensase lo que pensase del doctor Edwards, la realidad de la guerra civil seguía allí, la única lógica que reconocía.

—Doctor, tengo que volver a Beirut.

—Es demasiado tarde, Ryan. Si te dejamos volver, pondrás en peligro todo el experimento.

—Nadie me creerá, doctor. De todas formas, he de encontrar a mi hermana y a Tía Vera.

—No es tu hermana, Ryan. Al menos tu hermana real. Y Vera tampoco es tu tía. Ellas no lo saben, por supuesto. Creen que sois lodos de la misma familia. Louisa era la hija de dos exploradores franceses de Marsella que murieron en la Antártida. Vera era una huérfana que fue criada por monjas en Montevideo.

—¿Y qué hay de...?

—¿De ti, Ryan? Tus padres vivían en Halifax, Nueva Escocia. Tenías tres meses cuando murieron en un accidente de tráfico. Desafortunadamente, aún hay muertes

que no podemos evitar...

El doctor Edwards miraba con enfado el mapa de Beirut que se veía a través de la ventana de plástico. Un sargento de señales trabajaba frenéticamente ante el enorme despliegue, añadiendo grupos de banderas señalizadoras de incidentes. Todo el mundo se había reunido al rededor de las pantallas de los monitores. Un oficial hizo señales urgentes al doctor Edwards, quien se levantó y abandonó la oficina. Ryan se miró las manos mientras los dos hombres hablaban y apenas oyó al médico cuando volvió y buscó su casco y su arma.

Han abatido el avión observador. Tengo que dejarte, Ryan. La lucha está fuera de control. Los monárquicos han invadido el estadio de fútbol y han tomado el puesto de la ONU.

—¿El estadio? —Ryan estaba de pie, con el rifle que era la única defensa que había tenido desde que abandonó la ciudad—. ¡Mi hermana y mi tía están allí! Iré con usted, doctor.

—Ryan..., todo se está viniendo abajo. Puede que hayamos iniciado algo demasiado grande. Algunas de las unidades de milicianos están abriendo fuego contra los observadores de la ONU. —El doctor Edwards detuvo a Ryan en la puerta—. Sé que estás preocupado por ellas, habéis vivido juntos toda tu vida. Pero no son...

Ryan lo apartó de un empujón.

—Doctor, ellas *son* mi tía y mi hermana.

Llegaron al estadio de fútbol tres horas más tarde. Mientras el convoy de vehículos de la ONU se abría paso por la ciudad, Ryan contempló la nube de humo que cubría el perfil de la ciudad. La oscura manta se extendía hasta mar adentro, iluminada por los fogonazos de potentes explosivos mientras los equipos de demolición rivales se movían entre las calles. Se sentó detrás del doctor Edwards en el segundo de los furgones blindados, pero apenas podían escucharse unos a otros a causa del sonido de los misiles y el ruido de las ametralladoras.

Para aquel entonces Ryan sabía que él y el doctor Edwards tenían poco que decirse. Ryan pensaba sólo en los rehenes del invadido puesto de la ONU. El descubrimiento de que la guerra civil en Beirut no era sino un elaborado experimento pertenecía a un espacio entumecido fuera de su mente, un agujero negro emocional del que ninguna luz o significado podía escapar.

Por fin se detuvieron cerca del puesto de la ONU en el puerto de Beirut Este. El doctor Edwards esprintó hasta la caseta de radio y Ryan se desató el casco azul. En cierto modo compartía la culpa de aquella incontrolada explosión de violencia. Las ratas en el laboratorio de la guerra habían estado satisfechas mientras accionaban unas cuantas palancas familiares, los gatillos de los rifles y los morteros, a cambio de recibir sus porciones diarias de odio. El confuso sueño de paz de Ryan, como un narcótico sin testar, las había desorientado y las había conducido a un frenesí de rabia

hiperactiva...

—¡Buenas noticias, Ryan! —El doctor Edwards golpeó el parabrisas ordenando al conductor que siguiera adelante—. ¡Los comandos cristianos han retomado el estadio!

—¿Y mi hermana? ¿Y Tía Vera?

—No lo sé. Esperemos lo mejor. Al menos la ONU está de nuevo en acción. Con suerte, todo volverá a la normalidad.

Más tarde, de pie en el sombrío almacén bajo la grada de piedra, Ryan pensaba en la siniestra palabra que el doctor Edwards había utilizado. ¿Normalidad...? Los flashes de los fotógrafos iluminaron los cadáveres de veinte rehenes apoyados contra la pared del fondo. Louisa y la tía Vera descansaban entre dos observadores de la ONU, todos habían sido ejecutados por los monárquicos antes de su retirada. El escalonado techo de cemento estaba rociado de sangre, como si una audiencia invisible que contemplaba la destrucción de la ciudad desde la comodidad de la grada hubiese comenzado a sangrar en sus asientos. Sí, juró Ryan, el mundo sangrará...

Los fotógrafos se retiraron, dejando a Ryan solo con Louisa y su I (a. Pronto sus imágenes se extenderían por la ciudad en ruinas, pegadas en las paredes de los edificios.

—Ryan, deberíamos irnos antes de que se produzca un contraataque. —El doctor Edwards avanzó a través de la pálida luz—. Lo siento por ellas..., a pesar de todo, *eran* tu hermana y tu tía.

—Sí, lo eran...

—Y al menos ayudaron a demostrar algo. Necesitamos comprobar lo lejos que puede ser empujado el ser humano. —El doctor Edwards hizo un gesto de impotencia dirigido a los cuerpos—. Lamentablemente, hasta el final del camino.

Ryan se quitó el casco azul y lo puso a sus pies. Echó hacia atrás el cerrojo del rifle e introdujo una bala de punta de acero en la recámara. Lo único que le dolía era que el doctor Edwards tuviese que yacer junto a Louisa y su tía. Fuera hubo una calma momentánea en la lucha, pero pronto esta se reanudaría. En unos meses conseguiría unir las milicias en una sola fuerza. Ryan pensaba en el mundo más allá de Beirut, en ese laboratorio mucho más grande que esperaba a ser probado, con sus millones de dóciles especímenes, desprevénidos ante el virus más virulento de todos.

—Hasta el final del camino no, doctor. —Apuntó con el rifle a la cabeza del médico—. Al final del camino está toda la raza humana.

La historia secreta de la Tercera Guerra Mundial

Ahora que la Tercera Guerra Mundial ha finalizado sin incidentes, me siento libre de comentar dos aspectos extraordinarios del aterrador conflicto. El primero es que esta confrontación nuclear durante tanto tiempo temida, y que se esperaba iba a borrar la vida de nuestro planeta, de hecho apenas duró cuatro minutos. Esto sorprenderá a muchos de los que estén leyendo el presente documento, pero la Tercera Guerra Mundial tuvo lugar el 27 de enero de 1995, entre las 18.47 y las 18.51, hora del este de EEUU. La duración total de las hostilidades, desde la declaración formal de guerra del presidente Reagan, [tasando por el lanzamiento de cinco misiles nucleares desde el mar (tres americanos y dos rusos), hasta las primeras proposiciones de paz y el armisticio acordado por el presidente y el señor Gorbachov, no superó los 245 segundos. La Tercera Guerra Mundial acabó antes casi de que nadie se diera cuenta de su inicio.

El otro aspecto sorprendente de la Tercera Guerra Mundial es que soy prácticamente la única persona que sabe que ocurrió. Puede parecer extraño que un pediatra del área residencial de Arlington, a algunos cuantos kilómetros al oeste de Washington DC, sea el único conocedor de tan histórico evento. Después de todo, las noticias de cada paso hacia la profunda crisis política, la declaración de guerra del debilitado presidente y el posterior intercambio nuclear fueron retransmitidas masivamente por todas las televisiones nacionales. La Tercera Guerra Mundial no fue un secreto, pero la mente de las personas estaba ocupada con asuntos más importantes. En su obsesiva preocupación por la salud de su líder político, fueron capaces de ignorar de manera milagrosa una amenaza mucho mayor para su propio bienestar.

Por supuesto, desde un punto de vista estricto, no soy la única persona que fue testigo de la Tercera Guerra Mundial. Un pequeño número de militares de alto rango de la OTAN y altos mandos del Pacto de Varsovia, así como el presidente Reagan, el señor Gorbachov y sus ayudantes y los oficiales del submarino que desenscriptaron los códigos de los lanzamientos nucleares y enviaron los misiles (a zonas despobladas de Alaska y Siberia oriental) estaban al tanto de que se había declarado la guerra y del alto el fuego acordado cuatro minutos después. Pero aún no me he encontrado con una sola persona normal y corriente que haya oído lo más mínimo acerca de la Tercera Guerra Mundial. Siempre que menciono la guerra, la gente me mira con incredulidad. Muchos padres han retirado a sus hijos de la clínica de pediatría, preocupados obviamente por mi estabilidad mental. Ayer mismo una madre, a quien casualmente le mencioné la guerra, telefoneó a mi mujer más tarde para comunicarle

su preocupación. Pero Susan, como todos los demás, ha olvidado la guerra, a pesar incluso de que le he puesto grabaciones de las noticias de la ABC, la NBC y de la CNN del 27 de enero que anunciaban, de hecho, que la Tercera Guerra Mundial había comenzado.

El que yo sea el único que se ha enterado de la guerra lo achaco al curioso carácter del tercer mandato de Reagan. No es exagerado decir que Estados Unidos, así como gran parte del mundo occidental, había echado profundamente de menos a aquel viejo y afable actor que se retiró a California en 1989 tras la investidura de su desafortunado sucesor. La multiplicación de los problemas mundiales: las crisis de las energías renovables, el segundo conflicto Irán-Irak, la desestabilización de las repúblicas asiáticas de la Unión Soviética, la irritante alianza en EEUU entre el Islam y el feminismo militante, todo ello contribuyó a una intensa nostalgia de la era Reagan. Había un inmenso y afectuoso recuerdo de sus patinazos y sus pequeñas incompetencias, su afición (compartida por aquellos que le votaron) a ver la tele en pijama en lugar de atender asuntos más importantes, su confusión entre la realidad y las medio olvidadas películas de su juventud.

Los turistas se agolpaban por cientos a las puertas de la casa de retiro de los Reagan en Bel Air y de cuando en cuando el ex presidente salía tambaleándose para posar en el porche. Allí, animado por una aún elegante Nancy, pronunciaba alguna generalidad afable que provocaba lágrimas en los oyentes y elevaba tanto sus corazones como los mercados de acciones en todo el mundo. Una vez que el mandato de su sucesor se acercaba a su infeliz final, la enmienda i constitucional precisa fue aprobada rápidamente por las dos Cámaras del Congreso, con el expreso propósito de hacer que Reagan pudiese disfrutar de su tercer mandato en la Casa Blanca.

En enero de 1993, más de un millón de personas salieron a celebrar su paseo de investidura a través de las calles de Washington, i Mientras el resto del mundo lo veía por televisión. Si el ojo catódico pudiese llorar, lo habría hecho en aquel momento.

Sin embargo, quedaban algunas dudas, ya que las grandes crisis políticas del mundo se negaban de manera obstinada a desaparecer, Incluso ante la sonrisa conrgraciadora del anciano presidente. La guerra entre Irán e Irak amenazaba con involucrar a Turquía y Afganistán. Desafiando al Kremlin, las repúblicas asiáticas de la URSS estaban formando milicias armadas. Yves Saint Laurent había diseñado el primer chador para las feministas islamizadas que trabajaban en las oficinas más elegantes de Manhattan, Londres y París. ¿Podría la Presidencia Reagan lidiar con un mundo tan torcido?

Junto con mis colegas médicos, que habían visto al presidente por televisión, lo dudaba seriamente. Por aquella época, el verano de 1994, Ronald Reagan era un hombre de ochenta y tres años, que mostraba signos de una senilidad avanzada. Como muchos ancianos, cada día disfrutaba de unos pocos minutos de modesta

lucidez, durante los cuales profería algún comentario grandilocuente para a continuación hundirse en un crepúsculo nebuloso. Tenía la mirada demasiado turbia para leer el teleprompter, de modo que el personal de la Casa Blanca aprovechó para insertar un pequeño altavoz en el audífono que siempre había llevado, y así recitaba los discursos repitiendo como un niño todo lo que escuchaba por el auricular. Las pausas fueron borradas por las cadenas de televisión. Pero pronto se revelaron los peligros del control remoto cuando el presidente, mientras se dirigía a las Madres Católicas de América, sorprendió a las enormes hileras de ancianas al repetir un comentario de unos de los ingenieros del estudio: «Mueve el culo, voy a echar una meada».

Al contemplar esa robótica figura de espeluznantes sonrisas y gesto bobalicón, unos cuantos comenzaron a preguntarse si el presidente estaba cerebralmente muerto, o, más aún, si estaba vivo. Para calmar al nervioso público americano, intranquilo ante la caída de la Bolsa y las noticias de una insurrección armada en Ucrania, los médicos de la Casa Blanca comenzaron a emitir una serie de informes periódicos acerca de la salud del presidente. Un grupo de especialistas del Hospital Walter Reed aseguró a la nación que disfrutaba del cuerpo robusto y la mente despierta de un hombre quince años más joven. Por televisión se emitieron los detalles precisos de la presión arterial de Reagan, el número de glóbulos blancos y rojos, el pulso, la respiración, y todo aquello tuvo un inmediato efecto calmante. Al día siguiente, las Bolsas mundiales experimentaron una subida memorable, los tipos de interés bajaron y el señor Gorbachov anunció que los separatistas ucranianos habían moderado sus demandas.

Aprovechándose del inesperado activo político que suponían las funciones vitales del presidente, el personal de la Casa Blanca decidió emitir partes médicos semanalmente. No sólo Wall Street respondió de forma positiva, sino que los sondeos de opinión mostraron una fuerte recuperación del Partido Republicano en general. Para cuando llegaron las elecciones al Congreso, los informes médicos se publicaban a diario y los candidatos republicanos barrieron hasta controlar tanto el Senado como la Cámara de Representantes gracias a un parte emitido la víspera de las elecciones sobre la regularidad de los intestinos presidenciales.

A partir de entonces, al público americano se le suministró un torrente continuo de información sobre la salud del presidente. Uno tras otro los noticiarios daban actualizaciones de los efectos secundarios de un ligero resfriado o los beneficios para la circulación de un chapuzón en la piscina de la Casa Blanca. Recuerdo bien que estaba viendo la televisión una Nochebuena mientras mi mujer preparaba la cena cuando caí en la cuenta de que cinco de cada seis titulares trataban de la salud del presidente.

—De modo que le ha bajado el nivel de azúcar en sangre —comentó Susan

mientras ponía la mesa para la celebración—. Buenas noticias para Quaker Oats y Pepsi.

—¿Ah, sí? Pero, por Dios, ¿hay alguna conexión?

—Mucha más de lo que crees. —Se sentó a mi lado en el sofá con el molinillo de pimienta en la mano—. Tendremos que esperar al último análisis de orina. Podría ser crucial.

—Cariño, lo que ocurre en la frontera de Pakistán sí podría ser crucial. Gorbachov ha amenazado con un ataque preventivo contra los enclaves rebeldes. Estados Unidos tiene obligaciones derivadas de ciertos acuerdos, en teoría una guerra podría...

— *Chss...* -Susan me dio un golpecito en la rodilla con el molinillo. Le han hecho un test de personalidad de Eysenck, el viejo ha Meado la máxima nota en resonancia emocional y habilidad para relacionarse. Resultados adaptados a la edad, signifique eso lo que lignifique.

Significa que es casi un caso perdido.

Estaba a punto de cambiar de canal con la esperanza de encontrar noticias sobre los lugares en el mundo en los que de verdad había problemas, pero un extraño diseño recorría la parte inferior de la pantalla algún tipo de decoración navideña, pensé, una línea de estilizadas hojas de acebo. La rítmica ola se movía con suavidad de izquierda a derecha, acompañada por el dulce y nostálgico soniquete de *Blanca Navidad*.

—Santo Dios... —me susurró Susan sorprendida—. Es el pulso de Ronnie. ¿Has oído al locutor?: «Retransmisión en directo desde el corazón de la Presidencia».

Aquello fue tan sólo el principio. Durante las semanas siguientes, gracias al milagro de la radiotelemedría moderna, las televisiones de todo el país se transformaron en marcadores en los que se registraba cada detalle de las funciones mentales y físicas del presidente. Sus valientes aunque temblorosos latidos recorrían la parte baja de la pantalla, mientras que, por encima, los presentadores de los telediarios se explayaban con las rutinas físicas diarias, los diez metros que había caminado por los rosales, el aporte calórico de sus modestos almuerzos, los resultados del último escáner cerebral, las lecturas que ofrecían los riñones, el hígado, los pulmones. Además, dieron abrumadoras secuencias de exámenes de personalidad e inteligencia, con el propósito de asegurar al público americano que el hombre que estaba en el puente de mando del mundo libre se encontraba más que a la altura de las intimidantes tareas a las que debía enfrentarse desde su escritorio del Despacho Oval.

A efectos prácticos, como intenté explicarle a Susan, el presidente era poco más que un cadáver manejado por cables de sonido. Mis colegas de la clínica de pediatría y yo nos dábamos cuenta del sacrificio al que sometían al viejo con toda aquella batería de exámenes. Sin embargo, el personal de la Casa Blanca sabía que el público

americano estaba hipnotizado por el espectáculo de los latidos del presidente. La línea se veía ahora en multitud de programas, series, partidos de baloncesto y antiguas películas de la Segunda Guerra Mundial. De forma asombrosa, el acelerado pulso a veces se adaptaba a las propias respuestas emocionales de la gente, siendo esto un indicio de que el propio presidente estaba viendo las mismas películas de guerra, incluyendo aquellas en las que había actuado.

Para terminar de completar la identificación entre pantalla de televisor y presidente, la consumación de aquello con lo que habían soñado durante mucho tiempo sus consejeros políticos, el personal de la Casa Blanca preparó más bandas de información para las retransmisiones. Pronto los gráficos de presión arterial, electroencefalogramas y pulso ocuparon un tercio de la pantalla de los televisores de la nación. En poco tiempo surgió la polémica, pues estuvo claro que predominaban las ondas delta, lo que confirmaba la creencia, largo tiempo mantenida, de que el presidente dormía la mayor parte del día. Sin embargo, la audiencia se emocionaba sabiendo cuándo el señor Reagan entraba en la fase REM del sueño, de manera que el tiempo de los sueños de la nación coincidía con el de su presidente.

Al margen de tal aluvión de información médica, los sucesos del inundo real continuaban por senderos peligrosos. Compré todos los periódicos que pude encontrar, pero las páginas estaban llenas de gráficos con los partes sobre el estado de salud de Reagan y de artículos expositivos sobre el significado de las funciones de las enzimas de su hígado y la más ligera subida o bajada de la concentración en la orina del presidente. Arrinconadas en las últimas páginas encontré algunas referencias escuetas a guerras civiles en las repúblicas asiáticas de la Unión Soviética, un intento de golpe de estado pro-ruso en Pakistán, la invasión de Nepal por parte de China, la movilización de las reservas militares de la OTAN y el Pacto de Varsovia, así como de la 5.^a y 7.^a Flota de Estados Unidos.

Pero tales sucesos siniestros, y la amenaza de una tercera guerra mundial, tuvieron la mala suerte de coincidir con una ligera bajada en la salud del presidente. Transmitido por primera vez el 20 de enero, aquel resfriado trivial que había cogido el presidente mientras visitaba a un nieto barrió todas las demás noticias de las pantallas de televisión. Un ejército de reporteros y cámaras acamparon fuera de la Casa Blanca, mientras que un destacamento de especialistas procedentes de las mejores instituciones de investigación de todo el país apareció en las retransmisiones de todos los canales interpretando la marea de datos médicos.

Como otros cien millones de americanos, Susan pasó la semana siguiente sentada frente al televisor, sin perder detalle del gráfico de los latidos de Reagan.

—Sólo es un resfriado —dije para tranquilizarla cuando volví de la clínica el 27 de enero—. ¿Hay noticias de Pakistán? He oído rumores de que los soviéticos han lanzado paracaidistas sobre Karachi. La fuerza Delta avanza desde la Bahía de

Subic...

—¡Ahora no! —Me apartó con la mano y subió el volumen mientras un presentador comenzaba otro boletín más.

—... Seguidamente una actualización del avance que dimos hace dos minutos. Buenas noticias en cuanto al TAC del presidente. No hay variaciones anormales en el tamaño o la forma de los ventrículos del presidente. Se esperan lloviznas en el área de Washington DC esta noche y el 8.º de Caballería Aérea ha intercambiado fuego con patrullas de frontera soviéticas al norte de Kabul. Volveremos después de la pausa con un informe sobre el significado de ese pico en el lóbulo temporal izquierdo...

—Por el amor de Dios, no significa nada. —Agarré el mando del puño de Susan y comencé a cambiar de canal—. ¿Qué hay de la Flota Báltica rusa? El Kremlin está presionando sobre el flanco norte de la OTAN. Estados Unidos tiene que responder...

Por casualidad, di con un presentador de una de las principales cadenas que finalizaba un boletín. Sonreía confiado a la audiencia, mientras su glamurosa compañera mostraba su alegría por anticipado.

—...A las 5.05, hora de la Costa Este, podemos informar de que la presión intracraneal del señor Reagan es satisfactoria. Todas las funciones cognitivas y motoras son normales para un hombre de la edad del presidente. Repito, todas las funciones cognitivas y motoras son normales. Nos acaba de llegar una noticia de última hora. A las 2.35, hora local, el presidente hizo de vientre de manera satisfactoria —el presentador se giró hacia su colega—. Barbara, creo que tienes noticias similares de Nancy.

—Gracias, Dan —dijo entrando con suavidad—. Sí, justo una hora después, a las 3.35, hora local, Nancy hizo de vientre por segunda vez hoy, y eso es todo en cuanto a la Primera Familia.

Miró un folio que se le cruzó en la mesa.

—El tráfico en la Avenida Pensilvania está aumentando de nuevo; entretanto, los F-16 de la 6.ª Flota han abatido siete MiG 29 sobre el estrecho de Bering. La presión del presidente es de 100/60. Los electrocardiogramas presentan un ligero temblor en la mano izquierda...

—Un temblor en la mano izquierda... —repitió Susan, apretando los puños—. Seguro que es serio.

Presioné la tecla del mando.

—Podría ser. A lo mejor está pensando en apretar el botón nuclear.

O quizá...

Se me ocurrió una posibilidad incluso más terrorífica. Fui cambiando de canal recorriendo la mezcla de boletines de noticias, esperando distraer a Susan mientras contemplaba el cielo del atardecer sobre Washington. La Flota soviética patrullaba a setecientos kilómetros de la Costa Este de Estados Unidos. Era posible que pronto se

alzasen nubes en forma de hongo sobre el Pentágono.

... Se informa de una ligera disfunción pituitaria y el médico del presidente ha expresado un leve nivel de preocupación. Repito, un leve nivel de preocupación. El presidente ha convocado al Consejo de Seguridad Nacional hace treinta minutos. La Comandancia i 11.ilógica del Aire en Omaha, Nebraska, informa de que todos los H '2 de ataque están en el aire. Acabo de recibir un parte de última hora de la Unidad de Oncología de la Casa Blanca. Se ha biopsiado un tumor de piel benigno a las 4.15, hora de Washington...

—... Los médicos del presidente han expresado de nuevo su preocupación por las arterias calcificadas y las válvulas cardíacas endurecidas

del señor Reagan. Se espera que el huracán Clara pase por Puerto Rico y el presidente ha invocado el Acta de poderes de Emergencia Bélica. Después de la pausa tendremos más análisis de los expertos sobre la amnesia retrograda de Reagan. Recuerden que este síntoma puede señalar un posible síndrome de Korsakoff...

—... Ataques psicomotores, una sensación distorsionada del tiempo, cambios en los colores, mareos. El señor Reagan también informa de una creciente percepción de olores nocivos. Otras noticias de última hora: las ventiscas cubren todo el Medio Oeste y hay estado de guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Quédense en este canal para una información completa del metabolismo cerebral del presidente...

—Estamos en guerra —le dije a Susan, y puse mi brazo sobre sus hombros.

Pero ella señalaba la errática marca del corazón en la pantalla. ¿Había sufrido el presidente una tormenta cerebral que le había impulsado a lanzar un ataque nuclear masivo contra los rusos? ¿Eran los incesantes partes médicos un astuto camuflaje para proteger a la volátil audiencia televisiva de las consecuencias de una respuesta desesperada a una emergencia nacional? Los misiles rusos tardarían sólo unos minutos en llegar a Washington y me detuve a contemplar el plácido cielo invernal. Con Susan en mis brazos oí la cacofonía de partes médicos hasta que, unos cuatro minutos más tarde, escuché:

—... Los médicos del presidente informan de pupilas dilatadas y temblores convulsivos, pero los sistemas de apoyo neuroquímicos funcionan adecuadamente. El metabolismo cerebral del presidente revela una alta producción de glucosa. Durante la noche se esperan nevadas aisladas y se ha acordado un cese de las hostilidades entre EEUU y la URSS. Después de la pausa, un experto comentará el ataque de flatulencia presidencial. Y por qué la pestaña izquierda de Nancy necesita una corrección...

Apagué la tele y me recosté envuelto en un silencio extraño. Un pequeño helicóptero cruzaba el cielo gris sobre Washington. Casi como si fuese una ocurrencia, le dije a Susan:

—Por cierto, acaba de terminar la Tercera Guerra Mundial.

Por supuesto, Susan no tenía ni siquiera la menor idea de que la guerra hubiera empezado, un error común entre el público en general, como pude comprobar durante las siguientes semanas. La mayoría de la gente tenía sólo un recuerdo vago de los disturbios en Oriente Próximo. La noticia de que unas bombas nucleares habían caído en las montañas desiertas de Alaska y Siberia se perdió entre el torrente de partes médicas que cubrían la recuperación del presidente de su resfriado.

La segunda semana de febrero de 1995, lo vi en televisión presidiendo una ceremonia de la Legión Americana en el jardín de la Casa Blanca. Su viejo y marfileño rostro ofrecía su sonrisa amistosa habitual, con los ojos desenfocados, mientras se mantenía erguido ayudado por dos asistentes. La siempre vigilante Primera Dama estaba de pie, a su férreo modo, junto a él. En algún lugar bajo el limitado abrigo negro los sensores de radiotelemetría transmitían en directo las señales del pulso, la respiración y la presión sanguínea que podíamos ver en las pantallas. Supuse que también el presidente había olvidado que hace poco había puesto en marcha la Tercera Guerra Mundial. Después de todo, nadie había muerto y en la mente del público la única posible baja de aquellas horas peligrosas había sido el propio Reagan en su intento de sobrevivir al resfriado.

Mientras tanto, el mundo era un lugar más seguro. El breve intercambio nuclear había servido como aviso a las facciones guerrilleras de todo el planeta. Los movimientos secesionistas en la Unión Soviética se habían disuelto, mientras que, por todas partes, los ejércitos Invasores se retiraban a sus fronteras. Por un momento, creí que la Tercera Guerra Mundial había sido un mecanismo de paz planeado por el Kremlin y el personal de la Casa Blanca y que el resfriado de Reagan no fue sino una trampa de distracción en la que habían caído, sin darse cuenta, las cadenas de televisión y los periódicos.

Como tributo a las recuperadas fuerzas del presidente, las líneas de sus funciones vitales aún cruzaban las pantallas. Mientras este saludaba a la asamblea de veteranos de la Legión Americana, sentí como se aceleraba el pulso colectivo de la audiencia cuando el corazón del viejo actor respondió a la conmovedora visión de aquellos hombres desfilando.

Entonces me percaté de la presencia de un joven despeinado entre los poseedores de la Medalla al Honor, con un uniforme que no era de su talla y fuera de lugar en medio de sus ancianos compañeros. Avanzó a empujones entre las filas y sacó una pistola de debajo de la casaca. Se produjo un momento de confusión mientras los ayudantes chocaban unos con otros alrededor del podio. Las cámaras giraron para enfocar al joven que se abalanzaba sobre el presidente. Se oyeron disparos por encima del dubitativo sonido de la banda. Entre el pánico de hombres uniformados, el presidente pareció desvanecerse en brazos de la Primera Dama y se lo llevaron en volandas.

Al mirar los indicadores, me di cuenta de inmediato de que la presión del presidente había caído. El pulso errático se había nivelado en una línea horizontal continua y la función respiratoria había cesado. Tan sólo diez minutos después, cuando se emitió la noticia de un infructuoso intento de asesinato, los indicadores recuperaron su confiada signatura.

¿Había muerto quizá el presidente por segunda vez? ¿Había vivido, hablando en sentido estricto, durante su tercer mandato? ¿Continuará un espectro animado de sí mismo, reconstruido a partir de los indicadores médicos que aún desfilan por la pantalla, gobernando en futuros mandatos, desencadenando cuartas y quintas guerras mundiales, cuyas historias secretas expirarán entre los intersticios de nuestras parrillas de televisión, perdidas para siempre en el interior del último análisis de orina, la última gran biopsia en el cielo?

Cargamentos de sueños

Una nueva e impetuosa forma de vida se estaba formando en la laguna, extrayendo su espectro de colores de una paleta más vivida que la del sol. Justo al amanecer, cuando Johnson despertó en el camarote del capitán Galloway, detrás del puente del Próspero, contempló los chillones tonos de color cian y carmesí que jugueteaban en el techo sobre su camastro. Reflejado en la metálica superficie de la laguna, el follaje tropical parecía concentrar la luz caribeña, pintando en la cálida brisa una cortina de tonos eléctricos que Johnson sólo había visto en las fachadas de las discotecas de Miami y Veracruz.

Salió al inclinado puente del carguero varado, consciente de que la vegetación de la isla había avanzado de nuevo durante la noche, como si hubiese encontrado una forma milagrosa de convertir la oscuridad en aquellas brillantes hojas y flores. Protegiéndose los ojos del resplandor, contempló los seiscientos metros de playa desierta que rodeaban al Próspero, decepcionado al no ver señales de la lancha de goma de la doctora Chambers. Durante las últimas tres mañanas, al despertarse después de una noche intranquila había visto el bote varado en la ensenada de la laguna. Sacudiéndose los sueños cegadores que se alzaban de las aguas contaminadas, se bebió una taza de café frío, saltó por la barandilla de popa y avanzó entre los charcos de vertidos químicos en busca de la bióloga norteamericana.

A Johnson le agradaba que ella estuviese tan impresionada por aquella isla antiguamente desierta, un despojo de la naturaleza a once kilómetros de la costa noreste de Puerto Rico. En su modestia, sabía que él era el responsable de la transformación del anodino atolón, poco más que un basurero abandonado por el ejército americano tras la Segunda Guerra Mundial. Nadie, en la corta vida de Johnson, se había visto impresionado por sus logros y el silencioso embelesamiento de la bióloga le concedió la primera sensación de haber conseguido algo en la vida.

Johnson sabía su nombre por las etiquetas de las provisiones científicas que había en la lancha. Sin embargo, aún no se había acercado a ella, ni siquiera le había hablado. Le daban vergüenza sus ásperos modales, sus andrajosas ropas de marinero y el penetrante hedor a productos químicos que había hecho que le prohibieran la entrada en los bares portuarios de todo el Caribe. Ahora, cuando ella no apareció a la cuarta mañana, se arrepintió más que nunca de no haber reunido el valor suficiente para presentarse.

A través de las ventanas del puente, llenas de surcos de ácido, contempló los bancales de flores que colgaban del macizo selvático. Un mes antes, al llegar a la isla, luchando con el timón atascado del carguero escorado, no había allí más que un

puñado de palmeras atrofiadas creciendo entre las derrumbadas tiendas del ejército y los tanques de agua enterrados en las dunas.

Pero ahora, por razones que Johnson prefería no considerar, había nacido una vegetación completamente nueva. Las palmeras se alzaban como mástiles en el intenso cielo caribeño, banderines pintados de fresca savia verde. Alrededor de ellas el suelo arenoso estaba lleno de enredaderas en flor y trepadoras, hojas del azul del papel de aluminio moteado, como si un jardinero de medianoche las hubiese regado con un elixir secreto mientras Johnson dormía en su catre.

Se puso la visera de Galloway y se examinó en el espejo grasiento. Saliendo a la cubierta situada detrás de la caseta del timón, inhaló el acre aire químico de la laguna. Por lo menos enmascaraba el olor del camarote del capitán, un rancio buqué a sudor, ron barato y diesel. Había pensado seriamente abandonar el camarote de Galloway y volver a su camastro en el castillo de proa, pero a pesar del hedor creyó que se debía a sí mismo quedarse en el camarote. En el momento en que Galloway, con un último impropio de disgusto, se subió al único bote salvavidas del carguero, él, Johnson, se convirtió en el capitán de aquel maldito navío.

Contempló cómo Galloway, la tripulación compuesta por cuatro mexicanos y el hastiado ingeniero portugués remaban hacia el crepúsculo, y se prometió a sí mismo que dormiría en el camarote del capitán y comería en su mesa. Después de cinco años en el mar, trabajando de mozo de camarote y marinero de cubierta en el transportador de residuos químicos de más baja estofa, por fin tenía mando sobre algo, este antiguo carguero, aun cuando la ruta del Próspero I Viese la vertical que conducía al lecho marino del Caribe.

Detrás de la chimenea, la oportuna bandera de Liberia colgaba hecha jirones, con su tela podrida debido a la acidez del aire. Johnson se colocó en la escalera de popa, se mantuvo en equilibrio sobre las sudorosas chapas del casco y saltó a las aguas poco profundas. Con cuidado, vadeó la biliosa espuma verde que goteaba de los bidones de acero que había echado por la borda desde la cubierta del carguero.

Cuando hubo alcanzado la arena limpia tras los límites de la marea, se limpió el tinte esmeralda de los vaqueros y las zapatillas. Escorado a estribor en la laguna, el Próspero parecía un bote de pintura reventado. En la cubierta de proa, los residuos aún goteaban por los imbornales de los bidones químicos. El siniestro cargamento situado debajo de cubierta —innombrables subproductos orgánicos que el capitán Galloway había transportado bajo soborno, sin que constasen nunca en el manifiesto de carga— había disuelto las herrumbrosas planchas y vertía un espeluznante espectro de azules y añiles fosforescentes en la laguna.

Asustado por aquellas sustancias químicas que habían rechazado lodos los puertos del Caribe, Johnson comenzó a lanzar el cargamento por la borda tras haber hecho encallar el carguero. Pero los viejos motores diesel se griparon y el cabrestante

chirrió hasta detenerse, dejando en la arena sólo unos cuantos bidones, con sus calaveras de aviso y las juntas corroídas.

Johnson caminó por la orilla, oteando el mar más allá de la ensenada en busca de alguna señal de la doctora Chambers. Por todos lados, se desmadraba una horticultura trastornada. Nuevos y fuertes brotes empujaban los restos metálicos de viejas cajas de munición, llenaban armarios y neumáticos de camiones. Extrañas y codiciosas enredaderas trepaban por los sombreros escarlata de hongos gigantes, cuyos tallos eran tan gruesos y blancos como los huesos de los marineros. Evitándolos, Johnson caminó hacia un viejo coche del Estado Mayor recostado en un claro entre las palmeras. Sin ruedas, con las marcas militares borradas tras décadas de lluvia, estaba incrustado en la arena y las enredaderas le cubrían el techo y el parabrisas.

Decidido a descansar en el coche que quizá condujo en otro tiempo un general americano alrededor de los campos de entrenamiento de Puerto Rico, arrancó las enredaderas que envolvían la puerta del conductor. Mientras se sentaba al volante, a Johnson se le ocurrió que debería abandonar el carguero y acampar en la isla. Cerca de allí, yacía el techo de metal galvanizado de un barracón, suficiente material como para construir una casa en la playa, de cara al mar, en la parte más segura de la isla.

Pero Johnson era consciente de que existía un vínculo tácito entre el ruinoso carguero y él. Recordó el desesperado último viaje del Próspero, al que se había unido en Veracruz, después de haber sido engañado por el capitán Galloway. El corto viaje a Galveston, el puerto de desembarque, le haría ganar dinero suficiente para pagarse el billete del ferry con destino a las Bahamas. Habían pasado tres años desde que vio a su viuda madre en Nassau, viviendo con su novio inválido en un bungalow de contrachapado cerca del aeropuerto.

No hace falta decir que nunca atracaron en Galveston, ni en Miami ni en ninguno de los otros puertos donde intentaron descargar el cargamento. Los bidones de residuos químicos, toscamente sellados, que supuestamente estaban de camino a una planta de procesamiento en el sur de Texas, habían comenzado a gotear antes de partir de Veracruz. El mal temperamento del capitán Galloway, al igual que su errática marinería y el consumo de ron y tequila, comenzó a aumentar al darse cuenta de que el agente marítimo mexicano les había abandonado a su suerte en el mar. Casi con toda seguridad, el agente se había embolsado el dinero dedicado al procesamiento y había encontrado más rentable dejar que el viejo carguero, al que pronto se le negó la entrada en Veracruz, navegara de acá para allá por el Golfo de México hasta que su corroída quilla lo enviara convenientemente al fondo.

Durante dos meses viajaron desamparados de un puerto a otro, abordados por hostiles policías marítimos y oficiales de aduanas, funcionarios de la salud pública y periodistas alertados ante la posibilidad de un terrible desastre ecológico. En Kingston, Jamaica, una lancha de televisión les siguió hasta el límite de las diez

millas; en Santo Domingo, un avión de reconocimiento de la Marina dominicana les esperaba cuando intentaron colarse en el puerto encubiertos por la oscuridad. Las lanchas motoras de Greenpeace los interceptaron cerca de Tampa, Florida, cuando el capitán Galloway se disponía a tirar parte del cargamento. Lanzando bengalas sobre el puente del carguero, la guarda costera de Estados Unidos los envió al Golfo de México justo a tiempo para que les alcanzara la cola del huracán Clara.

Cuando por fin se recuperaron de la tormenta, el cargamento se había desplazado y el Próspero se escoraba diez grados a estribor.

Humeantes productos químicos vertidos por las juntas rotas de los bidones de residuos cruzaron la cubierta, hirvieron sobre la superficie del mar y crearon nubes de vapor acre que hicieron toser, a través de sus improvisadas máscaras faciales, a Johnson y a la tripulación Mexicana, y finalmente el capitán Galloway se pertrechó en su camarote con una botella de tequila.

El primer oficial Pereira improvisó una manguera para rociar los bidones con un torrente de agua, pero para entonces el mar penetraba en el Próspero a través de sus desgastadas planchas. Cuando avistaron Puerto Rico, el capitán ni siquiera se molestó en poner rumbo al puerto. Apoyado contra el puente, con una botella en cada mano, hizo un gesto a Pereira para que apagase los motores. Con un monólogo autocompasivo, maldijo al agente marítimo mexicano, a los guardacostas estadounidenses y a los agroquímicos mundiales, y su despreciable ciencia, que le habían privado del mando. Por último, maldijo a Johnson por haber sido tan estúpido como para enrolarse en este funesto barco. Mientras el Próspero yacía condenado en el agua, Pereira apareció con la maleta hecha y el capitán ordenó a los mexicanos que arriaran el bote salvavidas.

Fue entonces cuando Johnson tomó la decisión de permanecer a bordo. Durante toda su vida había fracasado en todo lo que se había propuesto: a la edad de seis años, hacía recados para los limpiabotas del aeropuerto de Nassau; más tarde, gorroneó para su madre algunos peniques a los irritados turistas; soportó los años de colegio sin apenas llegar a aprender a leer y a escribir; trabajó como friegaplatos en los restaurantes de la playa, siendo continuamente timado por los ladrones de sus jefes. Siempre estaba a verlas venir, nunca había iniciado nada por sí mismo. Ahora, por primera vez, podía convertirse en el capitán del Próspero, en el dueño de su propio destino. Mucho antes de que las maldiciones de Galloway se desvanecieran en el crepúsculo, Johnson había bajado por la escalerilla hasta la sala de máquinas.

Mientras los vetustos motores se recuperaban por última vez, Johnson volvió al puente. Escuchó el cansado pero constante batir de las hélices contra el océano y viró lentamente el Próspero hacia el noroeste. Las Bahamas, y un archipiélago interminable de puertos secretos, se encontraban a ochocientos kilómetros de distancia. De algún modo conseguiría librarse de los bidones e incluso, quizá,

recorrer las islas ofreciendo el barco —al que pondría el nombre de su madre, Velvet Mae— en alquiler. Entretanto, el capitán Johnson se erguía con orgullo sobre el puente, con una gorra demasiado grande en la cabeza y trescientas toneladas de obediente acero bajo sus pies.

Al amanecer del siguiente día, estaba totalmente perdido en mar abierto. La inclinación del carguero había aumentado durante la noche. Bajo cubierta, los productos químicos habían conseguido atravesar las planchas del casco y un vapor fosforescente rodeaba el puente. La sala de máquinas era una cuba en la que el ácido llegaba hasta las rodillas y un vapor tóxico ascendía por los ventiladores cubriendo cada una de las barras y planchas con un limo espeluznante.

Entonces, mientras Johnson buscaba desesperadamente madera para construir una balsa, vio la vieja isla basurero de la Segunda Guerra Mundial, a once kilómetros de la costa de Puerto Rico. La ensenada no estaba vigilada por la Marina de EEUU ni por las lanchas de Greenpeace. Condujo el Próspero por la superficie en calma y dejó que el carguero encallara entre las aguas poco profundas. La irrupción de agua sofocó el estado de la carga en la bodega. Capaz al fin de respirar de nuevo, Johnson se acurrucó en el camastro del capitán, se hizo un espacio entre las botellas vacías, se quedó dormido y tuvo su primer sueño sin sueños.

—¡Eh, tú! ¿Estás bien? —La mano de una mujer golpeaba el techo del coche del Estado Mayor—. ¿Qué *estás* haciendo ahí dentro?

Johnson se despertó sobresaltado y levantó la cabeza del volante. Mientras dormía, las lianas habían envuelto el coche, escalando hasta el techo por las ventanillas. Unos zarcillos de color verde brillante le rodeaban la mano izquierda, atándole la muñeca a la rueda del volante.

Frotándose la cara, vio a la bióloga americana que le miraba a través de las hojas como si se tratase del recluso de un extraño zoológico cuyas jaulas fueran carrocerías de coches abandonados. Intentó liberarse empujando contra la puerta del conductor.

—¡Échate hacia atrás! ¡Te soltaré!

Desgarró las enredaderas con una navaja, evidenciando una muñiría fiera y determinada. Cuando Johnson pisó al fin la tierra, lo agamí de los hombros y lo miró de arriba abajo detenidamente. Ella no tenía más de treinta años, tres más que él, pero para Johnson parecía tan dueña de sí misma y distante como las profesoras de Nassau, si bien su boca parecía más relajada que aquellos labios apretados de su infancia, como si de verdad mostrase preocupación por Johnson.

Te encuentras bien —le informó—. Pero yo que tú no daría muchos paseos en ese coche.

Se alejó de Johnson, presionando con sus manos los bruñidos troncos cobrizos de las palmeras, sintiendo el ávido pulso de la vida naciente. Alrededor de los hombros le colgaba una bolsa de lona en la que llevaba un portapapeles, algunos

tarros de muestras, una cámara y carretes de fotos.

—Me llamo Christine Chambers —le gritó—. Estoy llevando a cabo un proyecto botánico en la isla. ¿Vienes del barco varado?

—Soy el capitán —le dijo Johnson sin pretender engañarla.

Metió la mano en el coche y recuperó la gorra con visera del ansioso abrazo de las enredaderas, le quitó el polvo y se la colocó en un ángulo que esperaba resultase elegante.

—No está totalmente echado a perder. Lo he traído aquí para repararlo.

—¿De veras? ¿Para repararlo? —Christine Chambers lo miró con socarronería, encontrándolo tan intrigante como los hongos gigantes de sombrero escarlata—. De modo que eres el capitán. Pero ¿dónde está la tripulación?

—Abandonaron el barco. —Johnson se alegraba de poder hablar de forma tan honesta. Le gustaba aquella atractiva bióloga y cómo se interesaba por la isla—. Hubo ciertos problemas con el cargamento.

—Ya lo creo que sí. Has tenido suerte de llegar hasta aquí de una pieza. —Sacó una libreta y anotó algo sobre Johnson mientras le miraba las pupilas y los labios—. Capitán, ¿te apetece un bocadillo? He traído algo de comida. Parece que no te vendría mal un buen almuerzo.

—Bueno...

Encantado de que hubiera usado su título, Johnson la siguió hasta la playa, donde estaba la lancha inflable. Estaba claro que ella se había retrasado debido al peso de las provisiones: una tienda de campaña, varias neveras de plástico, cajas de comida enlatada y un pequeño mueble archivador. Johnson había sobrevivido a base de carne salada, refrescos de cola y galletas de avena cocinadas en el barco.

A pesar de todo aquel equipo, parecía no tener prisa en descargarlo, como si no estuviera segura de compartir la isla con Johnson, o quizá ideando un enfoque diferente para su proyecto, uno que implicase a la población humana de la isla.

Mientras se repartían los bocadillos y, para tranquilizarla, le describió el último viaje del Próspero y el desastre de la filtración de los productos químicos. Ella asentía mientras hablaba, como si ya supiese algo de la historia.

—Me parece toda una proeza náutica —le comentó—. Según parece, la tripulación que abandonó el barco informó de que se había ido a pique cerca de Barbados. Uno de ellos, Galloway creo que se llamaba, afirmó que habían pasado un mes en el bote salvavidas.

—¿Galloway? —Johnson imitó los labios apretados de las profesoras de Nassau—. Uno de mis hombres menos fiables. ¿De modo que nadie está buscando el barco?

—Nadie en absoluto.

—¿Y creen que se ha ido a pique?

—Hasta el fondo. Todo el mundo en Barbados se siente muy aliviado de que no

haya contaminación. Las playas turísticas, ya sabes.

—Son importantes. ¿Y nadie en Puerto Rico sabe que está aquí?

—Nadie excepto yo. Esta isla es mi experimento —explicó—. Enseño biología en la Universidad de San Juan, pero lo que realmente quiero es trabajar en Harvard. Te aseguro que es difícil conseguir el puesto de profesor. Algo muy interesante está ocurriendo aquí, con un poco de suerte...

—Es interesante —asintió Johnson. Había un tono conspirativo en la voz de la doctora Christine que le incomodaba—. Hay mucho equipo militar enterrado por aquí, estoy pensando en construirme una casa en la playa.

—Es una buena idea..., aunque te puede llevar cuatro o cinco meses. Te ayudaré con la comida que necesites. Pero ten cuidado. —La doctora le señaló una erupción que tenía en el brazo, una reacción temporal a alguna toxina de la savia de la enredadera—. Hay algo más que es interesante en esta isla, ¿verdad?

—Bueno...

Johnson contempló las líneas de ácido que salían del casco del Próspero y se extendían por la laguna. Había intentado no pensar en su parte de responsabilidad por aquellos productos peligrosos e inestables.

—Están pasando unas cuantas cosas aquí.

—¿Unas cuantas cosas? —La doctora bajó la voz—. Mira, Johnson, estás sentado en medio de un experimento biológico impresionante. Nadie permitiría que esto ocurriese en ninguna otra parte del mundo..., si se enterasen, la Marina de Estados Unidos estaría aquí esta misma tarde.

—¿Se llevarían el barco?

—Se lo llevarían y lo hundirían en la fosa oceánica más cercana para luego arrasarlo con lanzallamas.

—¿Y qué pasaría conmigo?

—No quiero ni pensarlo. Depende de lo avanzado que... —Le sostuvo los hombros para tranquilizarlo, consciente de que su vehemencia le había impactado—. Pero no hay ninguna razón por la que deban averiguarlo. Al menos por un tiempo, y para cuando eso ocurra ya no importará. No exagero al decir que probablemente has creado una nueva forma de vida.

Mientras descargaban las provisiones, Johnson pensó en sus palabras. Imaginaba que las sustancias químicas vertidas desde el Próspero habían provocado el crecimiento acelerado y que los agentes tóxicos debían estar afectándolo a él igualmente. En el espejo del camarote de Galloway, se inspeccionó el pelo de la barbilla y cualquier lunar sospechoso. Las semanas en el mar, inhalando los acres vapores, le habían irritado los pulmones y la garganta y le habían provocado un apetito errático, pero se había sentido mejor desde que llegó a la isla.

Observó cómo Christine se colocaba un par de botas de goma que le llegaban

hasta la ingle y se metía en el agua, cazo en mano, observando la vida animal y vegetal de la laguna. Llenó varios tarros con el agua fosforescente y los guardó en el archivador, dentro de la tienda.

—Johnson, ¿podrías enseñarme el manifiesto de carga?

—El capitán..., Galloway se lo llevó. No registró el cargamento real.

—Ya lo creo que no.

Christine señaló los cangrejos de caparzones bermellón que se escabullían entre los vividos filamentos de algas kelp, que flotaban como hilos de cables eléctricos azulados.

—¿Te has dado cuenta? No hay peces ni cangrejos muertos y lo normal es que hubiera cientos. Esto es lo primero que noté. Y no son sólo los cangrejos, tienes un aspecto bastante saludable...

—Quizá yo sea más fuerte. —Johnson flexionó sus robustos hombros.

—... Pero pareces mentalmente aturdido, aunque supongo que eso cambiará. Mientras tanto, ¿podrías llevarme a bordo? Me gustaría visitar el Próspero.

—Doctora Christine... —Johnson la cogió del brazo para intentar frenar su determinación. Miró su pálida piel y sus fuertes piernas—. Es demasiado peligroso, podrías caerte por la cubierta.

—De acuerdo. ¿Están identificados los contenedores?

—Sí, no es ningún secreto. —Johnson hizo lo que pudo para recordar—. Órgano...

—¿Organofosfatos? Bien, lo que necesito saber es qué contenedores están vertiendo sustancias y en cuánta cantidad, más o menos. Tal vez podamos calcular las reacciones químicas exactas. Puede que no le des cuenta, Johnson, pero has creado un cóctel realmente polen te. Muchos querrán saber la receta, por mil razones diferentes...

Sentado en la silla del coronel en el porche de la casa de la playa, Johnson contempló con satisfacción el luminoso mundo que le rodeaba, un reino febril de luz y vida que parecía haber surgido de su I propia mente. La jungla de cícadras, tamarindos gigantes y enredaderas tropicales llenaba la playa hasta la línea del agua y los colores reflejados se hundían en envoltorios fosforescentes que hacían que la laguna pareciera un caldero de tintes eléctricos.

Tan densa era la vegetación que casi el único trozo de arena libre estaba bajo los pies de Johnson. Cada mañana se pasaba una hora cortando las enredaderas en flor y las magnolias salvajes que inundaban la cabaña de metal. Ahora el follaje aplastaba el techo de hierro galvanizado. Por muy duro que trabajase —y se distraía con facilidad—, no había conseguido despejar los senderos de inspección por los que Christine, cámara y tarro en mano, paseaba en sus visitas de fin de semana.

Cuando escuchó el sonido de la lancha acercándose a la entrada de la laguna,

Johnson observaba con orgullo sus dominios. Había encontrado una mesa de cartas metálica enterrada en la arena, y la preparó con una selección de frutas que había recogido para Christine aquella mañana. A los poco instruidos ojos de Johnson parecían extraños híbridos de granada, papaya, melón y pina. Había bayas del tamaño de tomates y racimos de uvas moradas como pelotas de béisbol. Juntas brillaban a través de la luz sobrecalentada como joyas al sol.

Ahora, cuatro meses después de su llegada en el Próspero, la antigua isla basurero se había transformado en un jardín botánico único que generaba a diario nuevas especies de árboles, enredaderas y flores. Un poderoso motor de vida gobernaba la isla. Mientras cruzaba la laguna en su lancha, Christine contempló los bancales aéreos de enredaderas y flores que habían surgido desde el fin de semana previo.

El casco muerto del Próspero, visible a la luz del día a través de sus planchas cubiertas de ácido, descansaba en las aguas poco profundas, con los últimos residuos químicos cayendo sobre la laguna. Pero Johnson se había olvidado del barco y del viaje que le había llevado hasta allí, al igual que había olvidado su vida pasada y su infeliz infancia bajo los estridentes motores del aeropuerto de Nassau. Recostado en la silla de lona, en la que estaba impreso «Coronel Pottle, Cuerpo de Ingenieros de la Armada de EEUU», se sentía como el dueño de una plantación que hubiese subcontratado con éxito una esquina del Edén original. Mientras se levantaba para saludar a Christine, sólo pensó en el futuro, en su novia embarazada y en el hijo con el que pronto compartiría la isla.

—¡Johnson! Dios mío, ¿qué has estado haciendo? —Christine navegó con la lancha hasta la orilla y luego se recostó, exhausta por el batir de las olas—. ¡Es un manicomio botánico!

Johnson estaba tan feliz de verla que olvidó su pesar por las separaciones semanales. Como ella le había explicado, tenía que dar sus clases, así como catalogar y registrar sus notas y muestras del experimento.

—¡Doctora Christine...! ¡He esperado todo el día!

Entró en el agua, una espuma carmín llena de animáculos incandescentes, y arrastró la lancha hasta la orilla. La ayudó a salir evitando mirar la curvatura de su abdomen bajo el blusón.

—Vamos, puedes mirar... —Christine le condujo la mano hasta el abdomen—. ¿Qué aspecto tengo, Johnson?

Demasiado hermosa para mí y la isla. Nos hemos quedado en silencio.

—Qué cortés. Estás hecho un poeta, Johnson.

Johnson nunca pensaba en otras mujeres y sabía que ninguna podría ser tan hermosa como aquella bióloga que llevaba a su hijo. Vio 11M.i nevera de plástico entre el equipo científico.

—Christine, me has traído helado... claro que sí. Pero no te lo comas aún.

Tenemos mucho que hacer. Johnson.

Descargó los suministros, dejando para el final las redes de nailon y las estructuras metálicas con muelles que estaban en el fondo de la lancha. Aquellas trampas para pájaros eran lo que más odiaba descargar. Anidadas en las ramas más altas de la isla había una bandada de extravagantes criaturas aéreas, a veces golondrinas y pinzones, cuyos enjoados plumajes y colas de abanico los transformaban en llamativos pavos reales. Había colocado las jaulas a regañadientes, siguiendo las indicaciones de Christine. Nunca se negaba a capturar los peces fosforescentes, con sus aletas alargadas y sus gorgueras de branquias externas que parecían prepararlos para la vida en la tierra, ni los cangrejos y caracoles con sus barrocas armaduras. Pero la idea de Christine llevándose aquellas raras y hermosas aves a su laboratorio lo inquietaba. Se imaginaba que pronto acabarían sus días bajo el cuchillo de disección.

—¿Has colocado las trampas por mí, Johnson?

—Las he colocado todas y he puesto el cebo.

—Bien.

Christine amontonó las redes en la arena. Cada vez andaba con más prisas, como si temiese que el experimento fuera a acabarse.

—No entiendo cómo no hemos atrapado ninguno.

Johnson se encogió de hombros de forma elocuente. De hecho se había comido las sardinas capturadas y había liberado al único pájaro que había caído en la trampa colocada debajo de la sombrilla de una cícada gigante. La nerviosa criatura con sus sedosas alas escarlata y plumas en la cola semejantes a cometas había sido un sueño volador.

—Aún nada, son listos esos pájaros.

—Claro que sí, son nuevas especies. —Ella se sentó en la silla del coronel Pottle y fotografió la mesa de frutas con su pequeña cámara—. Esas uvas son enormes, me pregunto qué vino se sacaría de ellas. El champán de los dioses, gran reserva...

Con recelo, Johnson observó los globos de color púrpura y amarillo. Se había comido los peces y los cangrejos de la laguna, cuando Christine se lo pidió, y no le habían causado ningún efecto negativo, pero estaba seguro de que aquellas frutas eran para los pájaros. Supo que Christine lo utilizaba, y a todo lo demás en la isla, como parte de su experimento. Incluso el niño que había concebido tras el único y breve acto de amor que habían tenido, y que acabó tan deprisa que incluso dudaba de que hubiera sucedido, era parte del experimento. Quizá el hijo sería el primero de una nueva raza de hombres y él, Johnson, chico de los recados de los limpiabotas del aeropuerto, sería el padre de la evolucionada raza que un día repoblaría el planeta.

—Tienes un aspecto espléndido, Johnson —dijo ella como si se hubiera dado cuenta de su físico impresionante—. Si este experimento necesita ser justificado

alguna vez...

—Ahora soy muy fuerte. Podré cuidar de ti y del niño.

—Puede que sea una niña, o algo intermedio —dijo en aquel tono (río que siempre lo sorprendía—. Dime, Johnson, ¿qué haces mien-Iras estoy lejos?

—Pienso en ti, doctora Christine.

—Y, ciertamente, yo también pienso en ti. Pero ¿duermes mucho?

—No. Estoy ocupado en mis pensamientos. El tiempo pasa muy deprisa.

Christine abrió la libreta de notas de manera casual.

—¿Quieres decir que las horas pasan sin que te des cuenta?

—Sí. Tras el desayuno relleno la lámpara de aceite y de repente es hora de almorzar. Pero también puede ir más despacio. Si miro de I Hila forma una hoja que cae parece detenerse.

Bien. Estás aprendiendo a controlar el tiempo. Tu mente crece, Johnson.

—Quizá llegue a ser tan listo como tú, doctora Christine.

Creo que te estás moviendo en una dirección mucho más interesante. De hecho, Johnson, me gustaría que comieses algo de fruta. No te preocupes, la he analizado y yo también comeré un poco. —Cortó a tajadas una manzana que tenía el tamaño de un melón—. Quiero que el bebé tome algo.

Johnson dudó, pero, como siempre le recordaba Christine, ninguna de las nuevas especies había mostrado deformidad alguna.

La fruta era pálida y dulce, con una textura pastosa y un fuerte sabor a algo así como un mango alcohólico. Adormeció levemente la boca de Johnson y le dejó un frescor agradable en el estómago.

Una dieta para los que tienen alas.

—Johnson! ¿Estás enfermo?

Se despertó sobresaltado, no de un sueño sino de un preciso estudio de los patrones de color de una mariposa gigante que se había posado en su mano. Alzó la mirada desde la silla a los preocupados ojos de Christine y a las densas enredaderas y plantas trepadoras que abarrotaban el porche y le presionaban los hombros. El ámbar de sus ojos estaba tocado por el mismo espectro sobreiluminado que brillaba a través de los árboles y las flores. Todo en la isla se estaba convirtiendo en un prisma de sí mismo.

—¡Johnson, despierta!

—Estoy despierto. Christine..., no te he oído llegar.

—Llevo aquí una hora. —Le tocó las mejillas en busca de algún signo de fiebre, extrañada por el aire distraído de Johnson.

Detrás de ella, la lancha estaba varada en unos pocos centímetros de arena que aún no habían sido sofocados por la vegetación. El denso muro de palmeras, lianas y flores se había derrumbado sobre la orilla. Atiborradas de sol, las frutas gigantes

habían comenzado a abrirse por su propio peso y arroyos de brillante zumo corrían por la arena, como si la selva sangrara.

—¿Christine? Has vuelto muy pronto...

Le parecía a Johnson que ella se había ido tan sólo unos minutos antes. Recordaba haberse despedido de ella y sentarse luego a acabar de comer la fruta y a admirar la mariposa gigante, cuyas alas parecían las manos pintadas de un payaso de circo.

—Johnson..., he estado fuera una semana.

Le sostuvo los hombros, frunciendo el ceño ante el macizo de vegetación en descomposición que se elevaba treinta metros en el aire. Catedrales de follaje llenas de hojas caían sobre las aguas de la laguna.

—Johnson, ayúdame a descargar los suministros. Parece que no has comido en días. ¿Atrapaste los pájaros?

—¿Pájaros? No, ninguno aún.

Johnson recordaba vagamente haber colocado las trampas, pero había estado demasiado distraído por la maravilla de lo que le rodeaba como para ir tras los pájaros. Gráciles, espectros con plumas laterales similares a ángeles extravagantes, sus plumajes carmesíes desprendían tonos hipnotizadores por el aire. Cuando fijaba los ojos en ellos parecían suspendidos en el cielo, las alas aleteaban despacio como desprendiendo el tiempo de sí mismas.

Contempló a Christine, consciente de que los colores se estaban separando de su piel y su pelo. Imágenes superpuestas de sí misma, cada una separada de las otras por una fracción de segundo, emborronaban el aire a su alrededor, un plumaje exótico que brotaba de sus brazos y hombros. La tranquila realidad que les había atrapado empezaba a disolverse. El tiempo se había detenido y Christine estaba preparada para alzarse por los aires...

Enseñaría a volar a Christine y al niño.

—Christine, todos podemos aprender.

—¿El qué, Johnson?

—Podemos aprender a volar. Ya no existe el tiempo..., todo es demasiado hermoso para el tiempo.

—Johnson, mira mi reloj.

—Nos iremos y viviremos en los árboles, Christine. Viviremos con las llores elevadas...

La tomó del brazo, ansioso por mostrarle el misterio y la belleza de la gente del cielo en la que se transformarían. Ella intentó protestar, pero cedió y le siguió la corriente mientras era conducida suavemente desde la casa de la playa hasta el macizo de flores inflamadas. Con su mano en la radio de la lancha, ella se sentó junto a la laguna carmesí mientras Johnson intentaba trepar por las flores hacia el sol. Tranquilizando al niño en su interior, lloró por Johnson y sólo se calmó dos horas

más tarde cuando la sirena de una patrulla guardacostas cruzó la ensenada.

—Me alegro de que contactara por radio —dijo el teniente de la Marina de EEUU—. Uno de los pájaros llegó hasta la base en San Juan. Intentamos mantenerlo vivo pero se aplastó bajo el peso de sus propias alas. Como todo lo demás en esta isla.

Apuntó desde el puente hasta el macizo de la jungla. Casi todo el dosel abarrotado había caído a la laguna, dejando atrás algunas de las palmeras originales con sus jaulas para pájaros. Las flores brillaban a través del agua como miles de linternas ahogadas.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí el carguero? —Un civil más viejo, un científico del Gobierno que sostenía un par de prismáticos, observaba el corrompido casco del Próspero. Debajo de la casa de la playa, dos marineros cargaban las últimas provisiones de Christine en la lancha—. Parece que lleve años ahí varado.

—Seis meses —le dijo Christine. Estaba sentada junto a Johnson y le sonreía para darle fuerzas—. Cuando el capitán Johnson se dio cuenta de lo que pasaba me pidió que les llamara.

—¿Sólo seis? Ese debe ser, más o menos, el ciclo vital de estas nuevas especies. El reloj celular parece haberseles parado. En lugar de reproducirse, alimentan a la fuerza sus propios tejidos, como esas frutas gigantes que no contienen semillas. La vida del individuo es la vida de toda la especie. —Señaló a Johnson, que permanecía impasible—. Eso explica probablemente el sentido temporal alterado de nuestro amigo. Grandes bloques de memoria se fusionan en su mente, de modo que una bola lanzada al aire parecería no aterrizar nunca...

Una marea de peces muertos pasó flotando junto a la proa de la patrullera, los cuerpos brillantes parecían la desechada pedrería de un vestido.

—¿Usted no se vio contaminada de ninguna forma? —le preguntó el teniente a Christine—. Estoy pensando en el bebé.

—No, no he comido fruta —dijo con firmeza—. Sólo he estado aquí en dos ocasiones, unas pocas horas en total.

—Bien. Por supuesto, el personal médico hará las pruebas pertinentes.

—¿Y la isla?

—Nos han ordenado que quememos todo el lugar. Los escuadrones de demolición están preparados para actuar en dos horas, pero para entonces estaremos fuera de peligro. De algún modo, es una pena.

—Los pájaros aún están ahí —dijo Christine, consciente de que Johnson miraba los árboles.

—Por fortuna, usted los ha atrapado a todos. —Los científicos le ofrecieron los prismáticos—. Esos residuos orgánicos son cosas peligrosas. Dios sabe lo que podría ocurrir si los seres humanos estuvieran expuestos a un largo contacto. Toda clase de alteraciones siniestras en el sistema nervioso, la gente sería feliz con sólo mirar una

piedra durante todo el día.

Johnson los escuchó mientras hablaban, contento de sentir la mano de Christine en la suya. Lo miraba con una sonrisa tranquila, consciente de que compartían la conspiración. Ella intentaría salvar al niño, el último fragmento del experimento, y él sabía que si este sobrevivía se enfrentaría al violento desafío de aquellos que temían ser reemplazados.

Pero aún quedaban los pájaros. La cabeza se le había aclarado y recordaba las visiones que le habían concedido un breve vistazo a otro mundo, más avanzado. Por encima del derrumbado dosel del bosque, pudo ver las trampas que había colocado y las grandes aves carmesíes sentadas sobre sus alas. Al menos ellas llevarían el sueño hacia delante.

Diez minutos más tarde, cuando la lancha hubo sido alzada a cubierta, la patrullera zarpó a través de la ensenada. Mientras pasaba por el cabo occidental, el teniente acompañó a Christine hasta el camarote. Johnson los siguió, luego empujó al científico del Gobierno y se lanzó desde la barandilla, hundiéndose limpiamente en el agua. Se puso en marcha hacia la orilla que estaba a treinta metros de distancia, sabedor de que era lo suficientemente fuerte como para trepar a los árboles y liberar a los pájaros, con suerte a una pareja que lo llevase con ellos en su huida del tiempo.

El objeto del ataque

(De los diarios forenses del doctor Richard Greville, Consejero Jefe de Psiquiatría, Ministerio del Interior.)

7 de junio de 1987. Una semana inquietante: dos Comités de Selección, el fracaso en conseguir que el supuesto Palmer de mi madre alcanzara su precio de reserva en Sotheby's (sugerí que lo podían reatribuir a Keating, lo cual sin duda les ofendió) y cansinas discusiones con Sarah acerca de nuestro eternamente pospuesto divorcio y su excesiva confianza en la TEC, ella se muestra a favor de lo primero y yo en contra de lo último... Sospecho que sus pacientes sufren por mi culpa.

Pero, sobre todo, mi visita al Chico. Confuso, feo y aun así extrañamente inspirador. Al invitarme a Daventry, el alcaide Henson se colirio a él, lo mismo que todos en el Ministerio del Interior, como «el chico», pero creo que se ha ganado la mayúscula. Los años de traslados, de Rampton a Broadmoor a la Unidad de Custodia Especial del Ministerio del Interior, el brutal tratamiento y el confinamiento solitario no han conseguido dominarlo.

Se quedó de pie en la caseta de ducha del ala de castigo, vestido con un traje de fuerza completo y claramente enloquecido por la áspera luz que se reflejaba en las baldosas blancas salpicadas por los regueros de sangre de una herida en su frente. Le han golpeado en numerosas ocasiones, y retrocedió ante mí mientras me acercaba, l mi o sentí que casi invitaba al ataque físico como un modo de provocarse a sí mismo. Es mucho más pequeño de lo que esperaba y parece

tener sólo diecisiete o dieciocho años (lo cierto es que ahora tiene veintinueve), pero aún es fuerte y peligroso. El presidente Reagan y Su Majestad probablemente tuvieron suerte de escapar.

Notas del caso: sin fundas en los caninos, dermatitis por contacto en el cuero cabelludo, temblor intencional en la mano izquierda y signos de fotofobia histérica. Parecía jadear de temor, y el alcaide Henson intentó calmarlo, pero me temo que lejos de estar asustado no sentía otra cosa que desprecio por nosotros e hiperventilaba de forma deliberada. Tarareaba algo que sonaba a *Allahu Akbar*, el grito expulsivo «Alá-es-Grande» usado por los derviches giróvagos para inducir sus alucinaciones, la misma sobreoxigenación del cerebro causada, de una forma menos acentuada, por los himnos eclesiásticos y los cánticos en las Finales de Copa.

Ciertamente, el Chico parece un fanático religioso, ¿se trata quizá de un chuta converso? Sólo se detuvo para contemplar las distantes antenas de Daventry, visibles a través del cielo. Cuando el celador cerró la puerta comenzó a quejarse y a bombear de nuevo aire con los pulmones. Le pedí al ordenanza que le limpiara la herida de la

frente, pero mientras le ayudaba a vestirlo embistió hacia delante tirando mi maletín al suelo. Durante unos segundos intentó provocar un ataque, pero entonces vislumbró el catálogo de Sotheby's entre mis papeles, y la reproducción del Samuel Palmer de mi madre. Esa luz serena sobre los visionarios prados, las ramas de los robles como vidrieras de la catedral del cielo parecieron calmarle. Me observó de forma extraña, inclinándose como si supusiese que yo era el pintor.

Más tarde, en el despacho del alcaide, llegamos al propósito real de la visita. Los meses de mal comportamiento han agotado a todo el mundo, pero sobre todo les aterroriza que pueda escapar y se produzca un segundo ataque contra Su Majestad la reina. Tampoco ayudaría mucho a la Alianza Atlántica que el presidente de EEUU fuese asesinado por un recluso de un hospital mental británico. Henson y el personal médico residente, con el estímulo del Ministerio del Interior, están dispuestos a pasar de la clorpromazina

a las nuevas series NX de depresores del sistema nervioso central, un derivado del trabajo de Portón Down sobre gases nerviosos. Un uso prolongado causaría visión borrosa y ataxia locomotriz, pero también suprimiría todas las funciones corticales, lobotomizándolo de manera efectiva. Pensé en mis disputas con Sarah acerca de los electrochoques —la psiquiatría está deseando volver a su Edad Media— y discretamente veté el uso de NX hasta haber estudiado el historial médico contenido en el dossier de los Servicios Especiales. Pero estuve pensando en los ojos del Chico mientras contemplaba aquel dudoso Palmer.

EL INTENTO DE ASESINATO

En 1982, durante la visita de estado del presidente Reagan al Reino Unido, se produjo un infructuoso ataque aéreo contra la familia real y su invitado en el Castillo de Windsor. Poco después de la llegada en helicóptero del presidente y la señora Reagan, fue observado un pequeño planeador que volaba por Home Park en dirección noroeste. El aparato, un ala delta primitivo, planeaba a cuarenta metros de altura siguiendo una ruta que lo habría llevado sobre las murallas del castillo. Sin embargo, antes de que los tiradores de la Sección Especial y los Servicios Secretos abrieran fuego contra el planeador, este se quedó enredado en las antenas que hay sobre el mausoleo real de Frogmore House y cayó al suelo junto al Long Walk.

Atado al pecho del desvanecido piloto había un arnés explosivo que contenía veinticuatro bastones de gelignita unidos a detonadores NCB y una cuerda de paracaídas modificada que hacía las veces de disparador manual. El piloto quedó bajo custodia y no se dijo ni una palabra de aquel intento de asesinato ni al público ni al grupo residencial. Sólo Su Majestad la reina fue informada, lo que puede explicar la impaciencia de Su Majestad con el presidente cuando este, montando a caballo, se

detuvo a intercambiar bromas con un grupo de periodistas.

El piloto nunca fue acusado ni llevado a juicio, sino detenido bajo la Ley de Salud Mental en la Unidad de Observación del Ministerio del Interior en el hospital de Springfield. Era un antiguo programador de videojuegos y novicio jesuita fracasado de veinticuatro años llamado Matthew Young. Durante los últimos ocho meses había estado viviendo en un garaje cerrado detrás de una iglesia baptista abandonada en Highbury, al norte de Londres, donde había construido su máquina voladora. El líder de escuadrón D. H. Walsh del Museo de la RAF, Hendon, identificó el aparato como una réplica exacta de un planeador diseñado por el pionero de la aviación Otto Lilienthal en el siglo XIX. Una investigación posterior mostró que se trataba del planeador con el que se mató Lilienthal en 1896. Algunos de los residentes de los garajes abandonados, las antiguas novias del asesino en ciernes y su oficial de la condicional fueron testigos de la construcción del aparato en la primavera de 1982. Sin embargo, cómo hizo despegar aquella antigualla —la elevación más cercana es la torre de control de Heathrow, situada ocho kilómetros al este—, o si mantuvo el vuelo hasta llegar a Home Park, sigue siendo un misterio.

Más tarde, en la celda de interrogatorios, el Chico se sentaba esposado por seguridad entre dos celadores. La figura herida e hiperventilada había sido reemplazada por la de un joven dócil que parecía un cabeza rapada reformado que hubiese visto la luz de manera milagrosa. Tan sólo la espeluznante sonrisa que me dirigió de manera servicial trajo a mi memoria el planeador y el arnés lleno de explosivos. Como siempre, se negó a contestar las preguntas y nos sentamos en un silencio, roto sólo por su cantinela susurrada.

Ignorando aquel farfuleo críptico, estudié una lista de los presentes en el Castillo de Windsor.

El presidente Reagan, Su Majestad la reina, la señora Reagan, el príncipe Philip, el príncipe Carlos, la princesa Diana... El embajador de EEUU, el doctor Billy Graham, el coronel Tom Stamford —astronauta del Apolo—, el señor Henry Ford III, el señor James Stewart, los presidentes de Heinz, IBM y Lockheed Aircraft y varios congresistas, agregados militares y de la Marina, procónsules del Departamento de Estado y de la CÍA...

Lord Delfont, el señor Andrew Lloyd Webber, la señorita Joanna Lumley...

Delante de Young, sobre la mesa que nos separaba, coloqué las fotografías del presidente Reagan, la reina, el príncipe Philip, Carlos y Diana. No mostró ni un asomo de respuesta, se inclinó hacia adelante y con la barbilla llena de cicatrices me señaló el catálogo de Sotheby's en mi portafolios abierto. Sostuvo la reproducción de Palmer junto al hombro izquierdo, dando indirectamente las gracias con una sonrisa. De manera falsa y taimada, parecía querer indicar que yo era su cómplice. Recordé que los psicópatas pueden ser muy manipuladores: Myra Hindley, Brady y Mary Bell

habían convencido a muchas almas candidas y bienintencionadas de sus *conversiones religiosas*.

Sin pensar, saqué la última fotografía del dossier: el coronel Stamford con el traje espacial blanco flotando en libertad sobre una nave en vuelo orbital.

La cantinela cesó. Oí cómo los talones de Young golpeaban las patas metálica de la silla al echarse hacia atrás de manera involuntaria. Una convulsión focal de la mano derecha hizo traquetear las esposas. Contempló la fotografía, pero su mirada traspasaba la celda y sospeché que estaba experimentando el aura de aviso que precede a un ataque epiléptico. Gritándonos a todos nosotros, se puso rígido en la silla y cayó al suelo presa de una crisis de *grana mal*.

Mientras su cabeza martilleaba los pies de los celadores me di cuenta de que lo que había estado recitando no era *Allahu Akbar* sino «Astro-nauta»...

¿Astro-nada...?

MATTHEW YOUNG: LA HISTORIA PERSONAL DE UN PSICÓPATA

Así pues, ¿qué se sabe del Chico? Los investigadores de los Servicios Especiales consiguieron reunir un sustancioso expediente acerca de este joven trastornado.

Nacido en 1958, Abu Dhabi, hijo del gerente de la planta de desalinización de Amoco. Infancia en el área del Golfo, Alaska y Aberdeen. Inadaptado al sistema educativo, con supuesta epilepsia de tipo *petit mal*, asistió sin embargo durante dos semestres a la Universidad Strathclyde en 1975, curso de informática. Afiliado al Partido Revolucionario de Trabajadores en 1976, arrestado en el exterior de la Embajada de EEUU en Londres durante una manifestación antinuclear. Trabajó como montador de andamios y pintor, Radio Observatorio Jodrell Bank, 1977; procesado por daño malicioso a un reflector parabólico. Novicio jesuita, seminario San Francisco Javier, Dundalk, 1978; expulsado a las tres semanas por mal comportamiento sexual con la madre de un novicio. Multado por estar borracho y causar desorden durante la exposición «Escultura en la Era del Espacio» en la Serpentine Gallery, Londres. Programador de videojuegos, Virgin Records, 1980. Operó una radio pirata en su intento por interferir las transmisiones de un transbordador espacial, procesado por British Telecom. Registró las patentes privadas de los videojuegos *Objetivo Apolo* y *Ataque al transbordador*, 1981. Numerosas condenas por asalto, posesión de narcóticos, conducción temeraria, fraudes del subsidio de desempleo, desorden público. En 1982 publica de manera privada su *Testamento cosmológico*, un fárrago inspirado por Blake de misticismo natural, fantasía apocalíptica y demostraciones pseudomatemáticas de la no existencia del espacio-tiempo...

En definitiva, el clásico delincuente, con esa historia de delirios mesiánicos y

desajuste social tan común en regicidas de todas las eras. La elección del señor Reagan refleja la atracción persistente por el asesinato presidencial que parece habitar los intranquilos sueños de tantos psicópatas solitarios. En el presidente de Estados Unidos,

el líder más poderoso del mundo, se concentra no sólo lodo el poder y la autoridad del mundo temporal, sino también la propia noción de existencia, del continuo de tiempo y espacio que encierra tanto al asesino como a la víctima. Como el bebé perturbado que quiere destrozarse toda la guardería, el asesino intenta borrar aquellas imágenes de sí mismo que identifica con su percepción del universo externo. El suicidio dejaría intacta el resto de la existencia y es la noción de existencia, encarnada en la persona del presidente, el verdadero objetivo del asesino.

EL SUEÑO DE LA MUERTE POR AIRE

«En la Segunda Caída, en su intento de escapar de su planeta natal, los pueblos de la Tierra provocan la muerte planetaria al elegir la gravedad cero de un tiempo y un espacio falsos, recapitulando en su ingravidez la agonía de la Primera Caída del Hombre.»

Testamento cosmológico, Libro I

EL SUEÑO DE LA MUERTE POR AGUA

«El mar es una corteza cerebral expuesta, la epidermis de un gigante dormido que los astronautas del Apolo y el Skylab despertarán con sus amerizajes. Todos los pueblos del planeta caminarán, volarán, hacia la playa más cercana, cabalgarán por los rápidos, soportarán sufrimientos, abandonarán continentes hasta que por fin estén juntos en la orilla terminal del mundo, y entonces darán un paso hacia delante.»

Testamento cosmológico, Libro III

EL SUEÑO DE LA MUERTE POR TIERRA

«Los reinos más siniestros y peligrosos son aquellos concebidos por el hombre durante la colonización interior de su planeta al aplicar los sueños del degenerado espacio exterior a su mundo interior: laberintos, mazmorras, fortificaciones, búnkeres, sótanos, garajes subterráneos, túneles de todo tipo que confunden su mente como gusanos atravesando el cerebro de un cadáver.»

Testamento cosmológico, Libro VII

Un curioso volumen, no hay duda, pero ni una pista sobre la muerte por fuego... y ninguna referencia a Reagan ni a Su Majestad, la princesa Diana, ¿la señora Thatcher...?

EL MOTOR DE LA FUGA: LA HABITACIÓN AMES

14 de octubre de 1987. ¡El Chico se ha escapado! Una llamada urgente del alcaide Henson esta mañana. Volé a Daventry de inmediato en el atestado helicóptero del Ministerio del Interior. Matthew Young ha desaparecido, en lo que debe de ser uno de los planes de fuga más ingeniosos jamás planeados. El alcaide y su personal se encontraban desorientados cuando llegué. Henson caminaba por el despacho, presionando sus manos contra las estanterías y reordenando los muebles, como si no se fiara de su existencia. La gente del Ministerio del Interior y de los Servicios Especiales estaba por todos lados, pero conseguí tranquilizar a Henson y ordenar todos los fragmentos de la historia.

Desde mi visita anterior, habían suavizado el régimen de Young. Misteriosamente, la ilustración de Samuel Palmer en el catálogo de Sotheby's le había calmado de algún modo. Ya no desfiguraba las paredes de su celda, se ofreció voluntario para limpiarlas con vapor a presión y había colgado el Palmer sobre su camastro, observándolo como si de un icono religioso se tratase. (Si tan sólo hubiese sido un Keating, al pícaro le habría encantado. Pues el caso es que la reputación de Keating como falsificador podría haber proporcionado a Young el plan de fuga.)

Young se negó a salir al patio de ejercicio —las altas antenas de British Telecom claramente le inquietaban—, de modo que Henson preparó la capilla de la prisión para que fuera su sala de recreo. Aquí comenzó el problema, como quedó claro cuando el alcaide me llevó hasta la capilla, una antigua sala de cine privada amueblada con bancos, un altar, un pulpito, etc. Por razones de seguridad, las puertas estaban cerradas y los guardias de servicio vigilaban a Young a través del hueco de la cámara en la sala de proyección. Debido a esto los guardias veían el interior de la capilla desde una única perspectiva. Young se había aprovechado astutamente de tal circunstancia, recolocando los bancos, el pulpito y el altar para construir lo que en efecto era una Habitación Ames (Adelbert Ames Jr., el psicólogo americano, diseñó una serie de habitaciones trampa, que parecían normales cuando eran vistas desde una mirilla pero que realmente estaban llenas de fragmentos sin relación de muebles y ornamentos).

La versión de Young de la Habitación Ames era mucho más elaborada. La cruz y los candelabros de metal parecían estar en el altar, pero de hecho estaban suspendidos en el aire a tres metros de distancia, sujetos al techo por hilos de algodón que había extraído de su mono. Los bancos se elevaban sobre pilas de libros de oraciones y

Biblias para crear la ilusión de una ordenada nave religiosa. Pero una vez que abandonamos la sala de proyecciones y entramos en la capilla vimos que los bancos formaban una rampa escalonada que llegaba hasta la rejilla de ventilación detrás del altar. Los guardias situados en la sala de proyección que miraban a través del hueco de la cámara habían visto a Young aparentemente de rodillas frente a la cruz, cuando en realidad estaba sentado en el banco más alto de la rampa, aflojando los tornillos de la rejilla de metal.

Henson estaba horrorizado por la fuga de Young, pero yo estaba impresionado por la astucia de aquella ilusión óptica. Al igual que Henson, los inspectores del Ministerio del Interior estaban seguros de que se podría producir otro intento de asesinato contra Su Majestad. Sin embargo, mientras observábamos aquella extraña capilla, algo me convenció de que la reina y el presidente no estaban en peligro. En la desgastada pared tras el altar, Young había clavado una docena de ilustraciones de los programas espaciales ruso y americano, tomadas de periódicos y revistas populares. Todas las fotografías de los astronautas habían sido borradas, el Skylab y el transbordador estaban señalados con pintadas obscenas. Había construido una Capilla Negra que era al mismo tiempo un complejo mecanismo de fuga para liberarse no sólo de Daventry sino de la amenaza suscitada por los astronautas, así como de esa otra prisión mucho más grande cuyos muros son los del propio espacio.

EL ASTROMESÍAS

Coronel Thomas Jefferson Stamford, Fuerza Aérea de Estados Unidos (ret). Boston, 1931, Brigham City, Utah. Scout Águila. Licenciado en física, Instituto Tecnológico de California, 1953. Graduado en la Academia de las Fuerzas Aéreas de EEUU, 1957. Sirvió en Vietnam, 1964-9. Se enroló en la NASA, 1970; asistente de controlador de tierra, Skylab III. 1974, comandante —según rumores— de la misión lunar secreta Apolo 20, que hizo aterrizar una estación de misiles nucleares por control remoto en el Mare Imbrium. Retirado en 1975, nombrado vicepresidente de la Corporación Pepsi-Cola. 1976, asesor de guión de la 20th Century Fox para el proyecto de biopic *Hombres con aletas*.

1977, se asocia con el Movimiento de la Luz Preciosa, un grupo de concienciación de California que pedía la legalización del LSD. Dimitió en 1978. Ingresado en el Hospital de Administración de Veteranos, Fresno. Al ser dado de alta comienza un retiro de nueve meses en la Montaña de la Verdad, Idaho, orden interdenominacional de monjes laicos. 1979, funda Spaceways, centro de rehabilitación para drogodependientes, Santa Mónica. 1980-1, se asocia con Billy Graham, comparte plataforma en misiones evangelistas por Europa y Australia. 1982, visita el Castillo de Windsor con el presidente Reagan. 1983, forma el trust

evangélico COME Incorporated, recorre de gira Alabama y Misisipi autoproclamándose 13.º discípulo. 1984, visita África, el sureste asiático, intercede en el conflicto Irán-Irak, se dirige al Consejo de Ministros de la OTAN, conmina al desarrollo de armas láser y bombas de neutrones. 1986, invitado de la Familia Real en el Palacio de Buckingham, aparece en la retransmisión del mensaje de Navidad de la reina, trata con éxito al príncipe William, se convierte en confidente y asesor espiritual de la princesa Diana. Nombrado Hombre del Año por la revista *Time*, descrito por *Newsweek* como «Mesías de la Era Espacial» y «fundador de la primera religión basada en el espacio».

¿Podría haber sido este admirado ex astronauta —un héroe del pueblo, un Lindbergh de los 80— el verdadero objetivo del ataque a Windsor? Lindbergh se había codeado en su día con reyes y cancilleres, pero sus irritantes creencias políticas estaban teñidas de sentimientos pro nazis. Por el contrario, la populista mezcla de renacimiento cristiano y retórica anticomunista del coronel Stamford parecía no ser otra cosa que una arriesgada apuesta para llegar a la Casa Blanca. De vez en cuando, al ver los mítines de Stamford en la televisión, apreciaba la misma musculatura facial hipertónica que se podía distinguir en Hitler, Gadafi y el más excitable de los mulás de Jomeini, aunque nada digno del elaborado intento de asesinato, un verdadero psicodrama, que Mathew Young había organizado con su planeador lilienthal.

Y aun así..., ¿quién mejor que un aeronauta pionero para matar a un astronauta pionero, para volver a poner el reloj de la exploración espacial a cero?

10 de febrero de 1988. Durante los tres últimos meses, ha fracasado la enérgica búsqueda de cualquier rastro de Matthew Young. La vigilancia por parte del Servicio Secreto de la reina, el primer ministro y los miembros del gabinete ha sido reforzada y se les ha suministrado pistolas a algunos miembros de la casa real. Espero que no se hieran a sí mismos, o a otros. Más aún, la pistolera disfrazada de accesorio de moda que lleva la princesa Diana ha generado toda una industria falsificadora y Londres está lleno de chicas jóvenes que llevan coqueras estilizadas (ninguna de ellas se da cuenta de por qué), como en el reparto de una versión musical de *Duelo a muerte en el OK Corral*.

Se ha interrogado y/o vigilado a las antiguas novias del Chico y a los familiares vivos, a su oficial de la condicional y a los colegas programadores de Virgin Records. Han ocurrido algunas cosas sospechosas: en noviembre, un joven excéntrico vestido con las polainas de cuero y el antiguo traje de los aviadores de la Primera Guerra Mundial se apuntó a un curso en la Escuela de Vuelo de Elstree, donde sufrió un ataque epiléptico tras el primer despegue. En el metro de Londres, cientos de carteles anunciando el mitin de Pascua del coronel Stamford en Earls Court han sido desfigurados de manera sistemática. En los Estudios Pinewood, un pirómano ha destruido parcialmente los decorados de las películas de ciencia ficción *La venganza*

de *R2D2* y *C3PO* se encuentra con *E. T.*, ambas con un presupuesto de 100 millones de dólares. Un intruso nocturno entró en secreto en las oficinas de COME Inc. en Tottenham Court Road y grabó un mensaje obsceno encima del inspirador discurso del coronel Stamford en los miles de vídeos promocionales. En varios salones recreativos de Piccadilly, el juego *Invasores del espacio* ha sido reprogramado para que el blanco sea el rostro del coronel Stamford.

Y lo que quizá sea aún más significativo, alguien con el mismo timbre de voz que Matthew Young intentó persistentemente telefonar al arzobispo de Canterbury. Hace tres días, los sacristanes de la Abadía de Westminster sorprendieron a un joven que rezaba ante un extraño retablo consistente en el traje espacial y el casco del coronel Stamford manchados de sangre y colocados en un nicho detrás del altar mayor. Ambos habían sido robados de su vitrina en el Museo de Ciencias. El infrecuente grupo sanguíneo, B, corresponde no al del coronel sino al del Chico.

Los informes acerca de Matthew Young rezando me recordaron la descripción que había hecho el alcaide Henson del prisionero visto de rodillas en la capilla ilusionista construida en Daventry. Hay un espeluznante contraste entre el enorme mitin evangelizador que está siendo televisado en este mismo instante desde el Paredes Princes de París, dominado por la figura iluminada del antiguo astronauta, y la oscura nave de la abadía donde un paciente mental evadido rezaba ante un traje espacial robado, manchado con su propia sangre. La imagen del espacio exterior, de la que el coronel Stamford extrae buena parte de su inspiración espiritual, parece ser identificada con algún mal difuso, con la adoración de un falso mesías, por parte de Matthew Young. Así, sus oraciones en la capilla de Daventry, arrodillado ante un altar ilusorio, no eran sino una serie de códigos posturales, un intento de contorsionismo para liberarse del siniestro abrazo del coronel Stamford.

Leo de nuevo el testimonio recogido por los Servicios Especiales:

Margaret Downs, analista de sistemas, Wang Computers: «Siempre andaba rezando, colocado eternamente sobre sus condenadas rodillas. Incluso me hizo grabarlo en vídeo y estudiarlo durante horas, lira demasiado...».

Doreen Jessel, instructora de gimnasio: «Al principio creí que le iban los ejercicios anaeróbicos. Meditación dinámica, lo llamaba él, llena de contorsiones acrobáticas. Intenté que fuera a ver a un fisioterapeuta...».

John Hatton, oficial de la condicional: «A pesar de mi sano juicio, me convenció de que había un aspecto terapéutico. Las contorsiones parecían imitar su epilepsia...».

Reverendo Morgan Evans, Samaritanos: «Aceptaba aquella noción de Robert Graves del mesías de pie equinvaro —esa manera de marcar el paso común a varias formas de danza religiosa y a todos los mitos relativos al tendón de Aquiles—. Me dijo que estaba basado en la manera de andar de los astronautas sobre la luna para

lidiar con la gravedad cero...».

Sargento J. Mellors, Regimiento de las Fuerzas Aéreas: «La posición era la de un tirador arrodillado preparado para lanzar una serie de disparos con un fusil de cerrojo, como el lee-enfield o el mannlicher-carcano. Le prohibí entrar en el campo de tiro...».

¿Estaba Matthew Young desmantelando y rearmando los elementos de su propia mente como si lucían los constituyentes de una Habitación Ames? El piloto del helicóptero del Ministerio del Interior comentó de manera gráfica la desorientación espacial experimentada por algunos de los prisioneros de categoría especial al ser trasladados en la lanzadera de Daventry, en particular los gritos y contorsiones de un secuestrador palestino que creyó que era un astronauta moribundo. Son comunes los defectos en el sistema de equilibrio del oído de algunos secuestradores (así como de algunos chamanes), la misma sensación de desorientación espacial que puede ser inducida en los astronautas por la plataforma giratoria de alta velocidad o la gravedad cero de los vuelos orbitales.

Pudiera ser, por lo tanto, que los defectos en el sistema vestibular hagan que quienes los sufren se sientan atraídos por los aviones de alta velocidad y que el secuestro sea un intento inconsciente de curar esta aflicción orgánica. Oración, defectos del equilibrio, secuestro... Al mirar al coronel Stamford en el Pare des Princes me doy cuenta de que a veces se balancea al inclinarse sobre el atril, sus manos juntas en oración en ese espasmo característico, tan familiar gracias a los noticiarios y que ahora es imitado por los cómicos de la televisión.

¿Está intentando el coronel Stamford secuestrar el mundo?

28 de marzo de 1988. Los sucesos avanzan con rapidez. El coronel Thomas Jefferson Stamford ha llegado a Londres, después de su gira triunfal por el mundo no comunista. Se ha reunido con generales y eclesiásticos conservadores y ha aplacado campos de batalla desde los Altos del Golán hasta el Sahara occidental. Como siempre, conmina a los combatientes a unir sus fuerzas contra el enemigo real, soltando un discurso antisoviético y religioso que hace que la CÍA parezca la Cruz Roja. Las televisiones y los periódicos lo muestran codeándose con jefes de Estado y presidentes retirados, con Khol, Thatcher y Mitterrand, con miembros de la realeza escandinava y la monarquía británica.

Mientras tanto, la trayectoria anterior del coronel Stamford como astronauta no se olvida. En sus mítines en el Pare des Princes y en el Olímpico de Munich, estos estadios son transformados en lo que parece ser el interior de una nave espacial gigantesca. Mediante el astuto uso de una pantalla circular, la llegada del coronel al podio se presenta como un aterrizaje desde el espacio exterior, al ritmo de extractos ensordecedores de *Así habló Zaratustra* y *Los planetas* de Holst. Con sus proyecciones ilusionistas y la engañosa iluminación, el mitin se transforma en una

enorme Habitación Ames, una potente mezcla de cristiandad evangelizadora, astronáutica y de cine cibernético. Estamos en presencia de un mesías intelsat, una personalidad-maná para la era de la televisión por cable.

Sus miles de seguidores se balancean en sus asientos, portando vídeos promocionales de COME Inc. como Guardias Rojos de Mao con sus pequeños libros rojos. ¿Estamos asistiendo a la primera vídeo religión, un extravagante espectáculo de luces con gráficos láser de Lucasfilms? El mensaje de los mítines, como el de los vídeos, es que el coronel Thomas Stamford ha vuelto a la Tierra para liderar una cruzada moral contra el marxismo ateo, una Segunda Venida que ha lanzado al 13^{er} discípulo por los intersticios espaciales desde el altar del Mare Imbrium.

Dos antiguos astronautas del Apolo han abandonado sus puestos de directores en Avis y Disney Corporation y se han unido ya a esta cruzada, y miembros de las misiones del Skylab y el transbordador han expresado su apoyo. ¿Será la NASA una organización religiosa en el futuro? Líderes de grupos políticos dentro de los partidos Demócrata y Republicano han pedido al coronel que se presente a presidente. Pero sospecho que el Gran Controlador de Misiones del Cielo quiere evitar la presidencia y presentarse directamente al público estadounidense como un astromesías, un ayatolá del espacio descendido a la Tierra para establecer su república religiosa.

LA PRIMERA IGLESIA DEL DIVINO ASTRONAUTA

listos esfuerzos mesiánicos me recordaron al Chico, el autoproclado enemigo de todos los astronautas. El día después de la llegada del coronel a Londres para el mitin de Pascua, al que asistirían el príncipe Carlos, la princesa Diana y el milagrosamente curado príncipe William, fui hasta el garaje cerrado en Highbury. Había avisado con insistencia al Ministerio del Interior de un posible intento de asesinato, pero parecían demasiado hipnotizados por la fiebre Stamford que había cundido en todo Londres como para creer que alguien le atacaría.

Mientras Constable Willings esperaba bajo la lluvia, contemplé el catre de campaña manchado de aceite y el fregadero lleno de botes vacíos de café instantáneo. Los investigadores del Servicio Especial habían desmontado el destartado garaje, pero, aún clavada en la pared de cemento sobre la cama, permanecía una postal que habían obviado de manera inexplicable. Al acercarme comprobé que se trataba de una reproducción de un pequeño Samuel Palmer: *Un sueño de muerte por fuego*, la visionaria escena de la destrucción de una iglesia falsa por la envolvente luz de una naturaleza verdadera. El cuadro había sido identificado por Keating como uno de sus fraudes más ambiciosos.

¿Una falsificación de Keating para describir la muerte de un falso mesías? Clavada recientemente en el húmedo cemento, la postal era una clara invitación

dejada para mí por Matthew Young. Pero ¿dónde encontrarlo? De repente, a través de las puertas abiertas, vi la iglesia baptista en desuso tras las filas de garajes.

Tan pronto como entré en la sombría nave tuve claro que el objetivo de Matthew no había sido ni el presidente Reagan ni la reina. La cizalla que me había prestado Constable Willings hizo saltar los eslabones de la cadena oxidada. Cuando se hubo alejado en el coche empujé las puertas llenas de termitas. En algún momento del pasado, una compañía de televisión había usado la desacralizada iglesia para almacenar accesorios inútiles. Decorados y paneles pintados de una serie de ciencia ficción abandonada se apoyaban contra las paredes formando un revoltijo oxidado.

Entré en el pasillo y permanecí junto a los bancos. Luego, al avanzar, vi un repentino diorama de la superficie lunar. Delante de mí había un diminuto decorado de cine construido con antiguos carteles de *La guerra de las galaxias* y accesorios del *Doctor Who*. Por encima del paisaje lunar colgaba la figura de un astronauta que volaba con los brazos extendidos.

Como pude intuir, este diorama formaba parte de otra Habitación Ames. La figura del astronauta creaba su ilusión sólo cuando era vista desde las puertas de la iglesia. Al acercarme, sin embargo, sus elementos se separaron. Una mano enguantada flotó solitaria, cortada del brazo que parecía soportarla. El tórax aislado y las secciones de las piernas pendían de hilos atados a las vigas de la nave, alejados unos de otros. La cabeza y el casco habían sido separados de los hombros y habían comenzado su propio vuelo. Mientras me situaba en el altar, el astronauta desmembrado voló sobre mí, como un cadáver de cromo destrozado por una bomba trampa oculta en su sistema de respiración artificial.

Tumbado en el suelo de piedra bajo el espeluznante espectáculo estaba Matthew Young. Descansaba boca arriba en un montón de polvo y baldosas rotas, su boca llena de cicatrices formaba una mueca sin sangre que revelaba dientes rotos cuyas fundas había aplastado él mismo. Había caído al suelo durante su ataque de *grand mal*, y sus dedos extendidos habían arrancado una sección de un cartel de *La guerra de las galaxias*, que ahora le cubría como un sudario. La sangre se estancaba en un inmenso hematoma bajo el pómulo, como si durante el ataque focal de su mano derecha hubiese estado intentando sacarse el ojo con el objetivo telescópico del fusil que apretaba en su puño.

Liberé su lengua y su tráquea, le masajeeé el diafragma hasta que se le normalizó la respiración y le coloqué un cojín del coro bajo los hombros. En el suelo junto a él estaban el cañón, el armazón, la recámara y el cargador de un fusil sin culata cuyas partes había estado engrasando justo antes del ataque y que sin duda ensamblaría en el momento que despertase.

Día de Pascua de 1988. Esta tarde se celebrará el mitin del coronel Stamford en Earls Court. Desde su llegada a Londres, como invitado del Palacio de Buckingham, el

antiguo astronauta ha estado muy ocupado, preparando el trampolín que le propulsará a través del Atlántico. Hace tres días se dirigió a ambas Cámaras del Parlamento en Westminster Hall. En su discurso televisado alentó una cruzada contra el malvado imperio del mundo no cristiano, a favor de la construcción de plataformas orbitales de bombas nucleares, del lanzamiento de armas láser geosincrónicas sobre Teherán, Moscú y Pekín. Parece que demanda no sólo la destrucción de la Unión Soviética sino de todo el mundo no cristiano, la reconquista de Jerusalén y la conversión del Islam.

Está claro que el coronel Stamford anda tan loco como Hitler, pero afortunadamente su último amerizaje está cerca. Supongo que Matthew Young asistirá al mitin de Earls Court esta tarde. No lo denuncié a la policía, confiado en que se recuperaría a tiempo para ensamblar el fusil y llegar hasta una de las cabinas de proyección vacías bajo el techo del recinto. Viendo la llegada desde el *espacio exterior* del coronel Stamford, el Chico lo observará desde la ventana de la cámara y escuchará cómo alienta su *yihad* nuclear contra las fuerzas del Anticristo. Desde esa estrecha, pero nunca antes tan vital perspectiva, la mira de su fusil, Matthew Young estará listo una vez más para dismantelar un espacio ilusionista y celebrar los duraderos misterios de la Habitación Ames.

Amor en un clima más frío

Cualquiera que leyese esta confesión en 1989, el año en que nací, se hubiera sorprendido al ver que me quejaba de un orden de cosas que debía parecer en todos los aspectos el Paraíso. Sin embargo, el Cielo de ayer se convierte con facilidad en el Infierno de hoy. El mayor sueño voluptuoso de la humanidad, que ha elevado el espíritu de poetas y pintores, presidentes y campesinos, se ha convertido tan sólo veintidós años después en una pesadilla. Para los jóvenes de mi generación (la palabra provoca un temblor en el corazón, cuando no en otras partes), la situación se ha tornado tan desesperada que cualquier escapatoria parece justificada. El precio que he pagado por mi libertad puede parecer excesivo, pero me siento feliz de haber hecho este disparatado aunque curioso trato.

Poco después de alcanzar los veintiuno se me ordenó alistarme para cumplir los dos años de servicio nacional, y recuerdo que pensaba cuánto me habrían envidiado mi padre y mi abuelo. Una placentera tarde de verano de 2010, después de un duro día en la Facultad de Medicina, estaba llamando a la puerta del apartamento de una atractiva joven cuyo nombre me había sido dado. Nunca la había visto, pero confiaba en que me saludaría de la forma más amistosa —tan amistosa que, en unos pocos minutos, estaríamos desnudos en la cama—. No es necesario que diga que no habría intercambio de dinero y que ni ella ni yo interpretaríamos nuestro papel por otro motivo que el estrictamente patriótico. Si bien a ambos nos repugnaría la visión y el roce del otro, sólo nos sentiríamos aliviados una vez nos hubiésemos separado, una hora más tarde.

Y así fue, la puerta se abrió y desveló a una joven de pelo castaño que sonreía de manera hospitalaria y valiente. Según mi tarjeta de asignación, era Victoria Hale, una periodista financiera que trabajaba para una revista semanal de noticias. Sus ojos observaron mi rostro y ropa del mismo modo perspicaz en que hubiera examinado el provechoso aunque aburrido folleto de una compañía.

—¿David Bradley? —leyó mi nombre en su propia tarjeta de asignación, esforzándose por mostrar entusiasmo—. Eres estudiante de medicina... Qué interesante.

—Estoy encantado de conocerte, Victoria —respondí—. Siempre quise saber cosas acerca del... periodismo financiero.

Yo estaba torpemente de pie en el centro de su apartamento, mientras las piernas me pesaban como el plomo. El diálogo inicial, como el que le siguió, había parecido ridículo cuando lo pronuncié por primera vez. Pero mi supervisor había insistido sabiamente en que me ciñera al guión y ahora, tras sólo tres meses de servicio

nacional, era consciente de que el diálogo formalizado, así como nuestros absurdos disfraces, suministraban una pantalla detrás de la que podíamos esconder nuestros sentimientos verdaderos.

Yo llevaba el traje estándar del Príncipe Valiente, que una cuidadosa encuesta sobre los programas de televisión de los 60 había confirmado como el disfraz más atractivo sexualmente para el macho depredador. En un traje como aquel, Elvis Presley había excitado a las matronas de Las Vegas hasta un éxtasis de puro abandono, aunque yo, en cambio, encontraba las borlas, las trenzas doradas y la ajustada entrepierna tan cómodas como la decoración de un árbol de Navidad.

Victoria Hale, por su parte, llevaba un disfraz clásico de Conejita Playboy del mismo periodo. Mientras me servía una mínima cantidad de vodka, sus pechos consiguieron estar a la vez tapados y expuestos de un modo que la generación anterior habría encontrado irresistiblemente fascinante, al igual que la cola de conejo que botaba sobre sus contorsionadas nalgas, un metrónomo peludo que había conseguido que me pusiera a mirar mi reloj.

—Señor Bradley, ya podemos quitárnoslo de encima —señaló bruscamente. Se había salido del guión así que añadió rápidamente—: Cuéntame cosas de tu trabajo, David. Creo que eres un hombre muy interesante.

Se aburría conmigo del mismo modo que yo me sentía incómodo con ella, pero en unos minutos estaríamos juntos en la cama. Con suerte, mis sistemas hormonal y nervioso vendrían al rescate y conseguirían que nuestro encuentro llegase al clímax. Estamparíamos nuestras iniciales en la tarjeta de asignación del otro y volveríamos agradecidos a nuestras vidas normales. Aun así, la tarde siguiente otro joven vestido de Príncipe Valiente llamaría a su apartamento y esta pensativa periodista le saludaría con su grotesco disfraz. Y yo, a mi vez, apartaría los libros de anatomía y avanzaría por las agotadoras calles hacia un encuentro acordado en algún apartamento desconocido donde alguna joven agradable —estudiante, camarera, o bibliotecaria— me daría la bienvenida con la misma sonrisa formal y me llevaría estoicamente a la cama.

Para entender este extraño mundo donde el sexo ha llegado a ser obligatorio, se debe volver la vista a los estragos causados en la última década del siglo XX por el azote del sida y las enfermedades pandémicas asociadas a su virus eternamente mutable. A mediados de la década de 1990 esta feroz plaga había comenzado a amenazar algo más que las vidas de millones de individuos. Las instituciones del matrimonio y la familia, los ideales de paternidad y el contrato social entre sexos, incluso las relaciones físicas entre hombre y mujer, habían sido corrompidas por esta enfermedad cruel. Aterrorizados ante la posibilidad de infección, la gente aprendió a abstenerse de cualquier clase de contacto físico o sexual. De la pubertad en adelante, un cordón casi visible separaba a los sexos. En las oficinas, las fábricas, los colegios

y las universidades, los jóvenes guardaban las distancias. En la década de 1980, mis propios padres formaron parte de una de las últimas generaciones que se casaron sin miedo a lo que podría producir su unión. En los 90, muy a menudo, el cortejo y el matrimonio eran seguidos por una serie de misteriosas enfermedades, visitas nerviosas a las clínicas, un diagnóstico positivo y el hospicio terminal.

Enfrentados a un fuerte descenso del índice de natalidad y con una nación compuesta casi por completo por célibes solitarios, el Gobierno sólo podía echar mano de los instrumentos tradicionales: la legislación y la obligación. Apremiado por la autoridad de las iglesias protestante y católica, el tercer milenio fue saludado con el crucial anuncio de que en adelante el sexo sería obligatorio. Todos los jóvenes fértiles, sanos y VIH negativos debían registrarse para cumplir con su deber patriótico. Al cumplir los veintiún años se les asignaba un supervisor personal (casi siempre un sacerdote local, pues el clero era quien tenía en exclusiva la capacidad moral para una tarea tan delicada), que realizaba una lista de parejas posibles y preparaba un programa de relaciones sexuales. En un año, se esperaba que se disparase el índice de natalidad y se restableciese el matrimonio y la familia.

Al principio, sólo fue necesario una asignación por semana, pero el índice de natalidad se negó tozudamente a responder, posiblemente como resultado de la ineptitud sexual de aquellos jóvenes célibes. Hacia el año 2005, el número de asignaciones obligatorias se elevó a tres por semana. Ya que no se podía dejar nada a la naturaleza, a los participantes se les asignaron disfraces para realzar su atractivo. Además del Príncipe Valiente y la Conejita Playboy, estaban el Camarero Castellano y el Bandido Gitano para los hombres y la Anima dora y el traje de baño de Miss América para las mujeres.

A pesar de esto, los primeros participantes a menudo se sentaban en silencio durante horas, incapaces de acercarse el uno al otro y mucho menos de cogerse de la mano. En adelante fueron cuidadosamente entrenados en las artes amatorias por los sacerdotes-supervisores, quienes proyectaban vídeos eróticos a los jóvenes reclutas en las iglesias, que para entonces eran auténticos almacenes de películas y revistas pornográficas.

Como se podía esperar, la amenaza de dos años de actividad sexual forzosa ofendió profundamente a los reclutas. La insumisión fue llevada hasta el extremo, siendo la vasectomía el método más popular, y aquellos que la llevaban a cabo eran sentenciados a un trasplante testicular. Para evitar que los jóvenes se inhibiesen de sus obligaciones sexuales, una red de inspectores encubiertos (normalmente novicios y monjas, ya que sólo ellos poseían el espíritu de sacrificio necesario) se hacían pasar por participantes y exigían terribles multas, a ser pagadas en el acto, ante cualquier disminución o falta de celo.

Todo esto por fin tuvo efecto en el índice de natalidad, que comenzó a ascender

poco a poco. La noticia no significó consuelo para aquellos que, como yo, eran obligados a abandonar sus hogares cada noche y a recorrer las calles en busca de una hora de sexo sin amor. Cómo deseaba que llegase 2012, el año en que completaría mi periodo de deber patriótico y comenzaría mi auténtica vida sexual de celibato eterno.

Aquellos sueños, sin embargo, finalizaron en la primavera de 2011, cuando visité a Lucille McCabe. Después de conocerla abrí los ojos a un mundo perdido de pasión y afectos cuya existencia nunca había sospechado y pude cumplir mi ambición vital de una forma que no había previsto.

Lucille McCabe, mi asignación para aquella tarde, vivía en el barrio español de la ciudad y para evitar abucheos —los que llevábamos a cabo nuestra obligación patriótica éramos figuras de diversión, no tic envidia— me vestí con el disfraz de Camarero Castellano. El apartamento se encontraba en un anodino edificio que se mantenía en pie gracias a una armadura de escaleras de incendios. Un ascensor que seguro estaba reservado para un museo de arqueología industrial me llevó a regañadientes hasta la planta séptima. El timbre colgaba de un cable al aire, y tuve que golpear la puerta varias veces. El silencio me dio esperanzas de que la señorita McCabe, profesora de literatura inglesa, hubiera salido de casa.

Pero la puerta se abrió de repente, revelando a una pequeña joven, de pálido rostro y con el pelo negro de punta, vestida con leotardos de lunares como si fuese el payaso punki de un circo.

—¿La señorita McCabe...? —comencé—. ¿Está...?

—¿Lista para pedir? —Contempló con burla mi disfraz de camarero—. Sí, voy a tomar paella y una ración de gambas. Y no olvide el tabasco.

—¿Tabasco? Mire, soy David Bradley, su compañero de...

—Relájese, señor Bradley. —Cerró la puerta y sacó las llaves de la cerradura para agitarlas frente a mi cara—. Era un chiste. ¿Los recuerda?

—Apenas. —Estaba claro que me encontraba en presencia de una inconformista, una de esas jóvenes caprichosas que se daban aires de traviesas para así elevarse por encima de la situación—. Bien, es maravilloso verte, Lucille. Siempre he querido aprender literatura inglesa.

—Olvídalo. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? No parece que estés totalmente idiotizado.

Me dio la espalda mientras, de cara a la atestada librería, tamborileaba con los dedos por los libros como si buscase un manual que diese respuesta al problema planteado por mi llegada. A pesar de la bravuconería, le temblaban los hombros.

—¿Es ahora cuando te preparo una bebida? No consigo recordar el maldito guión.

—Sáltate la bebida. Podemos ir directamente a ello si tienes prisa.

—No tengo ninguna prisa.

Caminó muy erguida hasta el dormitorio y se sentó como una adolescente

malhumorada sobre el diván deshecho. Nada en mis sesiones de asesoramiento, ni las largas horas de vídeos porno en la iglesia, me habían preparado para aquello —el disfraz no reglamentario, las sábanas alborotadas, la ausencia de cháchara adulatoria—. ¿Era ella alguna clase de inspectora encubierta, un *agent provocateur* dirigido contra los subversivos potenciales como yo mismo? Ya veía mi orden de trabajo elevada a siete sesiones a la semana. Además subyacía la amenaza de un incremento testicular...

Entonces vi la tarjeta de asignación rota sobre la moqueta a sus pies. Ningún inspector, por muy enrevesado que fuera, maltrataría una tarjeta de asignación.

Mientras me preguntaba cómo consolarla, avancé. Pero, al cruzar el umbral, se alzó una pequeña y fuerte mano.

—¡Quédate ahí! —Me contempló con el aspecto desesperado de una niña a punto de ser atacada y me di cuenta de que a pesar de su fiereza era una recluta novicia, probablemente en su primera asignación.

Los extremos puntiagudos de su cabello temblaban como las plumas en forma de ojo de un pavo real atrapado.

—De acuerdo, puedes entrar. ¿Quieres comer algo? Te aseguro que, con lo mucho que me tiemblan las manos, soy capaz de hacer los mejores huevos revueltos de la ciudad. ¿Cómo lo soportas?

—Ya no pienso en ello.

—Yo no pienso en otra cosa. Mire, señor Bradley..., David, o como te llames, no puedo hacerlo. No quiero pelearme contigo...

—No te preocupes. —Alcé las manos pensando en la tarde repentinamente libre—. Me voy ya. Las normas prohíben el uso de la fuerza, llegar a las manos o luchar.

—Qué delicadeza. Y qué diferencia con los tiempos de mi abuela.

Sonrió sombríamente, como si visualizara el cortejo que condujo a la concepción de su propia madre. Encogiéndose de hombros con nerviosismo me siguió hasta la puerta.

—Dime, ¿qué ocurrirá ahora? Sé que me tienes que denunciar.

—Bueno, tampoco es tan serio.

Dudé si describirle las largas sesiones de asesoramiento que seguirían, las semanas llenas de sermones por parte de los relevos de monjas blandiendo sus vídeos. Después de las charlas llegaría la quimioterapia, cuando estuviese tan sedada que nada le importase, cerraría los ojos y pensaría en el deber patriótico y en la siguiente generación, los parques de recreo llenos de pequeñines sonrientes, uno de ellos su propio...

—Yo no me preocuparía. Son muy civilizados. Al menos conseguís un apartamento mejor.

—Oh, gracias. Anteriormente has debido de ser un encanto. Pero al final acaban

contigo...

Cogí la llave pensando cómo tranquilizarla. El tinte corría por su empolvada frente, una línea de batalla redibujada a lo largo de su cerebro. Se quedó apoyada en la librería como una Boudica teñida de añil enfrentándose a las legiones romanas. A pesar de su desesperación, me asaltaba la extraña sensación de que ella se preocupaba por mí tanto como por sí misma, e incluso de que en aquel momento estaba intentando diseñar una estrategia para salvarnos a ambos.

—No... —Cerré la puerta y eché de nuevo la llave—. No te atraparán. No necesariamente...

Mi aventura amorosa con Lucille McCabe comenzó aquella noche, pero los detalles de nuestra vida juntos pertenecen al ámbito de lo privado. No es que haya nada obsceno que revelar. De hecho, nuestra relación nunca llegó a consumarse en el sentido físico, pero esto no hizo disminuir mi profundo encaprichamiento con aquella notable joven. A pesar de los largos meses de servicio nacional, de los cientos de reacias Rebeccas y estoicas Susans, pronto sentí que Lucille McCabe era la única mujer que realmente había conocido. Durante los seis meses de nuestra relación clandestina, descubrí una riqueza de emociones y afectos que me hicieron envidiar a las generaciones anteriores.

Al principio, mi único objetivo era salvar a Lucille. Falsifiqué firmas, engañé a un distraído supervisor que estaba confundido por el edificio de apartamentos abandonado, supliqué o soborné a mis amigos para que me cambiaran turnos y Lucille simuló un embarazo con la ayuda de un técnico de laboratorio corrupto. El matrimonio o cualquier relación monógama eran tabú durante el periodo de deber patriótico, pues el objetivo deseado era una promiscuidad abierta y la mayor excitación posible del acervo genético. Sin embargo, fui capaz de pasar casi todo mi tiempo libre con Lucille, actuando como amante, vigilante nocturno, espía y guardaespaldas. Ella, a su vez, se aseguraba de que no abandonase mis estudios de medicina. Cuando al fin yo pudiera ejercer y ella fuese libre para casarse, nos convertiríamos en marido y mujer.

Inevitablemente fuimos descubiertos por un supervisor receloso que disponía de un ordenador hipersensible. Yo ya me había dado cuenta de que estábamos expuestos y durante aquellos últimos meses me volví más y más protector con respecto a Lucille, incluso sentí las primeras punzadas de los celos. Iba a sus clases, me sentaba en la última fila y me molestaba que algún alumno hiciera una pregunta demasiado elaborada. Debido a mi insistencia, abandonó el corte de pelo punk por algo menos provocativo y bajaba los ojos de forma modesta cada vez que un hombre pasaba a su lado por la calle.

Toda esta tensión explotó cuando el supervisor llegó al apartamento de Lucille. La visión de aquel joven jesuita de ojos oscuros con el disfraz de Bandido Gitano,

soltando toda aquella palabrería amorosa mientras conducía de manera experta a Lucille hacia el dormitorio, fue demasiado para mí. Fui presa de un paroxismo de violencia y lancé al tipo fuera del apartamento.

En el momento en que se llamó a la ambulancia y a la policía nuestro plan acabó. Lucille fue asignada a un centro de rehabilitación, que antes había sido una iglesia de acogida para madres perdidas, y yo fui llevado ante el tribunal del servicio nacional.

En vano protesté, argumentando que quería casarme con Lucille y ser el padre de su hijo. Me había comportado como un macho del pasado y estaba dedicado apasionadamente a mi futura esposa y a mi familia.

Pero aquello, me dijeron, era una aberración egoísta. Fui declarado culpable de falacia romántica y condenado por tener una visión idealista y exaltada de las mujeres. Fui condenado a tres años más de obligación patriótica.

Si me negaba me enfrentaría a la sanción definitiva.

Consciente de que si elegía esto último podría ver a Lucille, tomé una determinación. El tribunal se desesperó conmigo pero, como concesión generosa a un antiguo estudiante de medicina, me permitieron elegir mi propio cirujano.

El parque temático más grande del mundo

La creación de una Europa unida, tanto tiempo deseada y por la que tan amargamente se había luchado, tuvo algunas consecuencias inesperadas. La consecución de este antiquísimo sueño fue causa de una celebración justificada, de innumerables festivales callejeros, de banquetes y discursos de felicitación. Pero la Europa que había visto nacer el Renacimiento y la Reforma Protestante, la ciencia moderna y la revolución industrial, tenía una última sorpresa en la manga.

No hace falta decir que nada de esto se vislumbraba en 1993. La demolición de tantas barreras fiscales y burocráticas para el comercio condujo directamente a una Europa por fin unida en una federación política y cultural. En 1995, el año más emocionante desde 1968, se aprobó la legislación necesaria por una docena de Parlamentos, que se disolvieron y asignaron sus poderes a la Asamblea Europea de Estrasburgo. Así nació la nueva Europa, un ámbito visionario que fusionaría milagrosamente el espíritu de Carlomagno y el de la tarjeta inteligente, a Miguel Ángel y el Club Med, a San Agustín y a Saint Laurent.

Felices y cansados por el esfuerzo, los nuevos europeos partieron hacia las playas del Mediterráneo, la tierra tribal de apareamiento. Bendecidos por un sol benevolente y un cielo invernadero, el verano de 1995 duró desde abril hasta octubre. Cien millones de europeos se regodearon en la playa, dejando tras de sí poco más que un ejército de celadores para supervisar los museos, las galerías y las catedrales. Ilocionados por la idea de una Europa federal, un vasto influjo de turistas llegaron procedentes de lisiados Unidos, Japón y las recién liberadas naciones del bloque soviético. Con una guía de viajes en la mano, se atiborraban de la cultura y la historia de Europa, que ahora había alcanzado su destino espiritual de ser el parque temático más grande del mundo.

Sostenido por estos ingresos turísticos, el ecu se elevó por encima del dólar y del yen, a pesar de que las fábricas y las oficinas permanecían desiertas desde Atenas hasta el Atlántico. De hecho, fue en el otoño de 1995 cuando los economistas en Bruselas se resignaron ante la paradoja que ningún Gobierno anterior había aceptado: contraria a la lógica protestante, que tan lamentablemente había fracasado en el pasado, cuanto menos trabajaba Europa más próspera y satisfecha estaba. Encantados de demostrar esta teoría, los millones de veraneantes europeos en las playas del Mediterráneo apenas se movían de sus esterillas. Las autopistas y carreteras estaban en silencio y las gráficas de producción industrial permanecían tan planas como las funciones neuronales de un cerebro muerto.

Pronto, un hecho mucho más significativo tuvo lugar. La mayoría de los europeos

habían aumentado sus vacaciones de dos a tres meses, pero una minoría sustancial había decidido no volver. A lo largo de las playas de la Costa del Sol y la Costa Azul, miles de turistas franceses, británicos y alemanes dejaron de subir a sus vuelos de vuelta en el aeropuerto más cercano. Por el contrario, se quedaron en los hoteles y apartamentos, tumbándose al lado de las piscinas y dedicándose a la veneración de sus propias pieles.

Al principio, esta decisión de quedarse sólo afectó a los jóvenes y solteros, a antiguos estudiantes y a la tradicional *intelligentsia* del lumpen playero. Pero entre estos modernos *refuseniks* pronto se incluyeron abogados, doctores y contables. Incluso las familias con hijos decidieron permanecer de vacaciones perpetuas. Ignorando los telegramas y llamadas de sus nerviosos jefes desde Ámsterdam, París y Dusseldorf, inventaron educadas excusas, se dedicaron a untarse el bronceador en los hombros y volvieron a los veleros y las barcas de pedales. Quedó claro que al rechazar la vieja Europa de las fronteras y de los intereses nacionales también habían rechazado los valores burgueses que se escondían tras ellos. El trabajo exigente, los ingresos de disposición inmediata, el futuro hipotecado a los dioses del estatus social y económico habían sido abandonados.

En cualquier caso, en noviembre de 1995 decenas de miles de veraneantes formaban un movimiento que se confinaba a unos cuantos espacios de vacaciones a lo largo de la costa mediterránea. Aquellos que volvieron a casa lo hicieron con sentimientos encontrados. Para la primavera de 1996 más de un millón de expatriados se habían establecido en un exilio permanente entre los complejos de hoteles y apartamentos del Mediterráneo.

Durante el verano, el número ascendía de manera extraordinaria y esto trajo enormes cambios psicológicos y demográficos. Hasta entonces, los efectos del éxodo hacia las playas sobre la economía europea habían sido mínimos. El turismo y la venta de grandes secciones de la industria a las muy dispuestas corporaciones japonesas habían mantenido el ecu a flote. En cuanto a los exiliados en Menorca, Miconos y la Costa Brava, el coste de la vida era bajo y las necesidades escasas. Los *hippies* y ex estudiantes comenzaron a realizar pequeños robos y a dormir en la playa. Cuando se les agotaron los recursos, los abogados y contables pudieron tomar prestado de los bancos, ofreciendo sus negocios y casas como aval. Las esposas vendieron sus joyas y se presionó para que los familiares ancianos solicitaran pequeños créditos.

Afortunadamente, el sol seguía brillando a través de los numerosos agujeros del ozono y las previsiones hablaban del verano más caluroso del siglo. La determinación de los exiliados de no volver nunca a las oficinas y las fábricas estaba basada en una nueva filosofía de ocio y un sentimiento acerca de lo que significaba una vida que realmente mereciese la pena. La lógica de las vacaciones playeras anuales, que había

sostenido a Europa desde la Segunda Guerra Mundial, había sido llevada al extremo. El crimen y la delincuencia no existían y la tolerancia social y racial de los que se reclinaban en sillas de piscina contiguas era virtualmente infinita.

¿Lideraría Europa otra vez el mundo con su nuevo paso adelante en el tercer milenio? Un régimen sexual liberal y relajado floreció y surgió un reencontrado orgullo por la excelencia física. Tenían lugar muchas actividades deportivas, había clases de judo y kárate, aeróbic y tai-chi. La variedad de filosofías marginales comenzó a rivalizar con las de California. Los primeros cultos solares emergieron en las playas de Torremolinos y Saint-Tropez. Si las costas mediterráneas habían sido una vez la Florida europea, un suave desfile de puertos deportivos y hoteles, ahora eran una Venice Beach, un invernadero de músculos y sueños milenaristas.

Durante el verano de 1996 se produjo el primer desafío para este reino del ocio. Por entonces las comunidades de playa albergaban a unos cinco millones de exiliados y sus recursos financieros estaban agotados. Hacía mucho que las tarjetas de crédito habían sido anuladas, las cuentas bancarias congeladas y los gobiernos de París, Londres y Bonn esperaban la vuelta de los expatriados a sus escritorios y bancos de trabajo.

De manera sorprendente, la determinación de las comunidades de playa nunca flaqueó. Lejos de subir a los vuelos largamente postergados, los exiliados decidieron establecerse en su lugar bajo el sol. Pronto esto les llevó a un conflicto directo con los hosteleros locales y los propietarios de apartamentos, quienes se encontraron dando cobijo a una enorme población de clientes que no pagaban. Se llamó a la policía y se produjeron los primeros disturbios en las playas de Málaga, Mentón y Rímini.

Los exiliados, sin embargo, eran difíciles de desalojar. Un año de sol y ejercicio los había transformado en un cuerpo de soberbios atletas, para los que los tenderos, camareros y hoteleros locales no eran rivales. Pandillas de jóvenes musculadas, expertas en artes marciales, deambulaban por los supermercados de España y la Costa Azul, sirviéndose ellas mismas de los estantes. Los directores de los hoteles y de los apartamentos pronto fueron sometidos mediante actos de abierta intimidación.

Los jefes de policía locales, por su parte, se mostraban reacios a intervenir, por temor a dañar el inminente turismo veraniego. Los abogados y contables, de entre los exiliados, mucho más educados e inteligentes que sus provincianos rivales, eran expertos en desafiar cualquier orden de desalojo o denuncia de robo. El anteriormente pasivo régimen de sol y arena había dado paso a un modo más militante, sostenido por la convicción de los exiliados en el derecho moral y espiritual de su causa. Actuando juntos, tomaban por la fuerza cualquier chalet o casa de apartamentos abandonados y sus dueños estaban demasiado asustados para protestar o directamente huían del lugar.

El culto a la perfección física se había arraigado en la imaginación de todos. Los

cuerpos deformados por años de inclinación ante los procesadores de textos y los mostradores de comida rápida eran ahora delgados y erguidos, tan bien proporcionados como las figuras de los frisos del Partenón. El nuevo evangelismo oculto tras la moda pasajera del ejercicio y la puesta en forma de los 80 reapareció. La devoción por la perfección física gobernaba sus vidas de manera más estricta que cualquier supervisor de fábrica.

Por pura necesidad, el ocio había pasado a una fase mucho más disciplinada. Al amanecer, las playas del Mediterráneo se llenaban de compañías de entusiastas de las artes marciales, pateando y gruñendo al unísono. Brigadas de hermosos hombres y mujeres se entrenaban juntos de cara al sol. Ya no dedicaban el tiempo libre a tumbarse en la arena, sino a deportes competitivos y a pruebas de atletismo de fiera participación.

Los primeros líderes de la comunidad habían surgido de los hombres y mujeres más carismáticos y fuertes. La indolente anarquía de los primeros días había dado paso a una democracia sensata y corporativa, donde miembros de informales grupos de playa habían votado la mejor táctica antes de hacerse con un hotel vacío o asaltar una tienda de licores. Pero esta fase democrática fracasó a la hora de satisfacer las necesidades y las emociones del momento y las comunidades playeras pronto evolucionaron hacia formas más autoritarias.

La temporada vacacional de 1996 trajo un respiro muy esperado, así como millones de nuevos reclutas cuyos bolsillos estaban llenos de ecus. Cuando llegaron a Marbella, Ibiza, La Grande Motte y Sestri Levante se vieron invitados a unirse a las nuevas comunidades playeras. En agosto de 1996, cuando casi toda Europa había partido hacia las costas del sol, los gobiernos de los estados miembros se enfrentaron a la posibilidad real de que gran parte de su población no iba a volver. No sólo se cerrarían para siempre oficinas y fábricas, sino que no quedaría nadie para hacerse cargo de los museos y las galerías, para recoger los dólares, yenes y rublos de los turistas extranjeros que sostenían en exclusiva sus economías. Surgió la posibilidad de vender el Louvre y el Buckingham Palace a una corporación hotelera japonesa, de que las catedrales de Chartres y Colonia se convirtieran en filiales de la compañía Disney.

Forzada a actuar, la Asamblea de Estrasburgo envió destacamentos al sur. Haciéndose pasar por veraneantes, equipos de investigadores deambularon por las cafeterías y piscinas. Pero los patéticos intentos de estos burócratas en bikini de infiltrarse y desestabilizar los enclaves playeros se quedaron en nada y muchos desertaron a las filas de los exiliados.

De modo que por fin, en octubre de 1996, la Asamblea de Estrasburgo anunció que se cerraban las playas del Mediterráneo, que toda forma de ejercicio fuera del puesto de trabajo o del dormitorio era declarada ilegal y que el bronceado pasaba a

considerarse un embellecimiento de la piel prohibido. Por último, la Asamblea ordenó a los treinta millones de ciudadanos ausentes que volvieran a casa.

Es innecesario decir que tales órdenes fueron ignoradas. La gente de la playa que ocupaba la ciudad lineal de la costa mediterránea, de unos 5000 kilómetros de longitud y unos trescientos metros de anchura, era ahora una raza distinta. Los policías y gendarmes que llegaron a los enclaves costeros se encontraron con bandas militantes de adoradores del cuerpo que no tenían ninguna intención de volver a sus vidas anteriores.

Conscientes de que se produciría un choque con las autoridades, habían comenzado a defender su territorio, bloqueando las carreteras de la playa con coches abandonados, fortificando las entradas a los hoteles y apartamentos. Durante el día los equipos de buceo pescaban en las aguas costeras; de noche, partidas de asalto se movían tierra adentro, robando ovejas y saqueando campos de labranza. Grandes secciones de Málaga, Saint-Tropez y Corfú estaban ahora ocupadas por los exiliados, mientras que muchos de los lugares más pequeños como Rosas y Formentera estaban totalmente bajo su control.

El primer conflicto abierto, en Golfe Juan, fue breve y nada concluyente. Quizá esperando de manera inconsciente que desembarcara el Emperador, como había hecho tras su huida de Elba, la policía fue incapaz de arreglárselas con la brigada militante de madres bronceadas y desnudas que cantaban eslóganes feministas y ecologistas, mientras avanzaban hacia su cañón de agua. Comandos de dentistas y arquitectos, dispensando terribles patadas de kárate, se pavoneaban por las callejuelas estrechas en lo que parecía ser el despliegue de una nueva tradición popular, que atraía a grupos incontrolables de turistas americanos y japoneses desde sus hoteles en Cannes. En Port-Vendres, Sitges, Bari y Fréjus, la policía retrocedía confusa, incapaz de distinguir a los exiliados de los turistas auténticos.

Cuando la policía regresó, apoyada por unidades del ejército, su llegada sólo aumentó la determinación de la gente de la playa. El sabor políglota de los colonos originales dio paso a una serie de grupos nacionales que reclutaban a los miembros en sus lugares de vacaciones tradicionales: los británicos en Torremolinos, los alemanes en Rosas, los franceses en Juan les Pins. La resistencia dentro de tales enclaves reflejaba su identidad nacional: una muchedumbre de *hooligans* británicos borrachos deambulaba por las calles de Torremolinos, enseñando sus temibles nalgas a los antidisturbios. Los alemanes, dedicados al trabajo duro y a sus obligaciones, erigieron una Línea Sigfrido de búnkeres de arena alrededor de las playas de Rosas, mientras que los ingentes pezones en Juan se bastaban solos para deslumbrar sin remisión a los gendarmes.

A cambio, cada uno de estos enclaves nacionales produjeron unos líderes característicos. Los enclaves británicos estaban dominados por un buen número de

Thatchers en potencia, fieras clamorosas con trajes de baño de una pieza que invocaban el recuerdo de Churchill y proclamaban su determinación de «luchar contra ellos en las playas y nunca, *nunca* rendirse». Los gaullistas atávicos hablaban con ampulosidad de la grandeza de la arena y el sol franceses, mientras que los italianos proclamaban su «Mare Nostrum».

Pero, por encima de todo, el tono de estos *führers* playeros era uniformemente autoritario. Los antiguos veraneantes exiliados disfrutaban ahora de una autodisciplina rígida unida a una creencia mítica en los poderes de la fuerza física. Sobre todo se admiraba la destreza atlética, un culto a la perfección del cuerpo mediado por exhibiciones de gimnasia grupal en las playas, mítines cuasi fascistas, en los que miles de participantes bien entrenados hendían el aire de la madrugada con sus cortes de kárate y cantaban con una sola voz al sol. Estas hermosas y bronceadas figuras de irreflexiva sexualidad contemplaban a sus compatriotas turistas con un sentimiento de superioridad casi racial.

Estaba claro que Europa, el lugar donde se había originado gran parte de la civilización occidental, había dado a luz a otra corriente importante, el primer sistema totalitario basado en el ocio. Del solarium y la piscina, del gimnasio y la discoteca, había surgido un credo nacionalista y autoritario que hundía sus raíces en el ámbito del placer antes que en el del trabajo.

En la primavera de 1997, mientras Bruselas andaba perdida y Estrasburgo debatía, los treinta millones de habitantes de la playa comenzaron a mirar por primera vez hacia el norte. Escucharon cómo sus líderes hablaban de un espacio de vida nacional, de las hordas de turistas extranjeros con sus desalmados dólares y yenes, de la exhausta sangre de sus compatriotas esperando a ser vigorizada. De pie en las playas de Marbella, Juan, Rimini y Naxos alzaron los brazos al unísono, entonando sus cánticos de ejercicio mientras escuchaban la orden de marchar hacia el norte, expulsar a los turistas invasores y reclamar sus patrias históricas.

De modo que en el verano de 1997 se pusieron en marcha por las autopistas y carreteras desiertas formando la mayor invasión que Europa haya conocido nunca, con la intención de hacerse con sus antiguos hogares, determinados a restablecer una olvidada Europa de naciones, cada uno celoso de sus fronteras, feliz de conservar su historia, sus aranceles y su insularidad.

Respuestas a un cuestionario

1) Sí.

2) Varón (?).

3) a/a Terminal 3, aeropuerto de Londres, Heathrow.

4) Veintisiete.

5) Desconocido.

6) Escuela Primaria Doctor Barnado, Kingston-upon-Thames; Reformatorio de Su Majestad, Send, Surrey; Departamento de Ciencias de la Computación de la Universidad de Brunel.

7) Limpiador de suelos, salón de juegos Mecca, Leicester Square.

8) Si puedo evitarlo.

9) Analista de sistemas, Sperry-Univac, 1979-1983.

10) Tribunal de la Corona de Manchester, 1984.

11) Fraude informático y de tarjetas de crédito.

12) Culpable.

13) Dos años, Prisión Parkhurst de Su Majestad.

14) Stockhausen, De Kooning, Jack Kerouac.

15) A cada ocasión.

16) Dos veces al día.

17) UNE, herpes, gonorrea.

18) Maridos.

19) Mi mayor ambición es convertirlo en un programa de TV.

20) Vi al fallecido por primera vez el 17 de febrero de 1986, en la capilla del aeropuerto de Londres. Él estaba rezando en un banco de la primera fila.

21) En aquella época yo vivía en un cubículo fuera de servicio en el lavabo de controladores aéreos de la Terminal 3.

22) 1,73 m, treinta y tres años, constitución delgada, piel albina, barba fina y negra, alguna clase de herida de accidente en ambas manos. A primera vista, pensé que era un terrorista palestino.

23) Llevaba puestos unos pantalones de uniforme robados a un ingeniero de vuelo de EL AL.

24) Con el dinero que me quedaba le compré una hamburguesa de marisco en la cafetería del entresuelo. Me dio las gracias y, aunque no llevaba tarjeta de crédito, extrajo 100 £ de un cajero automático en el vestíbulo principal.

25) Estaba convencido de que me encontraba en presencia de una figura mesiánica que me ayudaría a penetrar los códigos informáticos de los depósitos

contables del Nat West.

26) No tuvo lugar ninguna actividad sexual.

27) Lo llevé a la pista de patinaje sobre hielo de Richmond, donde, inmediatamente, ejecutó seis piruetas triples. Lo animé a que se apuntara a patinaje artístico, pensando en los Campeonatos de Europa y en un posible oro en Seúl, pero él se puso a trazar enormes espirales dobles en el hielo. Le expliqué que esas piruetas no estaban entre las figuras obligatorias y me dijo que las espirales representaban un modelo de ADN sintético.

28) No.

29) Me dio a entender que tenía importantes conexiones con las altas esferas del Gobierno.

30) Suite 17B, Hotel Penta de Londres. Dormí en el suelo del cuarto de baño.

31) Los cajeros automáticos de Oxford Street, Knightsbridge y Earls Court.

32) Aproximadamente 275.000 £ en tres semanas.

33) Vídeos porno. Le interesaron particularmente *Kamera Klimax* y *Electric Blue*.

34) Casi todos los días.

35) Cuando se emborrachaba. Afirmaba que traía el regalo de la vida eterna.

36) En el Hotel Penta, intenté presentarle a Torvill y Dean. Él sólo estaba interesado en conocer a miembros de la Bolsa y de la Royal Society.

37) Hembras de todas las edades.

38) Sexo en grupo.

39) Marie Drummond, veintidós, asistente de ventas, HMV Records; Denise Attwell, treinta y siete, supervisora de investigación, Farmacéutica Geigy; Florence Burgess, cincuenta y cinco, diaconesa, Librería de la Sociedad Bíblica; Angelina Gómez, veinticinco, azafata, Iberian Airways; Phoebe Adams, cuarenta y tres, cruzada antimisiles, Campamento Orange, Greenham Common.

40) A veces, siguiendo sus sugerencias.

41) Insatisfactorio.

42) Eyaculación precoz, impotencia.

43) Me recomendó una operación de cambio de sexo.

44) National Gallery, Wallace Collection, Museo Británico. Él estaba realmente intrigado por las representaciones de Jesús, Zoroastro y el Buda Gautama y hacía comentarios sobre las similitudes.

45) Con el permiso del gerente, distrito NE, British Telecom.

46) Levantamos la antena en el tejado de la Torre de Correos.

47) 2500 kHz.

48) Hacia la constelación de Orion.

49) Escuché su voz, aparentemente transmitida desde la estrella Betelgeuse hace 2000 años.

- 50) Interferencias en la recepción de TV en todo Londres y en el sureste.
- 51) Número uno en el índice Jictar, superando las audiencias conjuntas de *Coronation Street*, *Dallas* y *Dinastía*.
- 52) Entre los invitados habituales se incluían la princesa Diana, el príncipe Carlos y el doctor Billy Graham.
- 53) Alquiló el Centro de Conferencias de Wembley.
- 54) «Inmortalidad al Servicio de la Humanidad.»
- 55) Los invitados provenían del mundo de las ciencias, la política, la Iglesia, las Fuerzas Armadas y Hacienda.
- 56) Pagos generosos.
- 57) Los cajeros automáticos de Mayfair y Regent Street.
- 58) Le tenía un profundo aprecio al dinero, pero no se impresionó cuando le hablé de las ganancias de Torvill y Dean.
- 59) Estaba obsesionado con la naturaleza del enlace químico.
- 60) Sentados junto a él en la tribuna estaban: 1. El líder de la oposición a Su Majestad. 2. El presidente de la Royal Society. 3. El arzobispo de Canterbury. 4. El gran rabino. 5. El presidente del Diners Club. 6. El presidente del Banco de Inglaterra. 7. El secretario general de la Federación de Empleados de Hacienda. 8. El presidente de Hertz Alquiler de Coches. 9. El presidente de IBM. 10. El jefe del Estado Mayor. 11. El señor Henry Kissinger. 12. Yo.
- 61) Afirmó que el ADN sintético introducido en el plasma germinal humano detendría el proceso de envejecimiento y extendería la vida humana casi indefinidamente.
- 62) Quizá un millón de años.
- 63) Anunció que la princesa Diana era inmortal.
- 64) Asombro/incredulidad.
- 65) Aconsejó a la audiencia que hiciera fuertes inversiones en la industria del ocio.
- 66) El valor de la libra esterlina aumentó a 8,75 \$.
- 67) Cadenas estadounidenses de TV, *Time Magazine*, *Newsweek*.
- 68) La Segunda Venida.
- 69) Expresó una gran decepción ante la actitud negativa del Tercer Mundo.
- 70) El Kremlin.
- 71) Quería que me convirtiese en la cabeza de un misil de crucero.
- 72) Mi creciente desencanto.
- 73) Malestar sexual.
- 74) Se quejaba de que yo pasaba demasiado tiempo en la pista de patinaje de Richmond.
- 75) La Proclamación Real.

- 76) La libra esterlina se elevó hasta los 75,50 \$.
- 77) El príncipe Andrew. Repetidamente.
- 78) Inyección en los testículos.
- 79) Los efectos secundarios eran impotencia permanente y esterilidad. Sin embargo, puesto que la inmortalidad estaba asegurada, la descendencia no sería necesaria y el impulso de procreación acabaría atrofiado.
- 80) Consideré seriamente una operación de cambio de sexo.
- 81) El Libro Blanco del Gobierno sobre la Inmortalidad.
- 82) Inyección obligatoria en los testículos de toda la población masculina mayor de once años.
- 83) Una smith & wesson calibre treinta y ocho, cañón corto.
- 84) Completamente idea mía.
- 85) Muchas horas en la pista de patinaje de Richmond tratando de borrar, sin éxito, los patrones de ADN.
- 86) El Salón Westminster.
- 87) Premeditado. Puse en duda sus auténticos motivos.
- 88) Asesinato.
- 89) No fui sobornado ni incitado por agentes de un poder extranjero.
- 90) Desesperación. Deseé regresar a mi cubículo en el aeropuerto de Londres.
- 91) Entre la princesa Diana y el gobernador de Nevada.
- 92) En el climax de *Así habló Zaratustra*.
- 93) 2,17 m.
- 94) Tres disparos.
- 95) Sangre del grupo O.
- 96) No deseaba pasar el resto de la eternidad en mi propia compañía.
- 97) Fui visitado en mi celda de condenado a muerte por el enviado especial del arzobispo de Canterbury
- 98) Que había matado al Hijo de Dios.
- 99) Cojeaba ligeramente. Me dijo que, como prisionero condenado, sólo yo había permanecido al margen de las inyecciones esterilizadoras y que la restauración del índice de natalidad nacional era ahora mi único deber.
- 100) Sí.

El desastre aéreo

La noticia indicando que el avión más grande del mundo se había hundido en el mar cerca de Mesina, con mil pasajeros a bordo, me llegó a Nápoles, donde estaba cubriendo el festival de cine. Apenas unos pocos minutos más tarde que las primeras informaciones de la catástrofe fueran transmitidas por la radio (el mayor desastre de la historia de la aviación mundial, una tragedia similar a la aniquilación de toda una ciudad), mi redactor jefe me telefoneó al hotel.

—Si aún no lo has hecho, alquila un coche. Baja hasta allí y ve lo que puedes conseguir. Y, esta vez, no olvides tu cámara.

—No habrá nada fotografiable —hice notar—. Un montón de maletas flotando en el agua.

—No importa. Es el primer avión de este tipo que se estrella. ¡Pobres diablos! Eso tenía que ocurrir algún día.

No me atreví a contradecirle, puesto que mi redactor jefe tenía razón. Abandoné, Nápoles media hora más tarde y me dirigí al sur, hacia Reggio Calabria, recordando la puesta en servicio de aquellos aviones gigantes. No representaban ningún progreso en la tecnología de la aviación: de hecho, no eran más que versiones de dos pisos de un modelo ya existente; pero había algo en la cifra mil que excitaba la imaginación, provocaba todo tipo de malos presagios, que ninguna publicidad tranquilizadora conseguía alejar. Mil pasajeros; los contaba ya mentalmente, mientras me dirigía a la escena trágica. Veía las fantasmales falanges: hombres de negocios, monjas de edad avanzada, niños regresando a ver a sus padres, amantes en fuga, diplomáticos, incluso un traficante de yerba. Eran una porción de humanidad casi perfecta, un poco como las muestras representativas de un sondeo de opinión, que hacía que la catástrofe estuviera próxima a todo el mundo. Faltaban aún unos ciento sesenta kilómetros hasta Reggio, y me puse a observar involuntariamente el mar, como si esperara ver los primeros maletines y chalecos salvavidas varados en las vacías playas.

Cuanto más aprisa pudiera fotografiar unos cuantos restos flotando en el mar para satisfacer a mi redactor jefe y volver a Nápoles, incluso a las mundanidades del festival de cine, más feliz me sentiría. Por desgracia, había grandes embotellamientos en la carretera que conducía al sur. Evidentemente, todos los demás periodistas del festival, tanto italianos como extranjeros, habían sido enviados al lugar del desastre. Camiones de la televisión, coches de la policía y vehículos de turistas curiosos..., pronto nos encontramos parachoques contra parachoques. Irritado por aquella macabra atracción hacia la tragedia, empecé a desear que no hubiera ni el menor rastro del avión cuando llegásemos a Reggio, aun a riesgo de decepcionar de nuevo a

mi redactor jefe.

De hecho, escuchando los boletines de la radio, apenas había nuevas noticias sobre el accidente. Los comentaristas que habían llegado ya al lugar recorrían las calmadas aguas del estrecho de Mesina en pequeñas lanchas de alquiler, sin hallar aún el menor rastro de la catástrofe. Y, sin embargo, no quedaba la menor duda que el avión se había estrellado en alguna parte. La tripulación de otro avión había visto al enorme aparato estallar entre cielo y tierra, probablemente víctima de un sabotaje. De hecho, la única información precisa que se transmitía una y otra vez por la radio era la grabación de los últimos instantes del piloto del gigantesco avión, declarando que había un incendio en la bodega de equipajes.

El avión se había estrellado, por supuesto, pero, ¿dónde exactamente? Pese a la falta de noticias, la circulación proseguía hacia Reggio y el sur. Detrás de mí, un equipo italiano de reportajes televisados decidió adelantar a la hilera de vehículos que se arrastraba penosamente y se pasó a la orilla; los primeros altercados se iniciaron inmediatamente. La policía regulaba un cruce importante y, con su flema habitual, conseguía frenar aún más la circulación. Una hora más tarde mi radiador empezó a hervir, y me vi obligado a entrar con mi coche dando tirones en una estación de servicio al borde de la carretera. Sentado de mal humor en el patio de la estación, me daba cuenta que no iba a alcanzar Reggio hasta media tarde. Observaba la inmóvil serpiente de la circulación, que desaparecía en las montañas unos pocos kilómetros más adelante. Las ondulaciones de la cadena de montañas de Calabria surgían bruscamente de la llanura marítima, con sus agudos picos iluminados por el sol.

Pensando en ello, nadie había sido testigo de la caída del gigantesco avión al mar. La explosión se había producido en alguna parte sobre las montañas de Calabria, y la probable trayectoria del desgraciado aparato conducía hasta el estrecho de Mesina. Pero, de hecho, un error de observación de apenas unos pocos kilómetros, un error de cálculo de algunos segundos por parte de la tripulación que había visto la explosión, podían situar el punto del impacto muy al interior.

Por coincidencia, un par de periodistas en un coche cercano discutían esta posibilidad mientras el encargado de la estación les llenaba el depósito. El más joven de los dos señalaba con un dedo la montaña, e imitaba una explosión.

El otro parecía escéptico, ya que el joven encargado de la estación parecía querer confirmar la teoría y no ofrecía grandes muestras de inteligencia. Una vez le hubieron pagado, se dirigieron de nuevo a la carretera para incorporarse a la lenta caravana que conducía a Reggio.

El hombre les observó marcharse, indiferente. Cuando hubo llenado mi radiador, le pregunté:

—¿Ha visto alguna explosión en las montañas?

—Quizá sí. Es difícil de decir. Puede que se tratara de un relámpago, o de una

avalancha.

—¿No vio usted el avión?

—No, de veras.

Se alzó de hombros, más interesado en su trabajo que en la conversación. Poco después, otro le reemplazó, y él se montó en la moto de un compañero y, como todo el mundo, se dirigió hacia Reggio. Eché una ojeada a la carretera que conducía hasta el valle. Por suerte, un pequeño camino detrás de la estación de servicio conducía hasta ella unos quinientos metros más adelante, al otro lado de un campo. Diez minutos más tarde conducía hacia el valle, alejándome de la llanura del litoral. ¿Por qué suponía que el avión se había estrellado en las montañas? Quizá la esperanza de confundir a mis colegas y de impresionar por primera vez a mi redactor jefe. Ante mí surgió un pequeño pueblo, un decrepito grupo de edificios alineados a ambos lados de una plaza formando pendiente. Media docena de campesinos estaban sentados al exterior de una taberna..., no mucho más que una ventana en una pared de piedra. La carretera del litoral quedaba ya muy lejos detrás, como si formara parte de otro mundo. A aquella altura, seguro que alguien tenía que haber visto la explosión del aparato si el avión se había estrellado por allí. Había que interrogar a algunas personas; si nadie había visto nada, daría media vuelta y seguiría a los demás hasta Reggio.

Al entrar en el pueblo recordé hasta qué punto era pobre aquella región de Calabria..., la más pobre de Italia, irónicamente situada debajo de la bota desde un punto de vista geográfico y casi sin ningún cambio desde el siglo XIX. La mayor parte de las miserables casas de piedra aún no tenían electricidad. No había más que una única y solitaria antena de televisión y algunos automóviles viejos, verdaderas piezas de museo ambulantes, estacionados a ambos lados de la carretera junto con oxidadas piezas de utensilios agrícolas. Las deterioradas curvas de la carretera que conducían hacia el valle parecían ahogarse en un suelo secularmente árido.

Sin embargo había una débil esperanza que los lugareños hubieran visto algo, un resplandor quizá o incluso la visión fugitiva del aparato en llamas hundiéndose hacia el mar. Detuve mi coche en la empedrada plaza y me dirigí hacia los campesinos en el exterior de la taberna.

—Estoy buscando el avión que se ha estrellado —les dije—. Puede que haya caído por aquí. ¿Alguno de vosotros ha visto algo?

Miraban fijamente mi coche, evidentemente un vehículo mucho más llamativo que todo lo que podía caer desde el cielo. Agitaron la cabeza, moviendo las manos de una forma extrañamente secreta. Ahora sabía que había perdido mi tiempo acudiendo allí. Las montañas se elevaban por todos lados a mi alrededor, dividiendo los valles como si fueran las entradas de un inmenso laberinto. Mientras me volvía para regresar al coche, uno de los viejos campesinos me tocó del brazo. Señaló

negligentemente con el dedo hacia un estrecho valle encajonado entre dos picos adyacentes, muy arriba por encima de nosotros.

—¿El avión? —pregunté.

—Está ahí arriba.

—¿Qué? ¿Está seguro? —Intenté controlar mi excitación, con miedo a ponerme demasiado en evidencia.

El viejo hizo un gesto afirmativo con la cabeza. No parecía estar ya interesado.

—Sí. Al final del valle. Es muy lejos.

Seguí mi camino unos instantes más tarde, intentando con dificultad no apurar demasiado el motor del coche. Las vagas indicaciones del viejo me habían convencido que estaba sobre la buena pista y a punto de conseguir el golpe maestro de mi carrera periodística. Pese a su indiferencia, el viejo había dicho la verdad. Seguí la estrecha carretera, evitando los socavones y otros agujeros en el suelo. A cada curva esperaba ver las alas destrozadas del avión en equilibrio sobre un distante pico, y centenares de cuerpos esparcidos por la ladera de la montaña como un ejército diezmado por un adversario sin piedad. Mentalmente redactaba ya los primeros párrafos de mi información, y me veía remitiéndosela a mi asombrado redactor jefe, mientras mis rivales contemplaban el mar vacío cerca de Mesina. Era importante hallar el equilibrio justo entre el sensacionalismo y la piedad, una irresistible combinación de realismo furioso e invocación melancólica. Pensaba describir el descubrimiento inicial de un asiento arrancado del avión sobre la ladera de la colina, una estremecedora pista de equipajes reventados, el juguete de peluche de un niño, y luego... el alfombrado valle cubierto de cuerpos desgarrados.

Seguí por aquella carretera durante casi una hora, deteniéndome de tanto en tanto para apartar las piedras que bloqueaban el camino. Aquella región árida y remota estaba casi desierta. De tanto en tanto aparecía alguna casa aislada, pegada a la ladera de la montaña, una sección de cable telefónico siguiendo mi mismo camino durante unos seiscientos metros antes de interrumpirse bruscamente, como si la compañía telefónica se hubiera dado cuenta hacía años que no había nadie allí para llamar o recibir llamadas. Empecé a dudar una vez más. El viejo lugareño..., ¿me habría engañado? Si hubiese visto realmente estrellarse el avión, ¿no se hubiera mostrado preocupado?

La llanura litoral y el mar estaban ahora a kilómetros a mis espaldas, visibles de tanto en tanto mientras proseguía la irregular carretera a través del valle. Observando la soleada costa por mi retrovisor, no me di cuenta del enorme montón de pedruscos sembrados por la carretera. Tras el primer choque, me di cuenta por el distinto sonido del tubo de escape que se había estropeado el silenciador. Maldiciendo sordamente por haberme embarcado en aquella loca aventura, me di cuenta que estaba a punto de perderme en aquellas montañas. La claridad de la tarde estaba empezando a

disminuir. Afortunadamente, llevaba bastante gasolina, pero en aquella estrecha carretera me resultaba imposible dar media vuelta.

Obligado a continuar, me aproximé a un segundo pueblo, un amasijo de miserables viviendas edificadas hacía más de un siglo alrededor de una iglesia hoy en ruinas. El único lugar donde podía dar la vuelta estaba temporalmente bloqueado por dos lugareños cargando madera en una carreta. Mientras aguardaba a que se fueran, me di cuenta que la gente de aquel lugar era aún más pobre que la del primer pueblo. Sus ropas estaban hechas o de cuero o de pieles de animales, y todos llevaban fusiles de caza al hombro; y sabía, viéndoles observarme, que no vacilarían en utilizar aquellas armas contra mí si me quedaba hasta la noche. Me observaron con atención mientras daba la media vuelta, con sus miradas fijas en mi lujoso coche deportivo, las cámaras en el asiento trasero, e incluso mis ropas, que debían parecerles increíblemente exóticas.

A fin de explicar mi presencia y proporcionarme una especie de estatus oficial que les refrenara de vaciar sus escopetas contra mi espalda unos instantes más tarde, dije:

—Me han pedido que busque el avión; cayó en algún lugar por aquí.

Iba a cambiar de marcha, dispuesto a salir a toda prisa, cuando uno de los hombres hizo un gesto afirmativo con la cabeza como respuesta. Apoyó una mano sobre mi parabrisas, y con la otra me indicó un estrecho valle que se abría entre dos picos cercanos, en una montaña a unos trescientos cincuenta metros por encima nuestro.

Mientras seguía con el coche el camino de la montaña, todas mis dudas habían desaparecido. Ahora, de una vez por todas, iba a dar pruebas de mi valía al escéptico redactor jefe. Dos testigos independientes habían confirmado la presencia del avión. Cuidando de no reventar mi coche en aquel camino primitivo, continué dirigiéndome hacia el valle que lo dominaba.

Durante otras dos horas seguí subiendo incansablemente, siempre hacia arriba en medio de las desoladas montañas. Ahora ya no eran visibles ni la llanura del litoral ni el mar. Durante un breve instante tuve un atisbo del primer pueblo por el que había pasado, lejos a mis pies, como una pequeña mancha en una alfombra. Afortunadamente, el camino seguía siendo practicable. Apenas un sendero de tierra y guijarros, pero lo suficientemente ancho como para que mis ruedas se aferraran a los bordes en las cerradas curvas.

En dos ocasiones me detuve para hacer algunas preguntas a los escasos montañeses que me contemplaban desde las puertas de sus cabañas. Pese a su reticencia, me confirmaron que los restos del avión se hallaban allá arriba.

A las cuatro de la tarde, alcancé finalmente el remoto valle que se hallaba entre los dos picos montañosos, y me acerqué al último de los pueblos construidos al final

del largo camino. Éste terminaba allí, en una plaza cuadrada pavimentada con piedras y rodeada por un grupo de viejas construcciones, que parecían haber sido erigidas hacía más de dos siglos y haber pasado todo aquel tiempo hundiéndose lentamente en el flanco de la montaña.

Una gran parte del pueblo estaba deshabitado, pero, ante mi sorpresa, algunas personas salieron de sus casas para observarme y contemplar con estupor mi polvoriento coche. Me sentí inmediatamente impresionado por lo profundo de su pobreza. Aquella gente no poseía nada. Estaba desprovista de todo, de bienes terrenales, de religión, de esperanza; eran ignorados por el resto de la humanidad. Mientras salía de mi coche y encendía un cigarrillo, esperando a que se agruparan en torno mío a una respetuosa distancia, me pareció de una extrema ironía que el gigantesco avión, el fruto de un siglo de tecnología aeronáutica, se hubiera estrellado entre aquellos primitivos montañeses. Observando sus rostros pasivos y carentes de inteligencia, me sentí como rodeado por un extraño grupo de anormales, un poblado de enfermos mentales que hubiera sido abandonado a su suerte en las alturas de aquel perdido valle. Quizá existiera algún mineral en el suelo que afectara a los sistemas nerviosos y los redujera a un estado casi animal.

—El avión..., ¿habéis visto el avión? —pregunté.

Me rodeaban una docena de hombres y mujeres, hipnotizados por el coche, por mi encendedor, por mis gafas, o incluso quizá por el tono de mi piel, demasiado rosado.

—¿Avión? ¿Aquí? —Simplificando mi lenguaje, apunté con el dedo a las rocosas laderas y los barrancos que dominaban el poblado, pero ninguno de ellos parecía comprenderme. Quizá fueran mudos, o sordos. Parecían más bien inofensivos, pero se me ocurrió la idea que ellos no querían revelar lo que sabían del accidente. Con toda la riqueza que podrían recoger de los mil cuerpos destrozados, se harían dueños de un tesoro lo suficientemente grande como para transformar sus vidas durante todo un siglo. Aquel pequeño cuadrado de la plaza podría llenarse con asientos de avión, maletas, cuerpos apilados como madera para ser quemada en las chimeneas.

—Avión...

Su jefe, un hombre pequeño cuyo amarillento rostro no sería más grande que mi puño, repitió vacilante la palabra. Entonces me di cuenta que ninguno de ellos me comprendía. Su dialecto debía ser más bien un subdialecto, en las fronteras mismas del lenguaje inteligente.

Buscando un modo de comunicarme con ellos, reparé en mi bolsa de viaje llena con todo el equipo fotográfico. La etiqueta de identificación de la compañía aérea llevaba un dibujo a todo color de un gran avión. La arranqué e hice circular la imagen entre aquella gente.

Inmediatamente, todos se pusieron a asentir con la cabeza. Murmuraban sin cesar,

señalando hacia un estrecho barranco que formaba una corta prolongación del valle, al otro lado del pueblo. Un lodoso camino, apenas adecuado para las carretas, conducía hacia allá.

¿El avión? ¿Allá arriba? ¡Bien!

Satisfecho, saqué mi billetera y les mostré un fajo de billetes, mi cuenta de gastos para el festival cinematográfico. Agitando los billetes para animarle, me volví hacia el jefe:

—Vosotros llevarme allí. Ahora. Muchos cuerpos, ¿eh? ¿Cadáveres por todas partes?

Asintieron todos con la cabeza, contemplando con ojos ávidos el abanico de billetes de banco. Tomamos el coche para atravesar el pueblo y seguir por el camino que flanqueaba la colina. A ochocientos metros del pueblo, nos vimos obligados a detenernos, pues la pendiente era demasiado pronunciada. El jefe señaló la embocadura del barranco, y bajamos del coche para seguir a pie. Con mis ropas festivaleras, la tarea era difícil. El suelo de la garganta estaba cubierto de aceras piedras que se me clavaban a través de las suelas de mis zapatos. Me fui rezagando de mi guía, que iba saltando por encima de las piedras con la agilidad de una cabra.

Estaba sorprendido de no ver todavía huellas del gigantesco avión, o de los restos de los centenares de cuerpos. Había esperado encontrar la montaña inundada de cadáveres. Habíamos alcanzado el extremo de la garganta. Los últimos trescientos metros de la montaña se erguían ante nosotros, hasta el pico, separado de su gemelo por el valle y el pueblo más abajo. El jefe se había detenido y me señalaba la pared rocosa. Una mirada de orgullo cruzaba su pequeño rostro.

—¿Dónde? —Controlando mi respiración, seguí con los ojos la dirección que señalaba—. ¡Aquí no hay nada!

Y entonces vi lo que me estaba indicando, lo que todos los lugareños desde la costa del litoral me habían estado describiendo. En el suelo del barranco yacían los restos de una avioneta militar de tres plazas, el morro hundido, la cabina medio sepultada entre las rocas. El cuerpo del aparato había sido barrido hacía ya mucho tiempo por los vientos, y el avión era apenas un amasijo de trozos de metal oxidado y restos de fuselaje. Evidentemente hacía más de treinta años que se encontraba allá, presidiendo como un dios andrajoso aquella abandonada montaña. Y su presencia en aquel lugar se había extendido hasta abajo, de poblado en poblado.

El jefe señaló el esqueleto del avión. Me sonreía, pero su mirada estaba clavada en mi pecho, allá donde había metido la billetera en el bolsillo interior de mi chaqueta. Su mano estaba tendida. Pese a su corta estatura, tenía un aspecto tan peligroso como un pequeño perro.

Saqué mi billetera y le alargué un solitario billete, más de lo que debía ganar en un mes. Quizá porque no se daba cuenta de su valor, señaló agresivamente hacia los

otros billetes. Aparté su mano.

—Escucha... Este avión no me interesa. ¡No es el bueno, idiota!

Me miró sin comprender cuando tomé la etiqueta de mi bolsillo y le señalé con el dedo la imagen del enorme avión.

—¡Ese quiero! ¡Muy grande! ¡Centenares de cadáveres!

Mi decepción estaba dando paso a la cólera, y me puse a gritar:

—¡No es el bueno! ¿Acaso no comprendes? ¡Tendría que haber cadáveres por todas partes, muchos cadáveres, centenares de cadáveres...!

Me dejé allí, gritando, frente a las paredes de piedra del desierto barranco, en las alturas de la montañas y junto al incompleto esqueleto del avión de reconocimiento.

Diez minutos más tarde, de regreso al coche, descubrí que el pinchazo que antes había supuesto había deshinchado uno de los neumáticos delanteros. Ya completamente agotado, con los zapatos destrozados por las rocas, mis ropas sucias, me derrumbé tras el volante, dándome cuenta de la futilidad de aquella absurda expedición. ¡Podría sentirme feliz si conseguía volver a la carretera del litoral antes de la noche! Muy pronto, todos los periodistas estarían en Reggio y enviarían sus reportajes sobre los restos del avión esparcidos por el estrecho de Mesina. Mi redactor jefe aguardaría impaciente a que yo me pusiera en contacto con él para la edición de la tarde. Y yo estaba allí en aquellas montañas abandonadas, con un automóvil inmovilizado y mi vida probablemente amenazada por aquellos campesinos idiotas. Tras descansar un poco, me decidí a actuar. Necesité media hora para cambiar el neumático. Cuando me puse en marcha para iniciar el largo viaje de vuelta hacia la llanura del litoral, el día empezaba a desaparecer ya por el pico.

El pueblo estaba aún a trescientos metros más abajo cuando divisé la primera casa cerca de una curva del camino. Uno de los lugareños estaba de pie cerca de un muro pequeño, con lo que parecía ser un arma en los brazos. Disminuí inmediatamente la velocidad, puesto que sabía que, si me atacaban, tenía pocas posibilidades de escapar. Recordando la billetera en mi bolsillo, la saqué y coloqué los billetes sobre el asiento. Quizá aquello financiara mi paso a través de ellos.

Mientras me acercaba, el hombre dio un paso adelante hacia la carretera. El arma que llevaba en la mano era una vieja pala. Era un hombrecillo exactamente igual a todos los demás. Su postura no tenía nada de amenazador. Parecía más bien querer pedirme algo, casi mendigar. Había un montón de ropas viejas al borde de la carretera, cerca del muro. ¿Quería que las comprara? Casi frené para darle un billete, y entonces vi que en realidad se trataba de una mujer vieja, parecida a un mono envuelto en un chal, que me miraba fijamente. Luego vi que aquel rostro esquelético era realmente un cráneo, y que las ropas hechas andrajos eran su sudario.

—Cadáver... —el hombre hablaba nerviosamente, aferrando su pala en la semioscuridad. Le di el dinero y proseguí mi marcha, siguiendo el camino que

conducía al pueblo. Otro hombre, mucho más joven, estaba de pie una cincuentena de metros más adelante, sosteniendo también una pala. El cuerpo de un niño, recién desenterrado, permanecía sentado contra la tapa del abierto ataúd.

—Cadáver...

Por todo el pueblo, la gente permanecía en las puertas, algunos solos, aquellos que no tenían a nadie que exhumar para mí, otros con sus palas. Recién sacados de sus tumbas, los cadáveres permanecían sentados en la penumbra, ante las casas, apoyados contra las paredes de piedra como padres olvidados por fin en condiciones de alimentar a los suyos.

Los pasé a toda velocidad, arrojándoles lo que me quedaba del dinero, pero a todo lo largo de mi descenso de la montaña las voces y los murmullos de los lugareños no dejaron de perseguirme ni un solo momento.

Informe sobre una estación espacial no identificada

INFORME DE INSPECCIÓN 1

Gracias a la buena suerte hemos conseguido realizar un aterrizaje de emergencia en esta estación espacial deshabitada. No ha habido bajas. Somos afortunados de haber encontrado un refugio seguro en el momento en que la expedición estaba abocada al desastre.

La estación no tiene señales identificatorias y es demasiado pequeña para aparecer en nuestros mapas. Aunque de antigua construcción, está diseñada de manera sensata y en perfecto funcionamiento, y parece haber sido utilizada recientemente como estación de tránsito para el descanso de los viajeros a mitad de camino de sus destinos. El interior consiste en una serie de abiertos vestíbulos de pasajeros, con salones cómodamente equipados y salas de espera. Aún no hemos podido localizar el puente o el centro de control. Creemos que la estación era uno de los muchos satélites de reaprovisionamiento de una unidad de comando más grande y que fue abandonada cuando la caída del tráfico la convirtió en un sobrante de las necesidades del sistema parental de tránsito.

Una característica curiosa de la estación es su poderoso campo gravitatorio, mucho más fuerte de lo que sugiere su pequeña masa. Sin embargo, esto se debe probablemente a una lectura errónea de nuestros instrumentos. Esperamos completar las reparaciones en breve y estamos agradecidos de haber encontrado cobijo en esta reliquia de las ahora olvidadas migraciones del pasado.

Diámetro estimado de la estación: 500 metros.

INFORME DE INSPECCIÓN 2

Las reparaciones nos están llevando más tiempo del que estimamos en un principio. Algunos componentes del equipo han de ser reconstruidos completamente y, para acortar esta tarea, estamos realizando una búsqueda en nuestro hogar provisional.

Para nuestra sorpresa, hemos descubierto que la estación es mucho más grande de lo que habíamos imaginado. Una fina atmósfera local la rodea, compuesta de polvo interestelar atraído por su inusual fuerza gravitatoria. Este fino vapor oscureció el volumen sustancial de la estación y nos llevó a asumir que no tenía más que unos cuantos cientos de metros de diámetro.

Comenzamos avanzando por el salón central de viajeros que divide los dos hemisferios de la estación. Esta ancha cubierta está amueblada con miles de sillas y mesas. Pero al llegar a la puerta de separación, a 200 metros de distancia, descubrimos que el restaurante es sólo el modesto anexo de un vestíbulo mucho más grande. Un inmenso tejado de tres pisos de altura se extiende a través de una expansión abierta de salones y paseos. Hemos explorado muchas de las imponentes escaleras, cada una equipada con una gran platea, y encontramos que conducen a idénticos vestíbulos arriba y abajo.

La estación espacial ha sido claramente usada como una inmensa instalación de tránsito, pudiendo albergar plácidamente a miles de viajeros. No hay alojamientos para la tripulación ni puestos de control. La ausencia de ni tan siquiera una sola cabina indica que este ejército de viajeros sólo pasaba un breve momento aquí antes de ser trasladado, y debía ser muy disciplinado o estar bajo fuertes restricciones.

Diámetro estimado: 1 kilómetro.

INFORME DE INSPECCIÓN 3

Un periodo de creciente confusión. Dos de los nuestros partieron hace 48 horas a explorar los pisos inferiores de la estación y hasta ahora no han vuelto. Hemos llevado a cabo una extensa búsqueda y nos tememos que ha tenido lugar un trágico accidente. Ninguno de los cientos de ascensores funciona, pero nuestros compañeros puede que hayan entrado en una cabina sin anclar y hayan caído hasta matarse. Intentamos abrir por la fuerza una de las pesadas puertas y miramos con horror el inmenso hueco. Muchos de los ascensores del interior de la estación podrían transportar a mil viajeros. Lanzamos algunos muebles por el hueco, esperando poder medir el intervalo hasta el impacto, pero no nos llegó ningún sonido. Nuestras voces resonaron perdiéndose en el pozo sin fondo.

Quizá nuestros compañeros estén aislados en uno de los niveles inferiores. Dado el tamaño probable de la estación, queda la esperanza de que haya personal de mantenimiento en alguno de los remotos pisos superiores, inadvertidos de nuestra presencia aquí.

Diámetro estimado: 10 kilómetros.

INFORME DE INSPECCIÓN 4

Una vez más nuestra estimación del tamaño de la estación ha sido revisada sustancialmente. La estación tiene claramente las dimensiones de un gran asteroide o incluso un pequeño planeta. Nuestros instrumentos indican que hay miles de pisos,

cada uno se extiende durante kilómetros a lo largo de un terreno indiferenciado de salones de viajeros, salas y terrazas de restaurantes. Como antes, no hay signos de personal de supervisión o tripulación. Sin embargo, de algún modo, una enorme dotación de viajeros fue trasladada por esta sala de espera planetaria.

Mientras descansamos en los sillones bajo la invariable luz nos hemos dado cuenta de que nuestro sentido de la orientación pronto se desvanece. Cada uno se sienta en un punto del espacio que al mismo tiempo parece no tener una localización precisa y que podría estar en cualquier lugar dentro de estas vistas interminables de mesas y sillones. Sólo podemos asumir que los viajeros que se movían por estos pisos poseían algún instrumento de seguimiento instintivo, un modelo mental de la estación que les permitía moverse por ella.

Para poder establecer las dimensiones exactas de la estación y, si es posible, rescatar a nuestros compañeros, hemos decidido abandonar nuestros trabajos de reparación y emprender una inspección sin límites, por muy lejos que esta nos lleve.

Diámetro estimado: 500 kilómetros.

INFORME DE INSPECCIÓN 5

No hay rastro de nuestros compañeros. Los silenciosos espacios interiores de la estación han empezado a afectar nuestro sentido del tiempo. Hemos estado moviéndonos en línea recta a través de una de las cubiertas centrales durante lo que parecía un tiempo incalculable. Los mismos vestíbulos peatonales, las mismas plateas anexionadas a las escaleras y los mismos salones de viajeros extendiéndose durante kilómetros bajo una luz sin cambios. La energía necesaria para mantener este grado de iluminación sugiere que los operarios de la estación están acostumbrados a una dotación completa de viajeros. Sin embargo, hay signos inequívocos de que no ha habido nadie aquí desde tiempos remotos.

Avanzamos siguiendo el mismo pasillo que separa dos largos vestíbulos adyacentes. Descansamos brevemente a intervalos fijos, pero a pesar de nuestro continuo avance sentimos que no nos movemos, puede que estemos atrapados en una pequeña sala de espera cuyas dimensiones aparentemente infinitas recorreremos como hormigas sobre una esfera. Paradójicamente, nuestros instrumentos confirman que penetramos en una estructura con una masa que crece a mucha velocidad.

¿Acaso el universo no es otra cosa que una terminal espacial de dimensiones infinitas?

Diámetro estimado: 5000 kilómetros.

INFORME DE INSPECCIÓN 6

¡Hemos hecho un descubrimiento asombroso! Nuestros instrumentos han detectado que en los suelos de la estación hay una pequeña aunque perceptible curvatura. Los techos retroceden detrás de nosotros y se hunden de manera fraccional hacia las cubiertas inferiores, mientras que los suelos desaparecen formando un evidente horizonte.

De modo que la estación es una estructura curvilínea de forma finita. Debe haber meridianos que marquen sus contornos y un ecuador que nos devolverá a nuestro punto original de partida. Todos sentimos un brote repentino de esperanza. Puede que ya hayamos tropezado con una línea ecuatorial y que, a pesar de la enorme extensión de nuestro viaje, estemos volviendo a casa.

Diámetro estimado: 50.000 kilómetros.

INFORME DE INSPECCIÓN 7

Nuestras esperanzas han tenido una breve vida. Emocionados por la creencia de que habíamos dominado la estación y proyectado una red alrededor de su invisible volumen, avanzábamos con confianza renovada. Sin embargo, ahora sabemos que, aunque la curvatura existe, se extiende en todas las direcciones. Cada pared se curva alejándose de su vecina, los techos del suelo. La estación es, en realidad, una estructura en expansión cuyo tamaño parece aumentar exponencialmente. Cuanto más viaje el pasajero, mayor será la distancia incremental que tiene que recorrer. Las instalaciones virtualmente ¡limitadas de la estación sugieren que sus viajeros se embarcaban en viajes extremadamente largos, cuando no infinitos.

Es inútil decir que la compleja arquitectura de la estación tiene unas implicaciones ominosas para nosotros. Nos damos cuenta de que el tamaño de la estación es una medida no del número de viajeros embarcados por vasto que este pueda haber sido, sino de la tensión de los viajes emprendidos en su interior. De hecho, idealmente debería haber sólo un viajero. Un viajero solitario embarcado en un viaje infinito requeriría una infinitud de salones de tránsito. Como afortunadamente somos más de uno podemos asumir que la estación es una estructura finita con la apariencia de una infinita. El grado en que se acerca a un tamaño infinito es simplemente una medida de la voluntad y la ambición de sus pasajeros. *Diámetro estimado:* 1 millón de kilómetros.

INFORME DE INSPECCIÓN 8

Justo cuando nuestros ánimos se encontraban más bajos hemos hecho un

descubrimiento pequeño aunque importante. Nos movíamos a través de una de las cubiertas de pasajeros sin límite, presos de todos los miedos y las especulaciones, cuando notamos signos de reciente habitación. Una partida de viajeros ha pasado por aquí hace poco. Las sillas en el vestíbulo central habían sido movidas, la puerta de un ascensor había sido forzada y hay marcas inconfundibles dejadas por viajeros cansados. Sin duda había más de dos, de modo que, con pesar, debemos excluir a nuestros dos compañeros.

Pero hay otros en la estación, quizá embarcados en un viaje tan infinito como el nuestro.

También hemos notado pequeñas variaciones en la decoración de la estación, en el diseño de los apliques de luz y las baldosas del suelo. Pueden parecer triviales, pero, multiplicándolas por el tamaño virtualmente infinito de la estación, podemos prever una evolución gradual en su arquitectura. En algún lugar de la estación puede que haya enclaves habitados, incluso ciudades enteras rodeadas por cubiertas vacías que se extienden por siempre como el espacio libre. Quizá haya naciones cuyas civilizaciones surgieron y perecieron cuando sus pueblos se detuvieron en sus infinitas migraciones a través de la estación.

¿Qué fuerza les impulsaba en sus viajes sin sentido? Sólo podemos esperar que se vieran impelidos a avanzar debido al mayor de los instintos, la necesidad de establecer el tamaño de la estación.

Diámetro estimado: 5 años luz.

INFORME DE INSPECCIÓN 9

¡Estamos exultantes! Una creciente euforia nos ha sobrevenido mientras nos movemos a través de estos grandes vestíbulos. No hemos visto rastro de nuestros camaradas viajeros, y ahora parece que estábamos siguiendo una de las curvaturas construidas en la estación y nos habíamos cruzado con nuestras propias huellas.

Pero ese pequeño revés no tiene ya importancia. Hemos aceptado el tamaño infinito de la estación y tal convencimiento nos llena de sentimientos que son casi religiosos. Nuestros instrumentos confirman lo que habíamos sospechado ya hace tiempo, que el espacio vacío a través del que viajamos desde nuestro propio sistema solar se encuentra en el interior de la estación, uno de los muchos huecos enormes alojados en sus paredes infinitamente curvas. Nuestro sistema solar y sus planetas, los millones de sistemas solares que constituyen nuestra galaxia y los propios universos isla, todos se encuentran dentro de los límites de la estación. La estación y el cosmos son coetáneos y ella misma constituye el cosmos. Nuestro deber es viajar a través de esta en un viaje cuyo punto de partida ya hemos empezado a olvidar y cuyo destino es la propia estación, cada piso y vestíbulo que hay en ella.

De modo que avanzamos, sostenidos por nuestra fe en la estación, conscientes de que cada paso que damos nos permite alcanzar una pequeña parte de ese destino. Por su existencia, la estación nos sostiene y da a nuestras vidas su único sentido. Estamos felices de que a cambio hayamos empezado a venerar a la estación.

Diámetro estimado: 15 millones de años luz.

El hombre que caminó sobre la luna

Yo también fui una vez un astronauta. Viéndome aquí, en esta modesta cafetería desde la que se ve a lo lejos la playa de Copacabana, probablemente creeréis que soy un hombre de pocos logros. El estropeado maletín entre mis tacones desgastados, el traje manchado con los puños deshilachados, las desabridas manos listas para agarrar la primera bebida a la que me inviten, el aura de fracasado... Sin duda pensáis que soy un oficinista cualquiera que en demasiadas ocasiones ha perdido la oportunidad de ascender y que no valgo para nada, una persona sin pasado y menos futuro aún.

Durante muchos años, eso mismo pensé yo. Las autoridades me habían abandonado, felices de verme exiliado en otro continente, reducido a mendigar entre los turistas americanos. Sufrí amnesia aguda y ciertos problemas domésticos con mi madre y mi esposa. Ahora comparten mi pequeño apartamento en Ipanema, mientras yo me veo forzado a vivir en una habitación sobre la cabina de proyección del Cine Luxor, mis pensamientos ahogados en las bandas sonoras de las películas de ciencia ficción.

Tantos sucesos trágicos me provocan inseguridad en mí mismo. Sin embargo, mi confianza vuelve, y un sentimiento de mi auténtica historia y valía. Hay capítulos de mi vida que todavía me están vedados y parecen tan revueltos como los extractos de películas que los operarios proyectan cada mañana mientras enfocan las cámaras. Aún tengo olvidados mis años de formación y mi mente me oculta cualquier recuerdo de los vuelos espaciales en sí. Pero estoy seguro de que una vez, fui astronauta.

Hace años, antes de ir al espacio, realicé muchos trabajos: periodista *freelance*, traductor, en una ocasión incluso corresponsal de guerra en una pequeña contienda que desgraciadamente nunca se llegó a desarrollar. Andaba todo el día entre oficinas de periódicos, esperando ese encargo que estuviera a la altura de mi talento.

Desafortunadamente, todos estos esfuerzos no consiguieron llevarme a la cima y después de diez años me encontré desbancado por una generación más joven. Una cierta reticencia en mi carácter, una brusquedad en mis maneras, me apartó de mis colegas periodistas. Incluso los editores se reían a mis espaldas. Me daban asignaciones triviales —reseñas de películas o informes sobre ferias de equipamientos de oficina—. Cuando comenzaron las guerras por las tiradas, como respuesta fatídica a la creciente popularidad de la televisión, los editores ignoraron abiertamente mi estilo mordaz. Trabajé como traductor a tiempo parcial y enseñaba una hora al día en una escuela de idiomas, pero mis ingresos fueron cayendo en picado. Mi madre, a quien había sustentado durante muchos años, fue obligada a abandonar su casa y reunirse conmigo y mi esposa en nuestro apartamento de

Ipanema.

Al principio a mi mujer no le gustó la idea, pero pronto ella y mi madre se unieron contra mí. Se impacientaban por lo que tardaba en realizar mis tristes visitas a la única oficina de periódico en la que aún tenía puesta la esperanza. Mi camino al trabajo era un tránsito entre una puerta que se cerraba en mis talones y otra que se cerraba en mis narices.

El último amigo que me quedaba en el periódico tuvo piedad de mí mientras yo esperaba desolado en el vestíbulo.

—Por Dios santo, ¡encuentra una historia de interés humano! Algo tierno y emocionante, eso es lo que quieren arriba. ¡La vida no es una película vanguardista!

Rumiando un consejo tan sensato, vagabundeeé por las calles atestadas. Temía la idea de volver a casa sin un encargo. Las dos mujeres solían abrir la puerta del apartamento juntas. Me mirarían de forma acusatoria, casi expulsándome de mi propia casa.

Me rodeaban los millones de rostros de la ciudad. La gente pasaba tan ocupada en sus propios asuntos que casi me tiraban de la acera. Un millón de historias de interés humano, de tipo banal y sin sentido, una enciclopedia de la mediocridad... Abandoné, salí de la avenida Copacabana y me refugié entre las mesas de una pequeña cafetería en una bocacalle secundaria.

Fue allí donde conocí al astronauta americano y comenzó mi propia carrera espacial.

La terraza de la cafetería estaba casi desierta, mientras los oficinistas volvían a sus escritorios tras el almuerzo. Detrás de mí, a la sombra del toldo de lona, un hombre de pelo rubio con un traje tropical raído se sentaba junto a un vaso vacío. Protegiendo mi café de las moscas, contemplé el pequeño segmento de mar visible más allá de la playa de Copacabana. Ralentizados por la comida de mediodía, grupos de americanos y europeos salían de los hoteles, apartando a los vendedores de joyas y lotería. Quizá debería haber visitado París o Nueva York y comenzar una nueva vida como crítico literario...

Una camisa de cuadros bloqueaba mi visión del mar y su exiguo sueño de fuga. Un americano anciano, con una cámara colgada del cuello robusto, se apoyó en la mesa; su mujer de pelo canoso estaba junto a él, con un ancho vestido de flores.

—¿Es usted el astronauta? —preguntó la mujer de modo amistoso aunque tímidamente, como si estuviera a punto de soltar una indiscreción—. El hotel dijo que estaría en esta cafetería...

—¿Un astronauta?

—Sí, el astronauta comandante Scranton...

—No, me temo que no soy astronauta.

Entonces se me ocurrió que aquella pareja provinciana, probablemente un dentista

y su mujer del cinturón agrícola, podrían servirse de un guía bien informado. Quizá pensaban que su crucero había amarrado en Miami. Me levanté probando una sonrisa cortés. Por supuesto, soy un traductor cualificado. Si ustedes...

—No, no... —Rechazándome con un movimiento de mano avanzaron entre las mesas vacías—. Hemos venido a ver al señor Scranton.

Desconcertado ante aquella extraña conversación, vi cómo se aproximaban al hombre del traje tropical. Un tipo anodino de cuarenta y tantos años, de escaso pelo rubio y rostro americano de fuerte mandíbula en el que hacía tiempo que se había secado toda confianza. Contemplaba resignado sus manos, que esperaban detrás del vaso vacío, como incapaz de explicarles que habría poco que las refrescara aquel día. Estaba claramente mal alimentado, era quizá un antiguo marinero que había saltado del barco, uno de los miles de vagabundos que intentan sobrevivir gracias a su propia agudeza en algunas de las aceras más duras del mundo.

Sin embargo, alzó la vista bruscamente cuando se le acercó la pareja de ancianos. Cuando repitieron la pregunta sobre el astronauta, los invitó a que se sentaran. Para mi sorpresa, se llamó al camarero y se trajeron bebidas a la mesa. El marido sacó la cámara mientras se producía una relajada conversación entre su esposa y aquella delgada figura.

—Cariño, no te olvides del señor Scranton...

—Oh, perdóneme.

El marido sacó varios billetes de la cartera. Su mujer se los pasó a Scranton sobre la mesa, y este, entonces, se levantó. Se hicieron fotos, primero de Scranton junto a la sonriente esposa, después del marido con una sonrisa de oreja a oreja junto al demacrado americano. El origen de tan buen humor se me escapaba, al igual que a Scranton, cuyos ojos contemplaban la calle con cierto grado de respeto debido a la superficie de la luna. Pero ya un segundo grupo de turistas venía de la playa de Copacabana y oí más risas cuando uno gritó:

—¡Ahí está el astronauta...!

Bastante extrañado, vi cómo se tomaban otra serie de fotografías. Las parejas se plantaban a un lado y a otro del americano, sonriendo como si se tratara de un conductor de camellos que posase por unos peniques frente a las pirámides.

Pedí al camarero un brandi corto. Él ignoraba todo aquello, guardándose las propinas con rostro serio.

—¿Ese tipo...? —pregunté—. ¿Quién es? ¿Un astronauta?

—Pues claro... —El camarero lanzó un tapón al aire y miró al cielo con burlona complicidad—. ¿Quién va a ser si no el hombre de la luna?

Los turistas ya se habían marchado a dar vueltas por las tiendas de ropa de cuero y las joyerías. Solo, después de aquella breve fama, el americano se sentaba entre los vasos vacíos, contando el dinero obtenido.

¿El hombre de la luna?

Entonces recordé el titular del periódico, y la exclusiva que había leído dos años atrás, acerca de un americano empobrecido que afirmaba haber sido astronauta y que le contaba su historia a los turistas a cambio de una bebida. Al principio casi todos le creyeron y se convirtió en un personaje popular de los vestíbulos de los hoteles por toda la playa de Copacabana. Aparentemente había volado desde Cabo Kennedy en una de las misiones Apolo en los 70 y su rostro de larga mandíbula y estoicos ojos de piloto resultaban vagamente familiares por las fotos de las revistas. En sí era reticente, pero si se le presionaba con un dólar hablaba con convicción de los primeros vuelos a la luna. De algún modo era muy emocionante estar sentado en una cafetería con un hombre que había caminado sobre la luna...

Entonces un reportero curioso destapó toda la farsa. Ningún hombre llamado Scranton había salido al espacio y las autoridades americanas confirmaron que su fotografía no era la de ningún astronauta actual o del pasado. De hecho era un fumigador de cosechas fracasado de Florida que había perdido su licencia de piloto y cuyos conocimientos de los vuelos Apolo habían sido extraídos de los periódicos y los programas de televisión.

Sorprendentemente, la carrera de Scranton no acabó allí, sino que sufrió una segunda fase tragicómica. Lejos de confinarlo en el olvido, el desenmascaramiento le trajo un poco de fama auténtica.

Expulsado de los grandes hoteles de Copacabana, merodeaba por las cafeterías más baratas, diciendo todavía que era astronauta e ignorando a los que se burlaban de él desde las ventanillas de los coches. La dignidad con la que mantenía el fraude le granjeó cierta tolerancia bien humorada, como el aprecio que se les tiene en Estados Unidos a esos ancianos excéntricos que afirman hasta su muerte que son veteranos de la Guerra Civil.

De modo que Scranton continuó, deseoso de hablar por unos pocos dólares sobre su viaje a la luna, repitiendo las mismas frases desgastadas que no convencían ni a los niños pequeños. Pronto nadie se molestó en preguntarle y su función principal era hacerse fotografías junto a grupos de visitantes, una divertida rareza del comercio turístico.

Pero quizá el americano era más taimado de lo que aparentaba, con su traje andrajoso y la mirada de cordero degollado. Mientras estaba allí sentado, protegiendo el brandi que apenas me podía permitir, me disgusté con la falsa celebridad de Scranton y los ingresos que le granjeaban los turistas. Durante años, yo también había mantenido una farsa —la máscara de buen humor que presentaba a mis colegas del mundo periodístico—, pero no me había reportado nada a cambio. Al menos a Scranton se le dejaba en paz la mayor parte del tiempo, algo que yo mismo deseaba mucho más que cualquier fama. Cuando comparaba nuestras situaciones, estaba claro

que había un elemento de injusticia (el famoso criminal británico que disfrutó de una buena vida fotografiándose con los turistas en los restaurantes más caros de Copacabana al menos había robado uno de los trenes de correos de Su Majestad).

A pesar de todo, ¿sería aquella la historia de interés humano que me ayudaría a rehacer mi carrera? ¿Podría añadir un giro irónico final al revelar que, gracias a su desenmascaramiento, el falso astro nauta era ahora doblemente famoso?

Durante los días siguientes, visité la cafetería al mediodía. Libreta en mano, vigilé a Scranton de cerca. Solía aparecer a primera hora de la tarde, tan pronto como los oficinistas y las secretarias habían acabado su café. En aquella breve pausa, cuando las sombras cruzaban de un lado a otro de la calle, Scranton se materializaba como salido de una trampilla en la acera. Siempre estaba solo, caminando con la espalda recta en su descolorido traje, pero con la inseguridad de quien sospecha que va a una cita el día equivocado. Se colaba en su sitio bajo el toldo de la cafetería, pedía un vaso de cerveza al escéptico camarero y entonces miraba a través de la calle las vistas de un espacio invisible.

Pronto quedó claro que la fama de Scranton estaba tan raída como los puños de su camisa. Pocos turistas le visitaban y a menudo pasaba la tarde entera sin ningún cliente. Entonces el camarero removía las sillas alrededor de Scranton, intentando distraerlo de su ensoñación de una luna imaginaria. De hecho, al cuarto día, pocos minutos después de que llegara Scranton, el camarero golpeó el tablero de la mesa con un trapo, cancelando la actuación de la tarde.

—¡Fuera, fuera..., es imposible! —Agarró el periódico que Scranton había encontrado en una silla cercana—. No más historias de la luna...

Scranton se puso en pie, agachando la cabeza bajo el toldo. Parecía resignado ante tales abusos.

—De acuerdo..., puedo hacer mi negocio más abajo.

Para impedirlo, abandoné mi asiento y avancé por las mesas.

—¿Señor Scranton? ¿Podemos hablar? Le invitaré a una copa.

—Por supuesto.

Scranton me señaló una silla. Listo para hacer negocios, se sentó con la espalda recta y, con un esfuerzo consciente, intentó atraer el loco de su mirada desde el infinito a una distancia de quince metros, listaba malnutrido y su afeitado superficial revelaba una palidez casi tuberculosa. Sin embargo había cierta cualidad resolutiva en aquel vagabundo que no me había esperado. Al sentarme a su lado, fui consciente de una soledad intensa y casi voluntaria, no sólo en esta ciudad extranjera, sino a lo largo y ancho del mundo.

Le enseñé mi tarjeta.

—Estoy escribiendo un libro de crítica sobre el cine de ciencia ficción. Sería interesante escuchar sus opiniones. ¿Es usted el comandante Scranton, el astronauta

del Apolo?

—Correcto.

—Bien. Me pregunto cómo ve usted el cine de ciencia ficción..., cómo de convincente encuentra la representación del espacio exterior, la superficie lunar y demás...

Scranton contempló vacuamente el tablero de la mesa. Una ligera sonrisa reveló sus amarillentos dientes y asumí que había descubierto mi pequeño ardid.

—Me encantaría aclarárselo todo —me dijo—. Pero tengo una modesta tarifa.

—Por supuesto —rebusqué en mis bolsillos—. Su experiencia profesional, naturalmente...

Coloqué algunas monedas en la mesa, mientras buscaba un billete de poco valor. Scranton seleccionó tres monedas, suficientes para una barra de pan, y empujó el resto hacia mí.

—¿Las películas de ciencia ficción...? Son buenas. Muy precisas. En general diría que hacen un buen trabajo.

—Eso es muy alentador. Esas películas épicas hollywoodienses no destacan por su realismo.

—Bueno..., tiene que entender que los equipos Apolo trajeron bastante metraje grabado.

—Estoy seguro. —Intenté que no se notara en mi voz lo que me divertía—. Los estudios debieron de agradecerse mucho. Al fin y al cabo, usted podía describir los verdaderos paseos lunares.

Scranton asintió con sabiduría.

—Hice de asesor para una de las superproducciones de Hollywood. Después de todo, puede atribuirme el realismo de tales películas.

—Fascinante..., viniendo de usted, que tiene tanta autoridad. Por mera curiosidad, ¿qué sintió al estar literalmente en la luna?

Por primera vez pareció que Scranton se percataba de mi presencia. ¿Había avistado rasgos comunes en nuestro carácter? Aquel descuidado americano tenía el refinamiento de un mecánico en paro y, aun así, parecía querer trabar amistad conmigo.

—¿Estar en la luna? —Su cansada mirada inspeccionó la estrecha calle de tiendas de bisutería barata, llena de mensajeros y vendedores de lotería, taxistas fuera de servicio apoyados en los coches—. Era como estar aquí.

—Así que... —Puse la libreta a un lado.

Ya no hacían falta más subterfugios. Me había tomado el encuentro a broma, pero Scranton era sincero y totalmente indiferente a mi opinión sobre él. Los turistas y policías que pasaban, las mujeres de mediana edad que se sentaban en una mesa cercana apenas existían para él. No eran más que sombras en la pantalla de su mente,

a través de la que podía ver los horizontes de un vacío casi planetario.

Por primera vez me hallaba en presencia de alguien que no tenía nada —menos incluso que los mendigos de Río, pues ellos al menos estaban unidos al mundo material por sus esperanzas de alcanzarlo—. Scranton personificaba la soledad absoluta del ser humano en el espacio y el tiempo, una situación que yo de alguna forma compartía. Incluso el hecho de convencerse a sí mismo de que era un antiguo astronauta subrayaba su soledad.

—Una historia fantástica —comenté—. Uno no puede evitar preguntarse si estábamos en lo cierto al abandonar este planeta. Eso me hace recordar la pregunta planteada por Matta, el pintor chileno: «¿Por qué para entender nuestra propia era hemos de temer un desastre en el espacio?». Es una pena que no trajese usted algunos recuerdos de sus paseos lunares.

Los hombros de Scranton se enderezaron. Podía ver cómo contaba las monedas en la mesa.

—Tengo algo de material...

Casi reí.

—¿El qué? ¿Un trozo de roca lunar? ¿Polvo?

—Diverso material fotográfico.

—¿Fotografías? —¿Era posible que Scranton hubiese dicho la verdad y que realmente hubiera sido astronauta? Si pudiese probar que la impostura era un error, un descuido del periodista que había investigado el caso, tendría toda una exclusiva en primera página...

—¿Podría verlas? Quizá pueda usarlas en mi libro...

—Bueno... —Scranton tanteó las monedas que tenía en el bolsillo.

Parecía hambriento y estaba claro que pensaba gastárselas en una barra de pan.

—Por supuesto —añadí—, le proporcionaré más dinero. En cuanto a mi libro, puede que los editores paguen varios cientos de dólares.

—Cientos... —Scranton parecía impresionado.

Meneó la cabeza como si las cosas del mundo le divirtiesen. Supuse que se mostraría reservado en cuanto a revelar dónde vivía, pero se levantó y me hizo gestos para que me acabara la bebida.

—Me alojo a unos cuantos minutos de aquí.

Esperó entre las mesas y contempló la calle. Al ver a los peatones a través de sus ojos, supe que empezaban a parecerles casi transparentes, sombras creadas por una travesura del sol.

Pronto llegamos a la modesta habitación de Scranton detrás del Cine Luxor, un pequeño teatro alejado de la avenida Copacabana que parecía haber disfrutado de tiempos mejores. Dos antiguos almacenes y una oficina encima de la cabina de proyección habían sido arrendados como apartamentos, y llegamos a ellos después de

ascender por una fría escalera de emergencias.

Exhausto por el esfuerzo, Scranton se tambaleó contra la puerta. Se limpió la saliva de la boca con la solapa de su chaqueta y me acompañó al interior de la habitación.

—Póngase cómodo...

Una polvorienta luz cruzaba la estrecha cama, reflejada en el grifo de agua fría de un grasiento lavabo que se sostenía a la pared por el desagüe. Unas hojas de periódicos envolvían la almohada manchada de sudor y de desagradables mucosidades debidas, quizá, a un ataque de fiebre tuberculosa o de malaria.

Deseoso de abandonar aquel cubil infeccioso, saqué la cartera.

—¿Las fotografías...?

Scranton se sentó en la cama, contemplando la pared amarillenta detrás de mí como si hubiese olvidado que yo estaba allí. Una vez más fui consciente de su habilidad para aislarse del mundo que le rodeaba, un talento que, como poco, le envidiaba.

—Claro..., están allí.

Se levantó y fue hasta la maleta que estaba sobre una mesa de cartas detrás de la puerta. Tomó mi dinero, abrió la maleta y alzó un montón de revistas. Entre ellas había páginas sueltas de *Life* y *Newsweek*, y suplementos especiales de periódicos de Río dedicados a los vuelos espaciales Apolo y los aterrizajes en la luna. Las familiares imágenes de Armstrong y el módulo lunar, los paseos espaciales y amerizajes, habían sido hojeados innumerables veces. Los pies de foto estaban marcados con lápices de colores, como si Scranton hubiera pasado horas memorizando aquellas fotografías traídas desde las corrientes del espacio.

Puse las revistas a un lado, esperando encontrar alguna evidencia documental de la participación de Scranton en los vuelos espaciales, quizá una foto en primer plano tomada por un compañero astronauta.

—¿Esto es todo? ¿No hay nada más?

—Eso es todo. —Scranton hizo gestos para animarme—. Son buenas fotos. Se ve muy bien cómo era.

—Supongo que es verdad. Había esperado...

Miré a Scranton esperando encontrar alguna pequeña muestra de rubor. Aquellas páginas gastadas, lejos de ser los recuerdos de un auténtico astronauta, eran claramente los apuntes de un impostor. Sin embargo, no había duda alguna de que Scranton era sincero.

Me quedé de pie en la calle bajo el pórtico del Cine Luxor, cuyos i billones carteles, anunciando algún espectáculo de ciencia ficción, parecían tan inflamados como la mente del americano. A pesar de I),iberio sospechado lodo, sentí una profunda decepción. Me había engañado a mí mismo pensando que Scranton salvaría

mi carrera. Ahora sólo me quedaba una libreta vacía y el viaje en tranvía de vuelta al atestado apartamento en Ipanema. Temía la perspectiva de ver a mi mujer y mi madre en la puerta, ambas con los mismos ojos acusadores.

Sin embargo, mientras caminaba por la avenida Copacabana hacia la parada del tranvía, sentí una extraña sensación de alivio. Las ruidosas aceras, los arrogantes rateros rastreando mis ropas, el tráfico que agravaba la más ligera tendencia a la migraña, todo parecía haber retrocedido, como si una pequeña distancia se hubiese abierto entre el mundo congestionado y yo. Mi encuentro con Scranton, mi breve relación con aquel hombre abandonado, me permitió ver todo de una manera más desapegada. Los hombres de negocios con sus maletines, las fulanas de la tarde con sus ondeantes y brillantes bolsos, los vendedores con las sábanas de billetes de lotería parecían ceder ante mí. El tiempo y el espacio alteraban sus perspectivas y la ciudad se rendía a mis pies. Mientras cruzaba la carretera hasta la parada del tranvía parecieron pasar varios minutos. Pero no fui atropellado.

Esta sensación de un aire desprendido persistió mientras volvía a Ipanema. Los pasajeros, que normalmente me habrían irritado con sus baratos perfumes y ropas vulgares, su aspecto de animales aburridos en una reserva, ahora apenas molestaban mi visión. Vi pasillos de luz que corrían entre ellos como naves de una catedral abierta.

—Has encontrado una historia —anunció mi mujer nada más abrir la puerta.

—Le han pedido un artículo —confirmó mi madre—. Sabía que lo harían.

Retrocedieron y me observaron mientras deambulaba ociosamente por el abigarrado apartamento. Claramente, mi cambio de comportamiento les impresionaba. Me agobiaron con preguntas, pero incluso su presencia era menos tediosa. El universo, gracias al ejemplo de Scranton, había relajado su opresión. Sentados a la mesa las silencié alzando un dedo.

—Estoy a punto de embarcarme en una nueva carrera...

Desde entonces me involucré más con Scranton. No tenía intención de ver de nuevo al americano, pero el germen de su soledad había penetrado en mi sangre. Después de dos días volví a la cafetería de la bocacalle, pero las mesas estaban vacías. Vi cómo dos grupos de turistas paraban para preguntar por «el astronauta». Entonces pregunté al camarero, sospechando que había echado al pobre hombre. Pero no, el americano volvería al día siguiente; había estado enfermo, o quizá se había ido en secreto a la luna por negocios.

De hecho, pasaron tres días antes de que Scranton por fin apareciera. Se materializó en el calor de la tarde, entró en la cafetería y se sentó bajo el toldo. Al principio no se percató de que yo estaba allí, pero la sola presencia de Scranton fue suficiente para satisfacerme. La multitud y el tráfico, que de nuevo habían empezado a acorralarme, detuvieron su clamor y desaparecieron. Sobre las ruidosas calles se

impusieron los silencios del paisaje lunar.

Sin embargo, quedaba claro que Scranton había estado enfermo. Tenía el rostro consumido por la fiebre y el esfuerzo de sentarse en la silla pronto le cansó. Cuando los primeros turistas americanos se detuvieron en su mesa apenas se levantó de la silla y mientras se tomaban las fotos él se agarraba con fuerza al toldo sobre su cabeza.

La tarde siguiente su fiebre había remitido, pero estaba tan agotado y con tal pinta de enfermo que el camarero al principio se negó a admitirlo en la cafetería. Un trío de solteronas californianas que se acercaron a su mesa dudaron claramente de si aquel personaje decadente era el falso astronauta, y se habrían marchado si yo no las hubiera devuelto a Scranton.

—Sí, este es el comandante Scranton, el famoso astronauta, yo soy su socio. Permítanme que sostenga su cámara...

Esperé con impaciencia a que se marcharan y me senté en la mesa de Scranton. Por muy enfermo que estuviera, lo necesitaba. Tras pedir un brandi, ayudé a que Scranton sostuviera el vaso. Mientras metía el billete de las solteronas en su bolsillo noté que el traje estaba empapado por el sudor.

—Lo acompañaré hasta su habitación. No me dé las gracias, me pillará de camino.

—Bueno, me vendría bien un brazo... —Scranton contempló la calle, como si sus escasos metros abarcasen un Gran Cañón de espacio—. Va a ser un largo camino.

—¡Un largo camino! Scranton, sé que...

Nos llevó media hora cubrir los pocos cientos de metros hasta el Cine Luxor. Pero para entonces el tiempo se había convertido en una dimensión elástica, y en adelante hice todos mis paseos con Scranton. Cada mañana visitaba la vieja habitación detrás del cine, trayendo conmigo una bolsa de papel con pasteles y un termo de té que yo había preparado en el apartamento bajo la mirada suspicaz de mi esposa. A menudo el americano no sabía quién era yo, pero ya no me preocupaba. Se tumbaba en la estrecha cama y me dejaba levantarle la cabeza para cambiar las páginas de periódicos que cubrían la almohada. Cuando hablaba, tenía la voz tan débil que no se oía a causa de las bandas sonoras de las películas de ciencia ficción que atronaban a través de las agrietadas paredes.

Incluso en aquel estado moribundo, el ejemplo de Scranton era un tónico poderoso y cuando lo dejaba por la noche yo caminaba por las atestadas calles sin ningún miedo. A veces mis antiguos colegas me llamaban desde las escaleras de las oficinas de los periódicos, pero apenas reparaba en ellos, como si fueran visitantes planetarios saludándome desde el borde de un cráter remoto.

Al volver la vista sobre aquellos estimulantes días, sólo me arrepiento de no haber llamado nunca a un médico para que viera a Scranton. Sin embargo, el americano con frecuencia recuperaba las fuerzas y, después de afeitarlo, bajábamos a la calle. Me

encantaban aquellas salidas con Scranton. Cogidos del brazo, nos movíamos por entre los grupos de la tarde, que parecían apartarse a nuestro alrededor. Los viandantes se habían convertido en figuras remotas y huidizas, nada más que trucos del sol. A veces, no podía ver sus rostros.

Fue entonces cuando contemplé el mundo a través de los ojos de Scranton y supe lo que era ser un astronauta.

Es innecesario decir que el resto de mi vida se había derrumbado ante mis pies. Había abandonado mi trabajo de traductor y pronto me quedé sin dinero, por lo que me vi forzado a tomar prestado de mi madre. A instancia de mi mujer, el editor del periódico me llamó para que fuera a su oficina y dejó claro que como inmenso favor (de hecho siempre se había sentido atraído por mi mujer) me dejaría hacer una reseña de una película de ciencia ficción del Luxor. Antes de irme, le dije que la película me resultaba demasiado familiar y que mi única esperanza era que la prohibiesen para siempre en la ciudad.

Así acabó mi conexión con el periódico. Poco después, las dos mujeres me echaron de mi apartamento. Me sentía feliz de dejarlas y sólo me llevé la tumbona en la que mi mujer se pasaba la mayor parte del tiempo preparándose para su nueva carrera como modelo. La tumbona se convirtió en mi cama cuando me mudé a la habitación de Scranton.

Para entonces el declive de la salud de Scranton me forzaba a estar con él constantemente. Lejos de ser un objeto de caridad, era ahora mi única fuente de ingresos. Nuestras necesidades de varios días se veían cubiertas por una sola sesión con los turistas americanos. Hice lo que pude para cuidar a Scranton, pero durante su enfermedad final yo estaba demasiado inmerso en ese sentimiento de un mundo que se vacía como para darme cuenta siquiera del joven médico cuya alarmante presencia llenaba la diminuta habitación. Hacia el final, en una última ironía, incluso Scranton parecía ser apenas visible para mí. Cuando murió, yo leía los titulares manchados de mocos en la almohada.

Tras la muerte de Scranton me quedé en su habitación del Luxor. A pesar de la fama de la que había disfrutado en un tiempo, a su entierro en el cementerio protestante sólo acudí yo, pero de algún modo era lo justo, pues él y yo éramos los únicos habitantes reales de la ciudad. Más tarde rebusqué entre sus pocas posesiones en la maleta, y encontré un gastado diario de piloto. Sus páginas confirmaban que Scranton había trabajado como piloto para una compañía fumigadora en Florida durante los años del programa Apolo.

Sin embargo, Scranton había viajado por el espacio. Había conocido la soledad de la separación de todo ser humano, había visto las vacías perspectivas que yo mismo había visto. Curiosamente, las páginas arrancadas de las revistas parecían más reales que el diario de piloto. Las fotografías de Armstrong y sus compañeros eran en

realidad de Scranton y más mientras caminábamos juntos sobre la luna de este mundo.

Reflexioné sobre aquello mientras me sentaba en la pequeña cafetería de la bocacalle. Como un gesto a la memoria de Scranton, había elegido su silla bajo el toldo. Pensé en los paisajes planetarios que Scranton me había enseñado a ver, aquellas vistas vacías de seres humanos. Era consciente de haber tenido una carrera anterior, que mi mujer y las presiones del día a día me habían ocultado. Allí estaban los años de entrenamiento para un gran viaje y una línea de costa similar a la de Cabo Kennedy que retrocedía ante mí...

Mi ensoñación fue interrumpida por una pareja de turistas americanos. Un hombre de mediana edad y su hija, que sostenía la cámara de la familia bajo su barbilla, se acercaron a la mesa.

—Disculpe —preguntó el hombre con una sonrisa dispuesta—. ¿Es usted el..., el astronauta? Nos dijeron en el hotel que podría estar aquí...

Les miré sin rencor, invitándolos a que echaran un vistazo a aquellos ojos que habían visto el vacío. Yo también había caminado sobre la luna.

—Por favor siéntense —les dije despreocupadamente—. Sí, soy el astronauta.

El espacio enorme

Tomé la decisión esta mañana, poco después de las ocho, mientras permanecía de pie junto a la puerta principal, a punto de irme a la oficina. Con todo, estoy seguro de que no me quedaba otra elección. Y dado que es la decisión más importante de mi vida, parece extraño que nada haya cambiado. Esperaba que las paredes temblaran o que, al menos, se produjese un ligero desplazamiento en la perspectiva de estas habitaciones tan familiares.

De algún modo, la ausencia de respuesta refleja el aire tranquilo de este suburbio londinense. Si no viviese en Croydon sino en el Bronx o en Beirut Oeste, mi acción no sería otra cosa que un sensato camuflaje local. Aquí esto es algo que va en contra de todo valor social, pero es invisible para aquellos a quienes más ofende.

Incluso ahora, tres horas más tarde, todo está en calma. La frondosa avenida está tan imperturbable como siempre. El correo ha llegado y sigue sin ser abierto en el mueble del recibidor. Desde la ventana del comedor contemplo al ingeniero de British Telecom que vuelve a su furgoneta tras reparar el teléfono de los Johnson, un instrumento que, al menos dos veces al mes, queda reducido a un cacharro nervioso a causa de sus hijas adolescentes. Vestida con su chándal turquesa, la señora Johnson cierra la verja y contempla mi coche. Un leve vapor sale del tubo de escape. Varias horas después de que, antes de acabarme el desayuno, comenzara a quitar el vaho del parabrisas el motor sigue al ralentí.

Este pequeño error puede dar al traste con el juego. Al contemplar el coche con impaciencia, estoy tentado de salir de la casa y apagar el

contacto, pero consigo controlarme. Pase lo que pase, debo asumir mi decisión y todas las consecuencias que se deriven de ella. Afortunadamente, un air india 747 deambula por el cielo, mientras busca tranquilamente el aeropuerto de Londres. La señora Johnson, que comparte con el avión algo de su gruesa elegancia, alza la vista hacia las zumbantes turbinas. Sueña con Martinica o Mauricio, mientras yo sueño con la nada.

Mi decisión de soñar ese sueño puede haber sido tomada esta mañana, pero creo que su lógica secreta comenzó a recorrer mi vida muchos meses atrás. Alguna fuerza desconocida me sostuvo durante el infeliz periodo tras mi accidente de tráfico, convalecencia y divorcio, y la interminable lista de problemas con la que me enfrenté a mi regreso al banco. De pie junto a la puerta, tras acabarme el café, vi que ya no había vaho en el parabrisas del volvo. El maletín que llevaba en la mano me recordó las reuniones del comité financiero que durarían todo el día y en las que, una vez más, me vería obligado a defender el presupuesto de mi asediado departamento de

investigación.

Entonces, mientras encendía la alarma de la casa, me di cuenta de que podía cambiar el curso de mi vida con una simple acción. Disponía del arma más simple de todas para dejar fuera al mundo y resolver todas las dificultades de un plumazo: la puerta de mi casa. Sólo necesitaba cerrarla y decidirme a no salir jamás.

Por supuesto, una decisión así significaba algo más que convertirme simplemente en una persona casera. Recuerdo caminar hacia la cocina, sorprendido por esta repentina muestra de fuerza y tratando de imaginar las consecuencias de lo que había hecho. Con el traje y la corbata aún puestos, me senté en la mesa de la cocina y tamborileé con los dedos mi declaración de independencia sobre la pulida fórmica.

Cerrando la puerta, no me segregaba sólo de la sociedad circundante. Rechazaba a mis amigos y colegas, a mi contable, a mi doctor y a mi abogado y, sobre todo, a mi ex mujer. Rompía todas las conexiones reales con el mundo exterior. Nunca más saldría por la puerta. Aceptaría el aire y la luz, y la electricidad y el agua que continuasen fluyendo por los contadores. Pero en todo lo demás dejaría de depender del mundo exterior. Comería sólo la comida que pudiese encontrar dentro de la casa. Y después confiaría en el espacio y en el tiempo para mi sustento.

El motor del volvo aún está en marcha. Son las tres de la tarde, han pasado siete horas desde que encendí el motor pero no recuerdo cuándo llené el depósito por última vez. Es asombroso comprobar qué pocos viandantes se han dado cuenta de que el tubo de escape está funcionando —sólo el director de colegio jubilado que deambula mañana y tarde por la avenida se ha detenido a mirarlo—. Vi cómo farfullaba algo para sí y agitaba el bastón antes de alejarse arrastrando los pies.

El murmullo del motor me inquieta, igual que el sonido persistente del teléfono. Me imagino quién llama: Brenda, mi secretaria; el director de *marketing*, el doctor Barnes; el jefe de personal, el señor Austen (llevo de baja por enfermedad tres semanas); la secretaria del dentista (un conducto radicular sensible me recuerda que ayer teníamos cita); el abogado de mi mujer, insistiendo en que el primer pago de la separación ha de hacerse de aquí a seis meses.

Por fin, agarro el cable del teléfono y lo desenchufo para eliminar el estruendo. Me tranquilizo y acepto que dejaré entrar en la casa a lodo aquel que tenga derecho legítimo a estar aquí: el encargado del alquiler de la tele, los operarios de gas y electricidad que vengán a leer los contadores, incluso la policía local. No puedo esperar que me dejen en paz. De cualquier modo, pasarán meses antes de que mi acción levante sospechas y confío en que, para entonces, ya me haya marchado a un reino diferente. Me siento tremendamente optimista, casi exaltado. Ahora nada importa. Pienso sólo en lo esencial: la física del giroscopio, el flujo de fotones, la arquitectura de las estructuras enormes.

Cinco de la tarde. Hora de hacer recuento y calcular los recursos exactos de esta casa en la que he vivido siete años.

Primero, llevo el correo cerrado al comedor, abro una caja de cerillas y enciendo un pequeño y satisfactorio fuego en la chimenea. Echo a las llamas los contenidos de mi maletín, todos los billetes de la cartera, las tarjetas de crédito, el carné de conducir y la chequera.

Inspecciono la cocina y la despensa. Antes de marcharse, Margaret había llenado el congelador y el frigorífico con provisiones de huevos, jamón y otros productos de primera necesidad para un soltero —un gesto mordaz, considerando que estaba a punto de desaparecer con su amante (un tedioso agente de ventas) —. Estas raciones básicas cumplen el mismo papel que el odre de agua fresca y el saco de harina a los pies del marinero naufragado, un recordatorio de que el mundo le rechaza.

Sopeso los escasos paquetes de pasta, los botes de lentejas y arroz, los tomates y los calabacines, la ristra de ajos. Junto con las anchoas enlatadas y los envases de salmón ahumado guardados en el congelador, suman suficientes calorías y proteínas como para mantenerme durante diez días, el triple de tiempo si los raciono. Después tendré que hervir las cajas de cartón para hacer un caldo nutritivo y confiar en la caridad del viento.

A las 18.15 el motor del coche falla y se detiene.

En todos los aspectos soy un náufrago, un Crusoe reduccionista que rechaza justo los elementos de la vida burguesa que el Robinson original reconstruyó de forma tan sumisa. En su isla, Crusoe deseaba recrear los Croydons de su época. Yo quiero expulsarlos y, en su lugar, hallar un reino mucho más rico formado por los elementos de la luz, el tiempo y el espacio.

La primera semana ha acabado en calma. Todo está bien, y he estabilizado mi régimen de forma agradable. Para mi sorpresa, ha sido muy fácil rechazar el mundo. Pocos me han molestado. El cartero ha traído varios paquetes que he llevado directamente a la chimenea del comedor. Al tercer día, mi secretaria, Brenda, llamó a la puerta. Sonreí de forma encantadora y le aseguré que simplemente había alargado mi tiempo sabático. Me miró de esa forma suya tan dulce y perspicaz —me había apoyado mucho durante mi divorcio así como durante la crisis en la oficina— y entonces se marchó, prometiendo mantener el contacto. Han llegado una serie de cartas del doctor Barnes y con ellas me caliento las manos al fuego. La chimenea del comedor se ha convertido en un eficiente incinerador en el que he borrado todo mi pasado: pasaporte, certificado de nacimiento, título de licenciatura y acciones financieras, cheques de viaje sin cobrar y 2000 francos franceses que sobraron de nuestras últimas e infelices vacaciones en Niza, las cartas de mi agente de bolsa y las

del cirujano ortopédico. Documentos de un pasado muerto, todos ellos vuelven brevemente a la vida entre las llamas y después se inscriben en el polvo.

Eliminar estos detritus me ha mantenido ocupado. He quitado las pesadas cortinas que colgaban de las ventanas. La luz ha inundado las habitaciones, convirtiendo las paredes y el techo en una tabula rasa. Margaret se había llevado con ella la mayor parte de los adornos y los chismes, y el resto los he metido en un armario. Bañada de luz, la casa puede respirar. En el piso de arriba las ventanas se abren al cielo. Las habitaciones parecen más grandes y menos comprimidas, como si ellas también hubiesen encontrado la libertad. Duermo bien y cuando me despierto por la mañana casi me siento como en la cima de una montaña suiza, con medio cielo debajo de mí.

Sin duda, estoy mucho mejor. He apartado el pasado, una zona en la que me arrepiento de haber entrado alguna vez. Disfruto de la tranquilidad especial que proviene de no depender más de nadie, por muy bienintencionado que este sea.

Sobre todo, ya no soy dependiente de mí mismo. No siento obligaciones con respecto a esa persona que me alimentaba y me arreglaba, que me suministraba ropas caras, que me paseaba en su coche, que amueblaba mi mente con libros inteligentes y me exponía a interesantes películas y exposiciones de arte. Al no querer nada de esto, no le debo nada a esa persona, a mí mismo. Por fin soy libre para pensar sólo en los elementos esenciales de la existencia: el continuo visual que me rodea y el juego de aire y de luz. La casa comienza a parecer una superficie de matemática avanzada, un tablero de ajedrez tridimensional. Aún hay que colocar las piezas, pero siento cómo se forman en mi mente.

Un policía se acerca a la casa. El guardia de uniforme se ha bajado de un coche patrulla aparcado junto a la entrada. Contempla el tejado, mientras es espiado por la anciana pareja que parece haberlo llamado.

Confuso, me pregunto si debo contestar al timbre. Tengo los brazos y la camisa llenos de manchas de hollín de la chimenea.

—¿El señor Ballantyne...? —Un policía joven y bastante inocente me mira de arriba a abajo—. ¿Es usted el propietario?

—¿Le puedo ayudar en algo, agente? —Asumo la convincente pose de un suburbanita que cumple la ley, interrumpido en el acto de adoración del bricolaje, del hazlo-tú-mismo.

—Nos han informado de que se ha forzado una entrada, señor. Sus vecinos dicen que las ventanas de la planta superior han estado abiertas durante dos o tres noches seguidas. Pensaban que no se encontraba usted en casa.

—¿Una entrada forzada? —Esto me desconcierta—. No, he estado aquí. De hecho, no planeo salir en absoluto. Estoy limpiando las chimeneas, agente, librándome de todo este polvo y hollín.

—Entiendo...

Duda antes de irse, olisqueando alguna irregularidad, como un perro convencido de que hay alguna delicia oculta. Está seguro de que estoy alterando, de alguna reprensible manera, las normas suburbanas, como un maltratador o un pederasta.

Espero a que se marche y desaparezca en ese elaborado holograma llamado realidad. Después, me apoyo en la puerta, exhausto por la falsa alarma. El esfuerzo de sonreír al policía me recuerda la distancia interior que he viajado en la última semana. Pero debo ser cuidadoso y esconderme tras esas fachadas del comportamiento convencional que intento subvertir.

Cierro las ventanas que dan a la calle y luego entro con alivio en los dormitorios abiertos sobre el jardín. Las paredes forman secciones de una gran caja de antenas dirigidas a la luz. Pienso en las cuestas de cemento de la vieja pista de carreras de Brooklands y en las cámaras gigantes excavadas en los acantilados de bauxita de Les Baux, donde, por primera vez, Margaret comenzó a distanciarse de mí.

Claro que han forzado una entrada, una muy especial.

Ha pasado un mes, un periodo de muchos avances y algunos retrocesos. Descansando en la cocina junto al frigorífico vacío, me como las últimas anchoas y hago inventario de mí mismo. Me he embarcado en una larga migración interna, siguiendo una ruta inscrita parcialmente en mi cabeza y parcialmente en la casa, la cual ha resultado ser una estructura mucho más compleja de lo que había imaginado. Creo que hay más habitaciones de lo que parecía a simple vista. El espacio interior tiene una riqueza de la que fui totalmente inconsciente durante los siete años que pasé aquí con Margaret. La luz lo inunda todo, expandiendo las dimensiones de las paredes y el techo. Estas calles tranquilas fueron construidas en el sitio que ocupaba el antiguo aeródromo de Croydon, y es casi como si las perspectivas de las antiguas pistas de hierba hubiesen vuelto a frecuentar estos cuidados jardines suburbanos y las mentes de quienes los cuidan.

Toda esta emoción me ha llevado a olvidar mi sistema de racionamiento. Apenas queda nada en la despensa: una caja de terrones de azúcar, un tubo de pasta de tomate y unas arrugadas puntas de espárragos. Me chupo los dedos y los paso por el fondo de la panera vacía. Me estoy arrepintiendo de no haber hecho acopio de provisiones antes de embarcarme en esta expedición. Pero todo lo que he conseguido, la enorme sensación de libertad, de puertas abiertas y de otras puertas aún por abrir, era consustancial al hecho de actuar siguiendo la decisión tomada en un instante.

A pesar de todo, he de tener cuidado para no descubrir el juego. Mantengo una apariencia razonablemente aseada, saludo desde las ventanas superiores a la señora Johnson y me disculpo mediante gestos por el césped sin cuidar. Ella lo entiende: me ha abandonado mi esposa, estoy condenado a la desesperación de un mundo sin mujeres. Tengo hambre todo el tiempo, me mantengo con poco más que unas tazas de té con azúcar. He bajado de peso; he perdido unos siete kilos y estoy continuamente

mareado.

Mientras tanto, el mundo exterior continúa bombardeándome con sus irrelevantes mensajes: publicidad, periódicos gratuitos y un montón de cartas del señor Barnes y del departamento de personal del banco. Arden con llamas grandes y solemnes, y asumo que he sido despedido. Brenda llamó para verme hace tres días, aún desconcertada por mi alegre conducta. Me dijo que había sido reasignada y que habían vaciado los archivos y los muebles de mi oficina.

La ranura del correo resuena. Recojo del felpudo dos folletos y un sobre de plástico, una muestra de una nueva marca de chocolate. Lo saco del envoltorio y hundo mis dientes en el centro gomoso, incapaz de controlar la saliva que inunda mi boca. Me siento tan abrumado por el sabor de la comida que no consigo escuchar el sonido del timbre. Cuando abro la puerta veo a una mujer bien vestida, con traje de *tweed* y sombrero, presumiblemente la mujer de un abogado que trabaja de voluntaria social para el hospital local.

—¿Sí? ¿Puedo...? —La reconozco con esfuerzo, mientras me chupo los últimos restos de chocolate de los dientes—. ¿Margaret...?

—Por supuesto. —Sacude la cabeza como si este patinazo social lo explicara todo sobre mí—. ¿Quién demonios te creías que era? ¿Estás bien, Geoffrey?

—Sí, estoy bien. He estado muy ocupado. ¿Qué buscas? —Una posibilidad temible me cruza por la cabeza—. ¿No querrás volver?...

—Dios santo, no. El doctor Barnes me llamó. Dijo que habías dimitido. Me sorprende.

—No, decidí dejarlo. Trabajo en un proyecto privado. Es lo que siempre he querido hacer.

—Lo sé. —Sus ojos recorren la entrada y la cocina, convencida de que algo ha cambiado—. Por cierto, he pagado el recibo de la luz, pero esta es la última vez.

—Me parece justo. Bueno, será mejor que vuelva al trabajo.

—Bien. —Está claramente sorprendida de mi autosuficiencia—. Has perdido peso. Te sienta bien.

La casa relaja su abrazo protector. Después de que Margaret se haya ido reflexiono sobre lo rápidamente que la he olvidado. No hay rastro de antiguos afectos. He cambiado, mis sentidos están sintonizando la longitud de onda de lo invisible. Margaret se ha quedado en un mundo más limitado, uno compuesto por un enorme reparto de actores secundarios en ese eterno melodrama provinciano llamado vida normal.

Ansioso por borrar su recuerdo, asciendo al piso superior y abro las ventanas para disfrutar del placer absoluto del sol de la tarde. Las habitaciones orientadas al oeste sobre el jardín se han convertido en gigantescos observatorios. El polvo lo cubre todo con una bruma de mescalínica luz violeta, fotones que vuelven tras golpear la

superficie del alféizar y la cómoda. Margaret se ha llevado consigo muchos muebles, dejando inesperados huecos e intervalos, como si esto fuera un universo espacial invertido, la plantilla del que ocupábamos juntos. Casi me puedo sentar en la ausente silla William Morris, casi puedo verme reflejado en el espejo art decó desaparecido cuyo borde cromado ha dejado una sombra en la pared del baño.

Un descubrimiento extraño: las habitaciones *son* más grandes. Al principio pensé que se trataba de una ilusión producida por la escasez de muebles, pero la casa siempre ha sido más grande de lo que me había imaginado. Mis ojos ven ahora todo tal como es, sin el montón de parafernalia de la vida convencional, como sucede en esos escasos y preciosos momentos en los que uno regresa de vacaciones y ve la auténtica realidad de su hogar.

Mareado por el intenso aire, me tambaleo hasta entrar en la habitación de Margaret. Las paredes se hallan desplazadas de forma extraña, como si un equipo de escenógrafos las hubiese empujado hacia atrás para crear otro plato. No hay signos de la cama, ni del desnudo colchón con las manchas del vino que derramé la noche de su marcha mientras le daba el pésame por su aburrido amante. Me he extraviado en un área poco familiar de la habitación, en algún lugar entre el cuarto de baño de Margaret y los armarios empotrados. Lo que queda de la habitación huye de mí, las paredes se retraen por la luz. Por primera vez veo la cama, pero parece tan remota como un viejo diván en el fondo de un almacén vacío.

Otra puerta conduce a un pasillo ancho y silencioso, en el que nadie ha entrado durante años. No hay escalera, pero a lo lejos están las entradas a otras habitaciones, llenas del tipo de luz que brilla en las pantallas de rayos X. Aquí y allí, una solitaria silla descansa contra la pared; en una inmensa habitación sólo hay una cómoda, en otra, el armario de un reloj de caja preside el interminable suelo enmoquetado.

La casa se me revela de la forma más sutil. Sorprendido por sus perspectivas, tropiezo con mis propios pies y siento que mi corazón se acelera. Encuentro una pared y presiono con las manos el papel rayado, luego tanteo el aire demasiado iluminado junto al rellano. Por fin llego a la cima de una enorme escalera, cuya barandilla encoge mientras corro hacia la protección del piso inferior.

Puede que las verdaderas dimensiones de la casa sean muy estimulantes, pero de ahora en adelante dormiré en la planta baja. El tiempo y el espacio no están necesariamente de mi lado.

He atrapado a una gata. Estaba tan irritado por haberme perdido en mi propia casa que he tardado media hora en darme cuenta de que tengo una pequeña compañera, la gata persa blanca de la señora Johnson. Mientras andaba torpemente por el Palacio de Marienbad, que ocupa ahora la primera planta, la gata entró en el salón a través de las ventanas dobles que estaban abiertas y quedó atrapada al cerrarse la puerta por un golpe de viento.

Me sigue afablemente a todas partes, esperando que la alimente, pero, por una vez, soy yo el que necesita de su caridad.

Han pasado dos meses. Esta convencional villa suburbana es de hecho la unión entre nuestro pequeño mundo ilusorio y otro mayor y más real. Milagrosamente, he sobrevivido, aunque mis últimas reservas de comida se acabaron hace semanas. Como supuse que pasaría, Margaret me visitó por segunda y última vez. Aún desconcertada por mi confianza en mí mismo y mi hermosa y delgada figura, me dijo que ya no se haría responsable de las deudas que se me estaban acumulando. La despedí y volví a mi almuerzo de pastel de caniche.

El pensamiento de que no volvería a ver a Margaret le dio a mi modesto almuerzo un placer añadido, después coloqué con cuidado la trampa para perros junto a la puerta abierta del salón. El jardín desatendido, lleno de hierba que llega hasta las rodillas, ha atraído a las mascotas de mis vecinos, confiadas bestias que trotan felices hacia mí mientras me siento sonriente en el sillón con una cuchilla oculta tras el tentador cojín. Para cuando sus esperanzados dueños aparecen, unos días más tarde, ya he ocultado los huesos debajo de las tablas del suelo del comedor, un importante osario que es el último lugar de descanso de Bonzo, Major, Yorky y Señor Fred.

Estos perros y gatos, y los pocos pájaros que he conseguido atrapar, pronto son mi única comida. Sin embargo, ha quedado claro que mis vecinos ahora cuidan mejor a sus mascotas, y me he resignado a una dieta de aire. Afortunadamente, la compañía de alquiler de televisores intervino para suministrar una generosa fuente de raciones extra.

Recuerdo al severo joven con caja de herramientas que llegó para desmontar la antena de la buhardilla. Había acudido para hacer algunos encargos más en la avenida y aparcó la furgoneta a unos cien metros. Le seguí a la planta de arriba, preocupado de que pudiera perderse en aquellas enormes habitaciones.

Tristemente, mi intento de avisarle no sirvió de nada. Al entrar en la primera de las cámaras, tan grande como un hangar de aviones excavado en el techo de un iceberg, pareció darse cuenta de que había entrado en zona de peligro. Forcejeé con él mientras tropezábamos por aquel mundo blanco, como exploradores árticos que han perdido el sentido de la distancia a tan sólo unos cuantos pasos de su tienda de campaña. Una hora más tarde, cuando hube calmado sus miedos y lo llevé a la planta baja, ya se había rendido tristemente a los terrores de la luz y del espacio.

Tres meses: un periodo de continuos descubrimientos y algunas interrupciones. El mundo exterior ha decidido por fin dejarme en paz. Ya no contesto a la puerta y casi nadie ha llamado, aunque llegan amenazantes cartas del consejo local y de la compañía eléctrica y de la del agua. Pero está en marcha una lógica imperturbable y confío en que mi proyecto estará completo antes de que desconecten la electricidad y

el agua.

La casa se agranda a mi alrededor. La invasión de luz que reveló sus verdaderas dimensiones ha alcanzado ahora la planta baja. Para conservar mi marcación me he visto forzado a retroceder hasta la cocina, adonde he llevado el colchón y las mantas. De vez en cuando, me aventuro en el salón e investigo las amenazantes perspectivas. Me sorprende que Margaret y yo viviéramos en esta vasta mole y que la redujésemos en nuestras mentes.

Puedo sentir cómo las paredes de la cocina se alejan de mí. Paso aquí todo el día, sentado en el suelo con la espalda contra el congelador. La cocina, el frigorífico y el lavavajillas se han convertido en los objetos anónimos del escaparate de una tienda lejana. ¿Durante cuánto tiempo puede continuar esta expansión? Tarde o temprano el proceso se detendrá y se revelarán en ese instante las verdaderas dimensiones del mundo en que vivimos, y que nos han estado ocultando los centros de visión de nuestro cerebro. Estoy al borde de una revelación única, tal vez similar al descubrimiento del Nuevo Mundo por parte de Colón. Apenas puedo esperar a dar la noticia a mis vecinos: el humilde chalet que la señora Johnson cree ocupar es de hecho tan grande como Versalles.

Por aquí cerca, los huesos del reparador de televisión yacen sobre el linóleo amarillo como las costillas y el cráneo de un viajero del desierto sucumbido hace mucho tiempo.

En algún lugar están forzando una puerta. Escucho el rechinar de una llave mientras comprueban la cerradura, después el sonido de unos tacones en las escaleras del patio antes de un segundo intento de abrir a palanca las ventanas dobles.

Alzándome, me balanceo por la cocina, intentando apoyar mis brazos contra la lejana lavadora. Una llave gira y se abre una puerta más allá de las grandes perspectivas enmoquetadas del salón.

Una joven ha entrado en la casa. Mientras vuelve a poner las llaves en el bolso reconozco a Brenda, mi antigua secretaria. Contempla las desmanteladas trampas para perros junto a la ventana y luego mira por la habitación hasta que me encuentra observándola junto a la puerta.

—¿Señor Ballantyne? Siento entrar por la fuerza. Estaba preocupada por si usted... —Sonríe de manera tranquilizadora y saca las llaves del bolso—. La señora Ballantyne dijo que podía usar el otro juego. No ha contestado al teléfono y nos preguntábamos si estaba enfermo...

Camina hacia mí, pero tan lentamente que la inmensa habitación parece alejarla en sus dimensiones expansivas. Se acerca y retrocede al mismo tiempo y me preocupa que se pierda en la vastedad casi planetaria de la casa.

Atrapándola mientras pasa a mi lado, la protejo del torrente externo de espacio y tiempo.

Asumo que hemos entrado en el cuarto mes. Ya no veo el calendario que hay en la puerta de la cocina. Así de lejos está. Me siento con la espalda apoyada en el congelador, que he movido de la cocina a la despensa. Pero las paredes de este espacio antaño diminuto constituyen ahora un universo en sí mismo. El techo está tan distante que se podrían formar nubes bajo él.

No he comido nada en la última semana, pero ya no me atrevo a dejar la despensa y apenas me muevo un paso de mi posición. Me podría perder fácilmente al atravesar la cocina y no podría regresar a la única seguridad y compañía que conozco.

Sólo queda un último refugio. Es tanto el espacio que ha retrocedido que debo estar cerca del núcleo irreductible en el que yace en realidad. Esta mañana, por breve tiempo, he albergado el repentino miedo de que todo esto ha estado sucediendo dentro de mi propia cabeza. Al aislar el mundo, mi mente puede haber vagado hasta un dominio sin normas o escalas. Durante muchos años he anhelado un mundo vacío y tal vez lo haya construido, sin darme cuenta, dentro de la casa. El tiempo y el espacio han entrado a borbotones para cubrir el vacío que he creado. Incluso se me ocurrió finalizar el experimento y me levanté y traté de llegar a la puerta de la entrada, un viaje tan avocado al fracaso como el retorno de Scott desde el Polo Sur. No hace falta que diga que tuve que abandonar antes de cruzar el umbral del recibidor.

Detrás de mí, cómodamente, yace Brenda, su rostro está a sólo unos centímetros del mío. Pero ella también comienza a alejarse de mí. Cubierta por una escarcha brillante, descansa en silencio en el compartimento del congelador, una reina esperando renacer algún día de su sueño criogénico.

Las líneas de perspectiva fluyen de mí, agrandando el interior del compartimento. Pronto estaré junto a ella, en un palacio de hielo que cristalizará a nuestro alrededor, y por fin encontraré el inerte centro del mundo que vino a reclamarme.

Recuerdos de la era espacial

UNO

Durante todo el día, el extraño piloto había volado con su anticuado aeroplano por el centro espacial abandonado, una máquina frenética perdida en el silencio de Florida. Poco después del alba, el aleteante motor del viejo biplano curtiss despertó al doctor Mallory, que dormía junto a su exhausta mujer en la quinta planta del hotel desierto en Titusville. Los sueños de la era espacial habían llenado la noche, recuerdos de serenas pistas blancas semejantes a glaciares, una calma rota por aquel excéntrico avión que daba vueltas alrededor como el fragmento de una mente perturbada.

Desde su balcón, Mallory observó cómo el viejo biplano viraba en torno a los andamios oxidados de Cabo Kennedy. La luz del sol resplandecía en el casco del piloto, iluminando la maraña de cables plateados que se apiñaban en el fuselaje abierto entre las alas, un rompecabezas del que el piloto trataba de escapar con su serie de giros y piruetas. Ignorándole, el avión voló de acá para allá sobre el palio del bosque, su motor rugiendo a través de las inmensas cubiertas vacías, como si este fantasma de los primeros días de la aviación pudiese convocar a los durmientes titanes del programa Apolo desde sus tumbas debajo del cemento agrietado.

Abandonando por el momento, el curtiss se alejó de los andamios y puso rumbo tierra adentro en dirección a Titusville. Mientras traqueteaba por encima del hotel, Mallory reconoció la frente, dura y familiar, tras los binoculares. Cada mañana aparecía el mismo aviador pilotando toda clase de antigüedades —reliquias, supuso Mallory, sacadas del olvidado museo de algún campo de vuelo privado no muy lejano—. Un spad, un sopwith camel, una réplica del wright Ayer y el triplano fokker que había zumbado el día anterior por la pasarela elevada de la NASA, empujando hacia el interior miles de nerviosas gaviotas y golondrinas, con las que se negaba a compartir cualquier porción de cielo.

Desnudo en el balcón, Mallory dejó que el aire ambarino calentase su piel. Contó las costillas bajo sus omoplatos, consciente de que por primera vez podía palpase los riñones. A pesar de las horas que pasaba rebuscando comida cada día, y de las latas saqueadas de los supermercados abandonados, le costaba trabajo mantener el peso. En los dos meses transcurridos desde que abandonaron Vancouver de vuelta a Florida, en un viaje lento e intranquilo, Anne y él habían perdido cada uno más de trece kilos, como si sus cuerpos estuvieran haciendo un reinventario de sí mismos para el mundo sin tiempo que se avecinaba. Pero los huesos permanecían. Su

esqueleto parecía hacerse más fuerte y pesado, preparándose para el desnutrido sueño de la tumba.

Sudoroso a causa del aire húmedo, Mallory volvió al dormitorio. Anne se había despertado, pero yacía inmóvil en el centro de la cama, los mechones de pelo rubio atrapados en su boca como si de un niño se tratase. La expresión fija y vacía en su rostro parecía un reloj detenido. Mallory se sentó y le colocó las manos en el diafragma que se movía suavemente. Cada mañana temía que el tiempo de Anne se hubiera agotado mientras dormía, dejándola por siempre en medio de un último sueño intranquilo.

Ella contempló a Mallory, como sorprendida por despertarse en aquel andrajoso hotel con un hombre que seguramente había conocido durante años pero que por alguna razón no era capaz de reconocer.

—¿Hinton?

—Aún no. —Mallory le apartó el pelo de la boca—. ¿Ahora me parezco a él?

—Dios, me estoy quedando ciega.

Anne se limpió la nariz con la almohada. Alzó las muñecas y contempló el par de relojes que formaban una especie de esposas de tiempo. Las tiendas de Florida estaban llenas de relojes abandonados y Anne seleccionaba cada día un nuevo conjunto de ellos. Tocó a Mallory, tranquilizándolo.

—Todos los hombres se parecen, Edward. Ahí tienes un poco de sabiduría callejera. Me refería al avión.

—No estoy seguro. No era un avión de reconocimiento. Está claro que la policía ya no se molesta en venir a Cabo Kennedy.

—No les culpo. Es un lugar maligno. Edward, deberíamos irnos, salgamos esta mañana.

Mallory la sostuvo por los hombros, intentando tranquilizar a esta estropeada aunque aún bella mujer. Necesitaba que tuviese el mejor aspecto posible para Hinton.

—Anne, sólo hemos estado aquí una semana..., démosle un poco más de tiempo.

—¿Tiempo? Edward... —En una repentina muestra de afecto, tomó la mano de Mallory—. Cariño, eso es algo que se nos ha acabado. Me vuelven los dolores de cabeza, como aquellos que tuve hace quince años. Es extraño, puedo sentir los mismos nervios...

—Te daré algo, así dormirás por la tarde.

—No... Son una advertencia. Quiero sentir cada punzada. —Se presionó los relojes de pulsera contra las sienes, como intentando ajustar el cerebro a su señal—. Fuimos unos locos al venir aquí y estamos aún más locos por quedarnos.

—Lo sé. Ha sido un largo camino, pero merecía la pena intentarlo. He aprendido una cosa en todos estos años..., si existe una salida, la encontraremos en Cabo Kennedy.

—¡No! Aquí todo está envenenado. Deberíamos irnos a Australia, como el resto de la gente de la NASA. —Anne plantó el bolso en el suelo y sacó una pesada enciclopedia ilustrada de aves que había encontrado en una librería de Titusville—. Lo he buscado... Australia occidental es lo más lejos de Florida que se puede ir. Son casi las antípodas exactas. Edward, mi hermana vive en Perth. Sabía que había una razón para que nos invitara a ir con ella.

Mallory contempló los distantes andamios de Cabo Kennedy. Era difícil creer que él hubiese trabajado allí alguna vez.

—No creo que ni siquiera Perth, Australia, esté lo suficientemente lejos. Necesitamos salir de nuevo al espacio...

Anne tembló.

—Edward, no digas eso... Allí se cometió un *crimen*, todo el mundo sabe que es así como empezó todo.

Mientras escuchaban el zumbido distante del avión ella se observó las anchas caderas y las suaves ingles. La barbilla se alzó desafiante.

—¿Crees que Hinton está aquí? Puede que no me recuerde.

—Te recordará. Tú eras la única a la que le gustaba.

—Bueno, de algún modo. ¿Cuánto tiempo estuvo en prisión antes de escaparse? ¿Veinte años?

—Mucho tiempo. Puede que te lleve a volar de nuevo. Disfrutabas con eso.

—Sí..., era un tipo extraño. Pero, incluso si está aquí, ¿podrá ayudar? Él fue quien lo empezó todo.

—No, no fue Hinton. —Mallory escuchó su propia voz en el hotel vacío. Parecía más profunda y resonante conforme el tiempo que se ralentizaba iba aumentando las frecuencias—. De hecho, yo lo empecé todo.

Anne le había dado la espalda y estaba tumbada de costado, con un reloj presionando cada oído. Mallory se recordó a sí mismo que tenía que salir y comenzar la búsqueda matinal de comida. Comida, un chute de vitaminas y un par de sábanas limpias. El sexo con Anne, que había esperado que les mantuviera distraídos y despiertos, había acabado generando afecto. No imaginaba concebir un niño, aquí en Cabo Kennedy, entre las sombras de los andamiajes...

Recordó los niños mongólicos y autistas que había dejado en la clínica de Vancouver, su firme creencia —refutada vehementemente por sus colegas médicos y los exhaustos padres— de que las suyas eran enfermedades del tiempo, disfunciones del sentido temporal que abandonaba a aquellos niños en pequeñas islas de consciencia, minutos en el caso de los mongólicos, microsegundos en el de los autistas. Un niño concebido y nacido aquí en Cabo Kennedy nacería en un mundo sin tiempo, un presente indefinido y sin fin, el paraíso primitivo que el viejo cerebro

recordaba de manera tan vivida, visto tanto por los que nacen por primera vez como por los que mueren por primera vez. Era curioso que las imágenes del cielo o el paraíso siempre presentaran un mundo estático, no la eternidad cinética que cabía suponer, la montaña rusa de un parque de atracciones hiperactivo, los Luna Parks ululantes de LSD y psilocibina. Resultaba una extraña paradoja que dada la eternidad, una infinitud de tiempo, se eligiera eliminar el elemento mismo que se ofrecía en abundancia.

Aun así, si se quedaban demasiado en Cabo Kennedy pronto regresarían al mundo del cerebro anciano, como aquellos primeros y trágicos astronautas a los que había ayudado a poner en el espacio. Durante el año anterior, en Vancouver, había tenido demasiados ataques, periodos de movimiento *largo* en los que el tiempo parecía ralentizarse, una tarde en su escritorio se prolongaba durante días. Tanto él como sus colegas habían achacado sus propios lapsos de concentración a la excentricidad, pero la creciente vaguedad de Anne había sido imposible de ignorar, eran los primeros síntomas claros de que la enfermedad espacial comenzaba a ralentizar el reloj, al igual que había sucedido primero con los astronautas y después con todo el personal de la NASA con base en Florida. Durante los últimos meses, los ataques habían llegado hasta cinco y seis veces al día, periodos en los que todo comenzaba a ralentizarse y, aparentemente, era capaz de pasar todo el día afeitándose o firmando un cheque.

El tiempo, como un rollo de película proyectado a través de un aparato defectuoso, se movía con ritmo errático, retrocediendo por momentos hasta casi pararse. Un día se detendría del todo, congelado para siempre en un simple fotograma. ¿Les había llevado realmente dos meses conducir desde Vancouver, sólo unas semanas desde Jacksonville hasta Cabo Kennedy?

Pensó en el largo viaje hasta la costa de Florida, un mundo de inmensos hoteles vacíos y tiempo glutinoso, de extraños encuentros con Anne en pasillos desiertos, de actos sexuales que parecían durar días. De vez en cuando, en dormitorios olvidados, se cruzaban con otras parejas que se habían perdido en Florida, en el eterno presente de esta zona sin tiempo, Paolo y Francesca abrazados para siempre en el Hotel Fontainebleau. En algunos de esos ojos había horror...

En cuanto a Anne y él mismo, el tiempo de su matrimonio se había acabado quince años atrás, desplazado por los espectros del complejo espacial y por los recuerdos de Hinton. Habían regresado allí como Adán y Eva de vuelta al Paraíso edénico con una desafortunada dosis de enfermedades venéreas. Por suerte, al evaporarse el tiempo también lo hizo la memoria. Miró sus pocas posesiones, ya casi insignificantes: el vídeo donde grababa su continuo declive; un álbum de polaroids con las poses desnudas de una doctora que había conocido en Vancouver; su *Anatomía de Gray* de cuando era estudiante, una obra de ficción única, con las

páginas aún manchadas del formol de la sala de disección de cadáveres; una selección en formato de bolsillo de las instantáneas de Muybridge, y un estudio psicoanalítico de Simon Magus.

—¿Anne...?

La luz del dormitorio se había vuelto más brillante, había un extraño resplandor semejante a las blancas pistas de sus sueños. Nada se movía, por un instante Mallory sintió que eran figuras de cera en un museo, o la pintura de Edward Hopper de una pareja cansada en una habitación de provincias. El tiempo del sueño reptaba por él a punto de envolverlo. Como siempre, no sintió miedo, su pulso se iba calmando...

Hubo un ruido fuerte en el exterior, una sombra cruzó el balcón. El biplano Curtiss rugió en lo alto y luego descendió hacia los tejados de Titusville. Despabilado por el repentino movimiento, Mallory se levantó y se sacudió, golpeándose las ingles para espolear al corazón. El avión le había cogido justo a tiempo.

—Anne, creo que era Hinton...

Ella yacía a su lado, con los relojes en los oídos. Mallory le golpeó las mejillas pero sus ojos se alejaron de él. Respiraba calmadamente, con la parte superior de los pulmones, su pulso tan lento como el de un mamífero en hibernación. Le cubrió los hombros con la sábana. Despertaría en una hora, con el vivido recuerdo de una sola imagen, un ensayo para esos últimos segundos antes de que el tiempo finalmente se congelara...

Dos

Con el maletín médico en la mano, Mallory salió a la calle a través de la puerta de cristal rota del supermercado. La tienda abandonada había sido su fuente principal de suministros. Altas palmeras dividían las aceras delante de las tiendas y los bares tapiados con tablas, proporcionando un umbrío paseo a través de la ciudad desierta. En varias ocasiones le había dado un ataque en pleno exterior pero las palmeras habían protegido su piel del sol de Florida. Por razones que aún no entendía, le gustaba caminar desnudo a través de las calles silenciosas, observado por las oropéndolas y los periquitos. El doctor desnudo, el médico de los pájaros..., a lo mejor le pagarían con plumas, las plumas azul medianoche de la cola de los papagayos, las alas doradas de las oropéndolas, ¿suficientes honorarios como para construirse una máquina voladora?

El maletín médico era pesado, cargado como estaba de paquetes de arroz, azúcar, cartones de pasta. Encendería un pequeño fuego en otro balcón y cocinaría una comida alta en carbohidratos, hirviendo con cautela el agua salada del tanque del tejado. Mallory se detuvo en el aparcamiento del hotel mientras reunía fuerzas para ascender los cinco pisos, por encima de la línea de ratas y cucarachas. Descansó en el

asiento delantero de un coche patrulla que habían tomado por la fuerza en un suburbio desierto de Jacksonville. Anne se apenó al dejar atrás su elegante Toyota, pero el cambio había sido lo más sensato. La inesperada visión de aquel coche no sólo confundiría a cualquier avión militar de reconocimiento sino que el Dodge modificado podía dejar atrás a la mayoría de los aviones ligeros.

Mallory confiaba en la velocidad del coche para atrapar al misterioso piloto que aparecía cada mañana con sus aviones antiguos. Había notado que, cada día que pasaba, las veteranas máquinas tendían a ser más y más viejas. Tarde o temprano, el piloto estaría al alcance de Mallory, incapaz de librarse de la persecución del Dodge antes de verse forzado a aterrizar en su campo aéreo secreto.

Mallory escuchó la radio de la policía, el ruido disonante que reflejaba el enorme vacío que cubría Florida. En contraste, las frecuencias de tráfico aéreo eran una torre de Babel que emitía su cháchara a través de los intercomunicadores de los grandes aviones que aterrizaban en Mobile, Atlanta y Savannah así como de los aviones militares que sobrevolaban las Bahamas. Todos evitaban Florida en un amplio perímetro. Al norte del paralelo 31, la vida en Estados Unidos seguía su marcha como antes, pero al sur de esa frontera sin alambradas, apenas patrullada, había un inmenso silencio de puertos deportivos y centros comerciales desiertos, granjas de cítricos y urbanizaciones abandonadas, silenciosos guetos y aeropuertos.

Los pájaros se alzaron en el aire perdiendo todo interés en Mallory. Una sombra moteada cruzó el aparcamiento y Mallory alzó la vista mientras una avioneta elegante y de finas alas vagaba perezosamente sobre el tejado del hotel. Su motor de aspas gemelas rompió el aire como la pala de un niño, pilotado a un ritmo ocioso por el aviador que se sentaba a horcajadas sobre los pedales de bicicleta dentro del fuselaje transparente. Un deslizador de avanzado diseño, impulsado por el hombre, planeó en silencio por encima de los tejados, mantenido a flote gracias a las corrientes térmicas que se alzaban desde la ciudad desierta.

—¡Hinton!

Seguro de que podría atrapar al antiguo astronauta, Mallory abandonó los alimentos y se colocó tras el volante del coche de policía. Para cuando hubo encendido el motor lleno de combustible ya había perdido de vista el aeroplano. Sus delicadas alas, casi tan largas como las de un avión comercial, habían flotado a través del dosel del bosque, en compañía de bandadas de golondrinas y martinetas que se habían alzado para inspeccionar a aquel tímido intruso del espacio aéreo. Mallory salió del aparcamiento dando marcha atrás y partió tras el aeroplano, que zigzagueaba entre las palmeras que se elevaban desde el centro de la calle.

Se calmó y escudriñó las carreteras secundarias, y avistó la máquina dando vueltas alrededor del estadio de jai alai en las afueras al sur de la ciudad. Una nube de gaviotas rodeó el aeroplano, algunas molestando la perezosa hélice, otras elevando su

posición y colocándose sobre las puntas de las alas. El piloto parecía animarlas a que lo siguieran, atrayéndolas con giros bruscos y virajes, haciéndolas retroceder hacia el mar y hacia el bosque de pasarelas del complejo espacial.

Reduciendo la velocidad, Mallory mantuvo la persecución a una distancia de trescientos metros. Cruzaron el puente sobre el río Banana, dirigiéndose a la pasarela de la NASA y a los bares y moteles abandonados de Cocoa Beach. El andamiaje más cercano se encontraba a dos kilómetros al norte, pero Mallory se dio cuenta de que había entrado en la zona exterior de los terrenos espaciales. Un aura amenazadora emanaba de aquellas antiguas torres, tan viejas a su manera como el gran templo de columnas de Karnak, portadoras de un orden cósmico distinto, símbolos de una visión del universo que había sido abandonada junto con el propio estado de Florida que la había engendrado.

Mientras bajaba la mirada hacia las ahora limpias aguas del río Banana, Mallory se encontró evitando los sombríos bosques que atestaban las pasarelas y las cubiertas de cemento del complejo espacial, sofocando señales y alambradas, torres de vigilancia y búnkeres de observación. Aquí el tiempo era diferente, al igual que en Alamagordo y Eniwetok; una fisura física había desgarrado el tiempo y el espacio y había penetrado en las mentes de los que trabajaban allí. A través de esa sutura en su cráneo, el tiempo goteaba sobre el agua estancada debajo del coche. Los bosques de robles le esperaban para alimentar sus raíces y aquellos árboles inertes eran tan dementes como cualquiera de las visiones de Max Ernst. Allí estaban los mismos pájaros insaciables, alimentándose de la vegetación que surgía de los cadáveres de los aviones atrapados...

Encima de la pasarela, las gaviotas revoloteaban alarmadas, gritando contra el cielo. El aeroplano propulsado se deslizó de lado por el aire, giró en círculos y planeó sobre el puente con el minúsculo tren de aterrizaje a unos tres metros por encima del coche de policía. El piloto pedaleaba vivamente, la hélice brillando a causa del alarmado sol, y Mallory alcanzó brevemente a ver los cabellos rubios y el rostro de una mujer en la transparente cabina. Un pañuelo de seda roja ondeaba en su cuello.

—¡Hinton!

Mientras Mallory gritaba al rugiente viento, el piloto se asomó fuera de la cabina y señaló una vía de acceso que atravesaba el bosque hacia Cocoa Beach, luego se introdujo detrás de los árboles y desapareció.

¿Hinton? Por alguna extraña razón el antiguo astronauta se había disfrazado de mujer con una peluca rubia y lo atraía hacia el complejo espacial. Los pájaros eran sus aliados...

El cielo estaba vacío, las gaviotas habían desaparecido en el bosque al cruzar el río. Mallory detuvo el coche. Estaba a punto de salir a la carretera cuando oyó el zumbido de un motor aéreo. El triplano fokker había emergido del centro espacial.

Dio una vuelta pegado | los andamios y se acercó por el mar. A quince metros sobre la playa, se deslizó a través de las palmeras y la hierba con las dos ametralla doras gemelas apuntando directamente al coche de policía.

Mallory comenzó a arrancar de nuevo el coche cuando las ametralladoras situadas sobre el parabrisas del piloto abrieron fuego contra él. Supuso que el piloto disparaba balas de fogeo sobrantes de alguna exhibición aérea. Entonces, las primeras balas golpearon la carretera metálica a unos treinta metros de distancia. La segunda ráfaga reventó las ruedas delanteras, cortó el pilar de la puerta junto al asiento del copiloto y llenó el compartimento con gas explosivo. Mientras el avión subía en vertical, para hacer una segunda pasada, Mallory se extrajo los cristales manchados de sangre del pecho y las ingles. Saltó del coche y brincó por la barandilla de metal para meterse en la oscura alcantarilla junto al puente. Su sangre manaba por el agua en dirección al bosque que aguardaba en los terrenos espaciales.

TRES

Desde el cobijo que le proporcionaba la alcantarilla, Mallory observó cómo ardía el coche de policía sobre el puente. La columna de humo aceitoso se elevó trescientos metros en el cielo vacío, una almenara visible a trescientos metros alrededor del cabo. La bandada de gaviotas había desaparecido. El aeroplano de hélices y su mujer piloto —recordó cómo le había advertido de que el fokker se acercaba— se habían escurrido al sur, hacia su guarida en algún lugar de la costa.

Demasiado aturdido como para descansar, Mallory contempló la pasarela de dos kilómetros. Tardaría media hora en volver a tierra firme, un blanco fácil para Hinton que esperaba con el fokker sobre las nubes. ¿Había reconocido el antiguo astronauta a Mallory e inmediatamente había adivinado por qué el antiguo médico de la NASA había venido a buscarle?

Demasiado cansado para nadar en el río Banana, Mallory salió del agua y se puso en marcha a través de los árboles. Decidió pasar la tarde en alguno de los moteles abandonados de Cocoa Beach y regresar después a Titusville, en la oscuridad.

El suelo del bosque estaba frío bajo sus pies desnudos, pero una suave luz atravesaba el dosel de hojas y calentaba su piel. La sangre del pecho y los hombros se le había secado, una vivida tracería parecida a un tatuaje aborigen que parecía más adecuada en aquel reino violento e incierto que las ropas que había dejado en el hotel. Pasó por el casco oxidado de un remolque de Airstream, con su cápsula de acero recubierta de lianas y enredaderas como si los árboles se hubiesen alzado para atrapar una nave espacial en pleno paso y la hubiesen arrastrado a la maleza. Había coches abandonados y los restos de un equipo de acampada, sillas cubiertas de moho y mesas alrededor de los asadores dejadas allí veinte años atrás cuando los visitantes huyeron

a toda prisa del estado.

Mallory avanzó por aquella morena terminal, elementos de un parque temático olvidado listos para un batallón de demolición. Sentía que pertenecía a un mundo más antiguo en el interior del bosque, un reino de oscuridad, paciencia y vida nunca antes vista. La playa estaba a cien metros, los olas atlánticas inundaban la solitaria arena. Un banco de delfines saltó limpiamente por el agua de camino al golfo. Los pájaros se habían ido, pero los peces estaban listos para ocupar su lugar en el aire.

Mallory les dio la bienvenida. Sabía que había estado caminando por aquel banco de arena durante poco más de media hora, pero a la vez le parecía que había estado allí días, incluso semanas y meses. En una parte de su mente siempre había estado allí. Los minutos comenzaban a agrandarse, empujados por aquel universo sin sucesos, libre de pájaros y aviones. Su memoria fallaba, estaba olvidando su pasado, la clínica en Vancouver y los niños heridos, su mujer dormida en el hotel de Titusville, incluso su propia identidad. Un solo momento era un pequeño plazo de eternidad. Observó durante minutos cómo caía lentamente al suelo, aplazando la gravedad del modo más elegante.

Consciente ahora de que entraba en el tiempo del sueño, Mallory corrió entre los árboles. Se movía a cámara lenta, sus débiles piernas le llevaban por la hojarasca con la elegancia de un atleta olímpico. Alzó la mano para tocar una mariposa que parecía dormida en pleno vuelo, embarcando sus alargados dedos en un viaje infinito.

El bosque que cubría el banco de arena comenzó a aclararse, dando paso a las casas junto a la playa y los moteles de Cocoa Beach. Un hotel abandonado se erguía entre los árboles, sus puertas derrumbadas sobre la carretera, musgo español colgando de un cartel que anunciaba un zoo y un parque temático dedicado a la era espacial. A través de palmeras no más altas que la cintura, los cohetes de cromo y neón se alzaban de sus peanas como figuras en un carrusel.

Riendo para sus adentros, Mallory saltó las verjas y corrió hasta dejar atrás las naves espaciales oxidadas. Detrás del parque temático había unas pistas de tenis llenas de hierbajos, una piscina y los restos del pequeño zoológico, con un foso de caimanes, jaulas de mamíferos y un aviario. Para su felicidad, Mallory comprobó que los ocupantes habían vuelto a su hogar. Una cebra con sobrepeso retozaba en su celda de cemento, un tigre aburrido bizqueaba contemplando su propio hocico y un anciano caimán tomaba el sol sobre la hierba junto al foso de los reptiles.

El tiempo se estaba parando, casi por completo. Mallory se detuvo a medio paso, con los pies desnudos en mitad del aire. Aparcada en el camino de baldosas junto a la piscina había una enorme libélula transparente, el aeroplano de hélices que había perseguido aquella mañana.

Dos hastiados guepardos se sentaban a la sombra del ala, mirando a Mallory con ojos remilgados. Uno de ellos se levantó y avanzó lentamente hacia él, pero se

encontraba a siete metros y Mallory sabía que nunca lo alcanzaría. Su raída piel, recreada a partir de alguna vieja bolsa de viaje, se estiró formando un perezoso arco que parecía congelarse por siempre en un fotograma.

Mallory esperó a que se detuviera el tiempo. Las olas ya no se lanzaban hacia la playa y eran gorgueras congeladas de azúcar glasé. Los peces pendían del aire; los sabios delfines, felices de estar en su nuevo ámbito, sonreían al sol. El agua que surgía de la fuente en el extremo menos profundo del estanque formaba una sombrilla de cristal.

Sólo se movía el guepardo, capaz de ser más rápido que el tiempo. Ahora estaba a tres metros, la cabeza ladeada como si apuntase al cuello de Mallory, sus garras amarillas más precisas que las balas de Hinton. Pero Mallory no sentía miedo de aquel violento felino. Sin tiempo nunca podría alcanzarle, sin tiempo el león podría al fin yacer junto al cordero, el águila junto al ratón.

Alzó la vista hacia la fuerte luz, advirtiendo la figura de una joven en el aire con los brazos extendidos sobre el trampolín. Suspendida encima del agua en un salto de golondrina, el cuerpo desnudo volaba con tanta serenidad como los delfines sobre el mar. Su tranquilo rostro contemplaba el suelo de cristal a tres metros de sus pequeñas palmas extendidas. Parecía no reparar en Mallory, sus ojos fijos en el misterio de su propio vuelo, y Mallory pudo apreciar las marcas rojas dejadas por las correas del arnés del aeroplano y la flecha plateada de la cicatriz de su apéndice apuntando a su pubis, similar al de una niña.

El guepardo se acercaba más y más, con las garras apuntando a los regueros de sangre seca que enlazaban los hombros de Mallory, el hocico retraído para mostrar las encías ulceradas y los dientes manchados. Si extendiese los brazos podría abrazarlo, consolar todos los recuerdos de África, aliviar la violencia de su vieja piel...

CUATRO

El tiempo se había marchado de Florida, al igual que de la era espacial. Tras una breve pausa, como un rollo de película enganchado que se suelta, volvió a coger velocidad, reavivando un mundo cinético.

Mallory estaba sentado en una tumbona junto a la piscina y observaba a los guepardos descansando a la sombra del aeroplano. Cruzaban y descruzaban las pezuñas como jugadores de cartas escondiendo un as, elevando de vez en cuando la nariz debido al olor de aquel hombre extraño y su sangre.

A pesar de los afilados dientes, Mallory se sentía en calma y descansado, un durmiente que despierta de un sueño complejo aunque satisfactorio. Se alegraba de estar rodeado de aquel pequeño zoo con su fondo de cohetes de juguete, tan inocente

como la ilustración de un libro para niños.

La joven estaba al lado de Mallory, mirándolo con preocupación. Se había vestido mientras Mallory se recuperaba de la colisión con el guepardo. Tras apartar a la revoltosa bestia, acomodó a Mallory en la tumbona y luego se puso un traje de vuelo de cuero con remiendos. ¿Era aquella la única ropa que había llevado toda su vida? Una verdadera hija del aire, que había nacido, y dormía, sobre las alas. Con su rimel muy brillante y su pelo rubio peinado como una vivida peluca, parecía un periquito vestido de cuero, una madona punk del aire. Las desgastadas insignias de la NASA sobre sus hombros le daban el aspecto de un motero. En la placa identificativa situada sobre el seno derecho se leía: «Nightingale».

—Pobre hombre... ¿Has vuelto? Estabas muy, muy lejos. —Tras los rasgos añiados, la suave boca y la nariz sin hueso, un par de ojos adultos lo contemplaban con recelo—. Oye, tú, ¿qué le ha pasado a tu uniforme? ¿Eres policía?

Mallory le tomó la mano, tocando el pesado anillo con el sello del Apolo que llevaba en el dedo anular. De algún lugar, le vino la absurda idea de que estaba casada con Hinton. Entonces notó sus pupilas dilatadas, un síntoma de fiebre.

—No te preocupes, soy médico, Edward Mallory. Estoy de vacaciones con mi mujer.

—¿Vacaciones? —La muchacha sacudió la cabeza, aliviada pero confusa—. El coche patrulla..., creí que alguien te había robado el uniforme mientras estabas... fuera. Querido doctor, ya nadie viene de vacaciones a Florida. Si no os marcháis pronto estas vacaciones pueden durar para siempre.

—Lo sé...

Mallory contempló el zoológico con sus tigres durmientes, la alegre fuente y los divertidos cohetes. Era el mundo amable de *Los alegres bromistas* del Aduanero Rousseau. Aceptó los vaqueros y la camisa que le dio la muchacha. Le había gustado estar desnudo, no por ningún impulso exhibicionista, sino porque cuadraba con aquel reino desaparecido que acababa de visitar. El tigre impasible con su piel de fuego pertenecía a aquel mundo de luz.

—Sin embargo, puede que haya llegado al lugar adecuado... Me gustaría quedarme aquí para siempre. A decir verdad, acabo de degustar lo que va a ser ese para siempre.

—No, gracias. —Intrigada por Mallory, la chica se puso de cuclillas junto a él en la hierba—. Dime, ¿con qué frecuencia tienes los ataques?

—Todos los días. Probablemente más a menudo de lo que yo mismo me doy cuenta. ¿Y tú...? —Al ver que ella sacudía la cabeza demasiado deprisa añadió—: No son tan terribles, ¿sabes? Podría decirse que uno quiere que vuelvan.

—Ya veo. Coge a tu mujer y vete... Todos los relojes van a detenerse en cualquier momento.

—Por eso estamos aquí, es nuestra única oportunidad. A mi mujer le queda aún menos tiempo que a mí. Queremos reconciliarnos con todo, signifique eso lo que signifique. Ya no demasiado.

—Doctor..., el auténtico Cabo Kennedy está dentro de tu cabeza, no aquí fuera.

Claramente inquieta por la presencia de aquel doctor desamparado, la chica se colocó el casco de vuelo. Escudriñó el cielo, las gaviotas y las golondrinas volvían a reunirse arrastradas en el aire por el zumbido distante de un motor aéreo.

—Escucha, hace una hora casi te matan. Intenté avisarte. A nuestro piloto acrobático local no le gusta la policía.

—Ya me he dado cuenta. Me alegro de que no te alcanzara. Pensé que pilotaba tu planeador.

—¿Hinton? Ni muerto pilotaría eso. Necesita la velocidad. Hinton intenta unirse a los pájaros.

—Hinton... —Al repetir el nombre, Mallory sintió una ola de miedo y alivio, dándose cuenta ahora de que estaba comprometido con el curso de los hechos que había planeado meses atrás cuando dejó la clínica en Vancouver—. De modo que Hinton está aquí.

—Está aquí. —La chica asintió, sin estar completamente convencida de que no era un policía—. No hay muchos que recuerden a Hinton.

—Yo lo recuerdo. —Mientras ella jugueteaba con el anillo del sello del Apolo le preguntó—. ¿Estás casada con Hinton?

—¿Con Hinton? Doctor, tienes unas ideas muy raras. ¿Cómo son tus pacientes?

—A menudo me lo pregunto. Pero ¿conoces a Hinton?

—¿Quién lo conoce? Tiene otras cosas en la cabeza. Arregló esta piscina y me trajo el aeroplano del museo de Orlando. —Añadió con socarronería—: La Disneylandia del Este, así llamaban a Cabo Kennedy en los viejos tiempos.

—Lo recuerdo, hace veinte años trabajé para la NASA.

—Mi padre también. —Hablaba con crudeza, furiosa por la mención de la agencia espacial—. Fue el último astronauta, Alan Shepley, el único que no volvió. Y el único al que no esperaron.

—¿Shepley era *tu* padre? —Sorprendido, Mallory se giró para contemplar los distantes andamios de las pistas de lanzamiento—. Murió en el transbordador. Entonces sabes que Hinton...

—Doctor, no creo que fuese Hinton quien mató a mi padre. —Antes de que Mallory pudiese hablar, ella se colocó los binoculares sobre los ojos—. De cualquier forma, eso ya no importa. Lo importante es que alguien estará aquí cuando caiga.

—¿Le estás esperando?

—¿No debería, doctor?

—Sí..., pero ha pasado tanto tiempo. Además, la posibilidad de que caiga aquí es

de uno entre un millón.

—No es verdad. De hecho, según Hinton, papá podría descender en algún lugar de esta costa. Hinton dice que las órbitas están empezando a deteriorarse. Patrullo las playas todos los días.

Mallory sonrió para darle ánimos, admirando a esta niña triste pero valiente. Recordaba las fotografías en la prensa de la hija del astronauta, Gale Shepley, un bebé en los brazos fuertemente apretados de la viuda, fuera de los juzgados, tras el veredicto.

—Espero que descienda. ¿Y tu pequeño zoo, Gale?

—Nightingale —le corrigió—. El zoo es para papá. Quiero que el mundo sea un lugar especial cuando nos marchemos.

—¿Os vais juntos?

—En cierto sentido. Igual que tú, doctor, y todo el mundo aquí.

—De modo que sufres los ataques.

—No muy a menudo, por eso me mantengo en movimiento. Los pájaros están enseñándome a volar. ¿Lo sabías, doctor? Los pájaros intentan escapar del tiempo.

Estaba distraída por el cielo cubierto y la masa de aves. Tras atar a los guepardos avanzó de prisa hasta el aeroplano.

—Tengo que marcharme, doctor. ¿Sabes montar en moto? Puedes tomar prestada la Yamaha que hay en la recepción del hotel.

Pero antes de despegar le confesó a Mallory:

—Sólo son ilusiones, doctor, también para Hinton. Cuando papá descienda ya no importará.

Mallory intentó ayudarla a despegar, pero el vaporoso aparato se elevó a su propio ritmo. Pedaleando con rapidez, ella lo impulsó en el aire, ascendiendo sobre los cohetes de cromo del parque temático. El aeroplano dio una vuelta al hotel, después equilibró las largas y estrechas alas y partió hacia las playas desiertas del norte.

Inquietado por su ausencia, el tigre comenzó a pelear contra la rueda de camión que pendía del techo de la jaula. Por un instante Mallory estuvo tentado de abrir la puerta y unirse a él. Evitó los guepardos atados al trampolín, entró en el hotel vacío y subió los escalones hasta el tejado. Desde la escalera del cuarto del ascensor contempló cómo el aeroplano se movía hacia el centro espacial.

Alan Shepley: el primer hombre asesinado en el espacio. Mallory recordaba nítidamente al joven piloto del transbordador, uno de los últimos astronautas lanzados al espacio desde Cabo Kennedy antes de que cayera el telón sobre la era espacial. Antiguo piloto del Apolo, Shepley había sido un joven dedicado y agradable, tan ambicioso como los otros astronautas, aunque sorprendentemente ingenuo.

Como todos los demás, Mallory le prefería al copiloto del transbordador, un físico

investigador que representaba el obligado porcentaje de civiles entre los astronautas. Recordaba que, de manera instintiva, no le había gustado Hinton la primera vez que se vieron en el centro médico. Pero desde el principio le fascinó la rareza e irritabilidad de aquel hombre. En sus últimos días, el programa espacial había comenzado a atraer a personas ligeramente desequilibradas, y advirtió que Hinton pertenecía a esa segunda generación de astronautas, inconformistas, con sus propias y complejas motivaciones, muy diferentes a los disciplinados pilotos de servicio que habían compuesto las tripulaciones del Mercury y del Apolo. Hinton tenía el temperamento intenso y obsesivo de un Cortés, un Pizarra o un Drake, sangre caliente y corazón frío. Fue Hinton el que había expuesto por primera vez tantos de los interrogantes latentes en el corazón mismo del programa espacial, aquellas dimensiones psicológicas que habían sido ignoradas desde el comienzo y que fueron reveladas posteriormente, demasiado tarde, con las crisis nerviosas de los primeros astronautas y sus caídas en el misticismo y la melancolía.

Russell Schweickart había dicho en una ocasión: «Los mejores astronautas nunca sueñan». Hinton no sólo soñaba, sino que había resquebrajado todo el tejido espacio-temporal, había roto el reloj de arena del que se escapaba el tiempo. Mallory era consciente de su propia complicidad, pues él había sido el máximo responsable de que colocaran juntos a Shepley y a Hinton al suponer que el reprimido y serio Shepley podría suministrar el detonador para un experimento metafísico especial.

A todos los efectos, la muerte de Shepley había sido el primer asesinato en el espacio, una crisis que Mallory había orquestado y a la que había dado inconscientemente la bienvenida. El asesinato del astronauta y la intranquilidad pública que le siguió marcaron el fin de la era espacial, se supo entonces que el hombre había cometido un crimen evolutivo por haber viajado al espacio, que estaba interfiriendo con los elementos de su propia consciencia. La fractura del frágil continuo erigido por la psique humana a través de millones de años había quedado al descubierto, en la confusa sensación temporal de los habitantes de las ciudades cercanas al centro espacial. Cabo Kennedy y toda la Florida se convirtieron en lugares envenenados, evitados para siempre, como los sitios de pruebas nucleares en Nevada y Utah.

Aun así, quizá, en lugar de volverse loco en el espacio, Hinton había sido el primer hombre en *volverse cuerdo*. En el juicio se declaró inocente y se negó a defenderse, contemplando el circo de medios de comunicación mundiales con un estoicismo que a ratos parecía estafalario. Aquel silencio desconcertó a todo el mundo. ¿Cómo podía creerse Hinton inocente de un asesinato (encerró a Shepley en el módulo de acoplamiento, descargó su suministro de aire y entonces lo lanzó al exterior en su ataúd, manteniendo todo el rato una actitud flemática) cometido frente a mil millones de testigos televisivos?

Alcatraz se volvió a poner en funcionamiento sólo para Hinton, para prevenir que aquel prisionero aislado en la fría isla contaminase al resto de la raza humana. Veinte años después, había sido debidamente olvidado e incluso el informe de su fuga tan sólo mereció una breve mención. Se suponía que había muerto, tras estrellarse en las heladas aguas de la bahía con un pequeño aparato que había construido en secreto. Mallory viajó a San Francisco para ver el anegado aparato, un curioso ornitóptero construido con los tejos que le habían permitido plantar en el pétreo suelo de la isla, impulsado por un motor casero a propulsión que funcionaba con un explosivo hecho a base de fertilizante. Había esperado veinte años a que el lento crecimiento de los árboles perennes los hiciera suficientemente fuertes como para convertirse en las alas que lo llevarían hasta la libertad.

Seis meses después de la muerte de Hinton, un viejo colega de la NASA le dijo a Mallory que se había visto a un extraño piloto de acrobacias volando en un antiguo avión en Cabo Kennedy, un hijo del aire que hasta aquel momento había eludido los desgastados intentos de bajarlo a tierra. La descripción de los aeroplanos como jaulas de pájaros le recordaron a Mallory el ornitóptero hundido sobre la playa invernal...

De modo que Hinton había vuelto a Cabo Kennedy. Mientras Mallory avanzaba en la Yamaha por la carretera de la costa, a través de los moteles desiertos y los bares de Cocoa Beach, contempló la brillante arena del Atlántico, tan diferente de las piedras de la isla prisión. Pero ¿era el ornitóptero un señuelo, como las otras máquinas antiguas con las que Hinton sobrevolaba el centro espacial? ¿Unas máquinas que ocultaban otro objetivo? ¿Alguna otra fuga?

CINCO

Quince minutos más tarde, mientras Mallory aceleraba por la pasarela de la NASA en dirección a Titusville, fue adelantado por un viejo biplano wright. Al cruzar el río Banana, notó que el ruido de un segundo motor había ahogado el de la Yamaha. La venerable máquina voladora apareció sobre los árboles, con un piloto de rostro demacrado y familiar sentado en la cabina abierta. Sin poder adelantar la Yamaha, el piloto descendió a unos tres metros de la carretera, haciendo señas a Mallory para que se detuviera, luego paró el motor y aterrizó en el cemento lleno de maleza.

—Mallory, te he estado buscando. ¡Vamos, doctor!

Mallory dudó, la estela arenosa de los propulsores del wright le punzaba las heridas bajo la camisa. Mientras escudriñaba por entre las barras, Hinton lo agarró del brazo y lo subió al asiento del pasajero.

—Mallory, sí..., eres tú.

Hinton se colocó las gafas sobre su frente huesuda, revelando un par de ojos sanguinolentos. Contempló a Mallory con evidente asombro, como sorprendido de

que Mallory hubiese envejecido durante los últimos veinte años, pero encantado de que hubiese sobrevivido.

—Nightingale me contó que estabas aquí. Doctor Misterio..., ¡casi te mato!

—¡Lo estás intentando de nuevo...!

Mallory se agarró a las desgastadas correas del asiento mientras Hinton abría el acelerador. El biplano se elevó por el aire. Con un golpe de viento, a través de la pasarela expuesta, voló hacia atrás unos segundos, después se elevó en vertical y se ladeó hacia los árboles en dirección a los distantes andamios. Miles de golondrinas y martinetas los pasaron por todos lados, ignorando a Hinton, acostumbrados al errático aviador y sus absurdas máquinas.

Mientras Hinton maniobraba con la caña del timón, Mallory observó a aquel hombre febril y desnutrido. Los años en prisión y el viento sobre Cabo Kennedy habían filtrado todas las sales de hierro de su pálida piel. Los ásperos párpados, el puente despellejado de su fuerte nariz y los labios agrietados palidecían como plata en el viento. Había traspasado el cansancio y la desnutrición hasta llegar a un reino en donde los elementos rivales de su mente en guerra estaban unidos como los dientes de un reloj al que se le ha dado demasiada cuerda. Mientras daba puñetazos en el brazo de Mallory, quedaba claro que había olvidado los años pasados desde su último encuentro. Señaló hacia abajo, hacia el bosque, los viaductos, las cubiertas de cemento y las garitas, ansioso por presumir de sus dominios.

Habían llegado al corazón del complejo espacial, donde los andamios se alzaban como patíbulos en alquiler. En el centro estaba la gigantesca grúa y el último de los transbordadores montado en vertical sobre la plataforma de lanzamiento. Sus oxidadas huellas yacían en los alrededores, las cadenas de un coloso desencadenado.

Aquí en Cabo Kennedy el tiempo no se había detenido, sino que iba hacia atrás. El enorme tanque de combustible y los motores auxiliares del transbordador parecían las cúpulas y minaretes de una réplica del Taj Mahal. Había hileras de aviones antiguos en la pista bajo la grúa —un planeador lilienthal yacía de lado como un ventilador de adorno, un mignet flying flea, el fokker, spad y sopwith camel, y un wright flyer de los comienzos de la aviación—. Mientras daban vueltas alrededor de la plataforma de lanzamiento, Mallory casi esperó ver a un grupo de aviadores eduardianos atestando aquella exposición de aparatos antiguos, pilotos con polainas y abrigo, mujeres pasajeras vistiendo gorros ajustados con correas de cuero.

Otros fantasmas poblaban la luz del día en Cabo Kennedy. Cuando aterrizaron, Mallory pisó la sombra bajo la plataforma de lanzamiento, una catedral de hierro rechazada por el cielo. Un inquietante silencio llegó desde el denso bosque que llenaba las otrora despejadas cubiertas del centro espacial, los búnkeres cegados y las torres de vigilancia oxidadas.

—¡Mallory, me alegro de que hayas venido! —Hinton se quitó el casco de vuelo

revelando un cuero cabelludo lleno de bultos bajo la espesa mata de pelo. Mallory recordó que había sido atacado en una ocasión por un celador desquiciado—. ¡No podía creerme que fueras tú! ¿Y Anne? ¿Está bien?

—Está aquí, en el hotel de Titusville.

—Lo sé, acabo de verla en el tejado. Parecía... —La voz de Hinton decayó, en su preocupación había olvidado lo que estaba haciendo. Comenzó a caminar en círculos y entonces se recuperó—. Aun así, es bueno verte. Es más de lo que esperaba. Eras la única persona que sabía lo que pasaba aquí.

—¿Ah, sí? —Mallory buscó el sol, oculto tras el frío volumen de la plataforma de lanzamiento. Cabo Kennedy era aún más siniestro de lo que había supuesto, como un antiguo campo de exterminio—. No creo que yo...

—¡Claro que lo sabías! De algún modo éramos colaboradores. Créeme, Mallory, lo seremos de nuevo. Tengo mucho que contarte...

Feliz de ver a Mallory pero preocupado por el médico tembloroso, Hinton lo abrazó con sus inquietas manos. Cuando Mallory se estremeció, intentando protegerse los hombros, Hinton silbó y le miró de manera aprensiva bajo la camisa.

—Mallory, lo siento. El coche de policía me confundió. Pronto vendrán a por mí, tenemos que movernos rápido. Pero no tienes buen aspecto, doctor. El tiempo se agota, supongo que al principio cuesta entenderlo...

—Estoy empezando a hacerlo. ¿Qué hay de ti, Hinton? Necesito hablar de lodo contigo. Pareces...

Hinton hizo una mueca. Se golpeó las caderas, su cuerpo desnutrido le producía impaciencia, era un órgano atrofiado que pronto habría que descartar.

—Casi he tenido que matarme de hambre, la carga que es capaz de soportar esa máquina es demasiado baja. Me llevó años, de otro modo se habrían dado cuenta. Aquellos exámenes médicos interminables... Les aterrorizaba que estuviese incubando una psicosis mucho más avanzada. No eran capaces de entender que estaba abriendo la puerta a un nuevo mundo. —Recorrió con la mirada el centro espacial, el viento vacío—. Debíamos escapar del tiempo, de eso iba el programa espacial...

Condujo a Mallory hacia una escalera de acero que llevaba a la cubierta de ensamblaje cinco pisos más arriba.

—Vamos a la cima. Vivo en el transbordador. Aún hay un módulo de tripulación de la plataforma Marte en la bodega, muchísimo más cómodo que la mayoría de los hoteles de Florida. —Y añadió con un destello de ironía—: Supongo que es el último lugar en el que me buscarán.

Mallory comenzó a ascender por la escalera. Intentó no tocar los remaches grasientos y las húmedas barandillas, bajando la mirada ante la piel alicatada del transbordador que emergía por encima de la cubierta de ensamblaje. Después de

tantos años pensando en Cabo Kennedy, aún no estaba preparado para la extrañeza de aquella máquina enorme y reduccionista, un *Juggernaut* que podría ser empujado por sus adoradores a lo largo y ancho del planeta, devorando los años y las horas y los segundos.

Incluso Hinton parecía cautivado, mientras contemplaba el cielo como si esperara a que Shepley hiciera su aparición. Se cuidó de no darle la espalda a Mallory, sospechando a las claras que el antiguo médico de la NASA había sido enviado para atraparlo.

—Vuelo y tiempo, Mallory, están unidos. Los pájaros siempre lo han sabido. Para escapar del tiempo primero necesitamos aprender a volar. Por eso estoy aquí. Estoy aprendiendo a volar, retrocediendo hasta el principio con todos esos aviones viejos. Quiero volar sin alas...

Mientras el ala delta del transbordador se desplegaba por encima de ellos, Mallory se tambaleó contra la barandilla. Exhausto por la ascensión, intentó bombear aire con sus pulmones. El silencio era demasiado grande, una quietud en el centro del detenido reloj del mundo. Escudriñó el bosque sin aliento y las pistas en busca de algún signo de movimiento. Necesitaba una de las máquinas de Hinton para despegar y salir despedido por el cielo.

—Mallory, ¿vas a...? No te preocupes, te ayudaré.

Hinton lo había tomado del codo y lo estabilizó. Mallory sintió que de repente la luz lo empapaba, el mismo intenso brillo blanquecino que había visto mientras el guepardo se le acercaba. El tiempo abandonó el aire, tembló por un instante mientras él luchaba por mantenerse agarrado a los efímeros segundos.

Una bandada de martinetas cruzó la cubierta de ensamblaje y giró alrededor del transbordador como una explosión de hollín. ¿Intentaban avisarle? A causa de la breve agitación, sintió que se le aclaraban los ojos. Había sido capaz de librarse del ataque, pero este volvería.

—¿Doctor? Todo irá bien. —Hinton estaba claramente decepcionado mientras veía a Mallory apoyarse en la barandilla—. No intentes luchar, doctor, todos cometen ese error.

—Va a... —Mallory lo apartó. Hinton estaba demasiado cerca de la barandilla, sus maniáticos gestos podían lanzarlo por el borde—. Los pájaros...

—Por supuesto, ¡nos uniremos a los pájaros! Mallory, todos podemos volar, todos nosotros. Piénsalo, doctor, volar de verdad. ¡Viviremos para siempre en el aire!

—Hinton...

Mallory retrocedió por la cubierta mientras Hinton agarraba la grasienta barandilla, a punto de catapultarse por el aire. Necesitaba escapar de aquel loco y sus lunáticos planes.

Hinton saludó con la mano a los aviones situados allí abajo, a los fantasmas en

sus cabinas.

—Lilienthal y los Wright, Curtiss y Blériot, incluso el viejo Mignet... están aquí, doctor. Por eso vine a Cabo Kennedy. Necesitaba volver al principio, a mucho antes de que la aviación nos condujera por el camino equivocado. Cuando el tiempo se detenga, Mallory, saltaremos desde esta cubierta y volaremos hacia el sol. Tú y yo, doctor, y Anne...

La voz de Hinton se hacía cada vez más profunda, un estruendo cavernoso. El costado blanco del casco del transbordador era una linterna de hueso traslúcido que proyectaba una luz espectral sobre el bosque sombrío. Mallory se tambaleó hacia delante, debido a algún impulso a medio formar quería que Hinton brincara por la barandilla, saltase al aire y desafiase a los pájaros. Si le empujaba en los hombros...

—¿Doctor?

Mallory alzó las manos pero era incapaz de acercarse a Hinton. Como el guepardo, siempre se encontraba a unos centímetros de distancia.

Hinton le había agarrado el brazo con un gesto de consuelo, echándolo contra la barandilla.

—Vuela, doctor...

Mallory permaneció en el borde. Su piel era parte del aire, estaba invadida por la luz. Necesitaba librarse de la enorme interferencia del tiempo y el espacio, de aquella cubierta oxidada y del torpe vehículo con marcas. Podría flotar libre, suspendido por siempre sobre el bosque, señor del tiempo y la luz. Volaría...

Un remolino de aire cargado le golpeó el rostro. Líneas fracturadas aparecieron en el viento a su alrededor. Las alas transparentes de un aeroplano pasaron por su lado, sus hélices cortando la luz del sol.

Las manos de Hinton le apretaron los hombros, empujándolo con impaciencia sobre la barandilla. El aeroplano giró de lado, dio la vuelta y voló de nuevo hacia ellos. El sol destellaba en la hélice, un chorro de fotones que devolvió el tiempo a los ojos de Mallory. Liberándose de Hinton, se puso de rodillas mientras la joven hacía una pasada en su aeroplano. Vio su rostro nervioso tras los binoculares y oyó que gritaba advirtiéndole de Hinton.

Pero Hinton ya se había ido. Sus pies resonaron en la escalera metálica. Mientras partía con el fokker gritó con enfado a Mallory, decepcionado. Mallory se arrodilló en el borde de la cubierta de acero, esperando a que el tiempo volviera a su mente, sus manos agarrando la grasienta barandilla con la fuerza de un recién nacido.

SEIS

Cinta 24: 17 de agosto

De nuevo no ha habido señales de Hinton hoy.

Anne duerme. Hace una hora, cuando volví de la farmacia, me miró con los ojos enfocados por primera vez en una semana. Durante los pocos minutos que estuvo totalmente despierta, traté con esfuerzo de alimentarla. El tiempo se ha detenido virtualmente para ella, hay largos periodos en los que se encuentra claramente en un mundo estacionario, una serie de retablos estáticos que varían ocasionalmente. Entonces despierta brevemente y comienza a hablar de Hinton y del vuelo a Miami que ambos harán en el cessna. Aun así parece refrescada por estos viajes a la luz, como si su mente extrajera alimentos del propio hecho de que no pasa el tiempo.

Yo me siento igual, a pesar de la herida infectada en mi hombro por las sucias uñas de Hinton. Los ataques se suceden doce veces al día, todo se ralentiza hasta un flujo apenas perceptible. La intensidad de la luz crece, los fotones retroceden hasta el sol. Al abandonar la farmacia contemplo a un periquito cruzar la calle por encima de mí; pareció tardar dos horas en volar quince metros.

Quizá a Anne le quede otra semana antes de que el tiempo se detenga para ella. En cuanto a mí, ¿tres semanas? Es extraño pensar que, digamos, a las 15.47 del 8 de septiembre, el tiempo se detendrá para siempre. Un solo microsegundo pasará inadvertido para el resto, pero para mí durará una eternidad. Será mejor que decida cómo quiero pasarla.

Cinta 25: 19 de agosto

Dos días agitados. Anne tuvo una recaída ayer por la tarde, un síncope vasovagal producido al despertar justo cuando Hinton ametrallaba el hotel con su wright Ayer. Apenas pude detectarle el pulso y pasé horas masajeando sus pantorrillas y sus ingles (me adentraría con alegría en la eternidad acariciando a mi mujer). Intenté levantarla, hice que anduviera por el balcón con la esperanza de que el ruido del avión de Hinton la volviese a poner en marcha. De hecho, esta mañana me habló de manera totalmente lúcida, obviamente sorprendida por mi aspecto abandonado. Para ella, es una de esas tranquilas tardes de hace tres semanas.

Aún podríamos marcharnos, arrancar uno de los coches abandonados y alcanzar la frontera en Jacksonville antes de que se agoten los últimos minutos. He de recordarme continuamente por qué vinimos aquí. Huir hacia el norte no solucionará nada. Si hay una solución, está aquí, en algún lugar entre las obsesiones de Hinton y el ataúd en órbita de Shepley, entre el centro espacial y aquellos tránsitos brillantes y espeluznantes que son tan visibles de noche. Espero no marcharme justo cuando él llegue y tener que pasar el resto de la eternidad contemplando el cadáver en evaporación del hombre al que ayudé a morir en el espacio. Sigo pensando en ese tigre. De algún modo, puedo calmarlo.

Cinta 26: 25 de agosto

15.30. La primera hora ininterrumpida de tiempo consciente que he tenido en días. Cuando desperté hace quince minutos Hinton acababa de terminar de ametrallar el hotel —de las palmeras llovían insectos y polvo sobre el balcón—. Está claro que Hinton intenta mantenernos despiertos, posponiendo el final hasta que esté listo para jugar su última carta, o quizá hasta que yo me halle fuera de juego y le quede vía libre con Anne.

Aún pienso en sus motivaciones. Parece haber abrazado la destrucción del tiempo, como si esta enfermedad fuese una oportunidad a la que debiéramos agarrarnos, el próximo avance evolutivo. Me estuvo atrayendo hasta el borde de la cubierta de ensamblaje, animándome a volar; si Gale Shepley no hubiera aparecido en el planeador me habría caído por encima de la barandilla. A su extraño modo él trataba de ayudarme, de guiarme hacia ese nuevo mundo sin tiempo. Cuando lanzó a Shepley del transbordador, no pensaba que estuviera matándolo sino liberándolo.

Los aviones cada vez más primitivos son la búsqueda de Hinton de una forma pura de vuelo, en la que se embarcará en el último momento. Un Santos-Dumont voló ayer, una torpe cometa, ya ha abandonado las máquinas de la Primera Guerra Mundial. Deliberadamente, pilota máquinas mal diseñadas, como parte de su intento de escapar de la aviación alada hacia el vuelo absoluto, estructuras poéticas antes que aeronáuticas.

Las raíces del chamanismo y la levitación, y la catexis erótica del vuelo..., ¿pueden ser vistos como un intento de huir del tiempo? La supuesta habilidad del chamán para abandonar su forma física y volar con su cuerpo espiritual, los psicopompos que guían las almas de los muertos y son capaces de lograr dominio sobre el fuego parecen estar íntimamente unidos con los defectos del aparato vestibular causados por la exposición prolongada a la gravedad cero durante los vuelos espaciales. Deberíamos haberles dado la bienvenida.

Ese tigre..., me obsesiona con la idea de que está ardiendo.

Cinta 27: 28 de agosto

Hoy un inmenso silencio, ni un murmullo sobre la suave cubierta verde de Florida. Puede que Hinton se haya matado. Quizá todos estos vuelos sean una especie de ritual expiatorio; cuando muera, la maldición del chamán desaparecerá. Pero ¿quiero volver al tiempo? En contraste, ese mundo estático de brillante luz golpea el corazón como una visión del Edén. Si el tiempo es una estructura mental primitiva estamos en lo cierto al rechazarla. Hay una interpretación por la que no sólo el chamán sino todas las creencias místicas y religiosas son un intento de crear un mundo sin tiempo. ¿Por qué el hombre primitivo, que necesitaba un cerebro tan sólo

un poco mayor que el del tigre del zoo de Gale, tenía una mente casi igual a las de Freud y Leonardo? Quizá todo ese exceso de capacidad neuronal estaba allí para liberarlo del tiempo y no ha sido hasta la era espacial, y el sacrificio del primer astronauta, que se ha conseguido tal meta. Matar a Hinton... ¿Cómo, sin embargo?

Cinta 28: 3 de septiembre

Días perdidos. Ya apenas soy consciente del flujo del tiempo. Anne yace en la cama, se despierta durante unos pocos minutos y hace un fútil intento de alcanzar el tejado, como si el cielo ofreciese algún tipo de escape. Acabo de traerla de las escaleras. Es demasiado esfuerzo salir a buscar comida, esta mañana de camino al supermercado la luz era tan brillante que tuve que cerrar los ojos y caminé a tientas por las calles como un mendigo ciego. Parecía que estuviese sobre el suelo de una inmensa caldera.

Anne está cada vez más inquieta, murmurando para sí en alguna nueva lengua, como si se preparase para un viaje. Grabé uno de sus lentos monólogos, similar a un poema de amor gaélico, y lo aceleré luego a tiempo normal. Un agonizante «Hinton... Hinton...».

Ha tardado veinte años en aprender.

Cinta 29: 6 de septiembre

No pueden quedar más que unos pocos días. El tiempo del sueño se alarga doce veces al día, todo se ralentiza hasta detenerse. Desde el balcón acabo de ver una bandada de oropéndolas cruzar la calle. Parecieron tardar horas, sus alas inmóviles las soportaban mientras pendían por encima de los árboles.

Por fin los pájaros han aprendido a volar.

Anne está despierta...

ANNE: ¿Quién ha aprendido a volar?

EM: Todo va bien..., los pájaros.

ANNE: ¿Les has enseñado tú? ¿De qué estoy hablando? ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

EM: Desde el amanecer. Dime lo que soñabas.

ANNE: ¿Es esto un sueño? Ayúdame a despertar. Dios, está oscuro en la calle. Ya no queda tiempo aquí. Edward, encuentra a Hinton. Haz lo que te diga.

SIETE

Matar a Hinton...

Mientras el motor de la Yamaha revivía, Mallory se montó y volvió la vista hacia el hotel. En cualquier momento, como si se agarrase a los últimos minutos que le quedaban, Anne saldría de la habitación e intentaría llegar hasta el tejado. Los relojes parados de Titusville estaban a punto de decirle su tiempo real, la eternidad para aquella mujer perdida sería una escalera alrededor de una cabina de ascensor vacía.

Matar a Hinton..., no tenía ni idea de cómo. Se puso en marcha a través de las calles al este de Titusville, zigzagueando entre los coches abandonados. Era difícil controlar la Yamaha, con su rígida caja de cambios y su inestable acelerador. Conducía a través de un desconocido suburbio de la ciudad, un terreno de casas unifamiliares, centros comerciales y aparcamientos contruidos para los empleados de la NASA durante el *boom* inmobiliario de la década de 1960. Pasó por un camión volteado que había volcado su cargamento de televisores por la calle y una furgoneta de lavandería que se había empotrado contra el escaparate de una licorería.

Los andamios del centro espacial estaban cinco kilómetros al este. Sobre ellos, en el aire, había un aparato aéreo, un helicóptero primitivo de hélice superior. Las aspas estaban detenidas, como si por fin Hinton se las hubiese ingeniado para librarse de las alas.

Mallory aceleró hacia el cabo, el motor de la motocicleta a pleno rendimiento. La extensión de urbanizaciones se desplegó ante él, repitiéndose sin fin, los mismos centros comerciales, bares y moteles, las mismas tiendas y concesionarios de coches de segunda mano que habían visto él y Anne en su viaje a través del continente. Casi podía creer que conducía de nuevo a través de Florida, a través de los cientos de pequeños pueblos unidos unos a otros, un universo suburbano en el que aquellas idénticas tiendas de licores, aparcamientos y centros comerciales formaban los bloques de una cadena de ADN urbano generada por el núcleo del centro espacial. Había conducido por esta carretera, a través de las silenciosas intersecciones, no durante minutos u horas sino durante años y décadas. La cadena que se desenvolvía cubría toda la superficie del globo y entonces se lanzaba por el espacio pavimentando las paredes del universo antes de curvarse sobre sí misma y aterrizar aquí, en este punto de partida en el centro espacial. De nuevo pasó por el camión volteado junto a los televisores desperdigados, de nuevo la furgoneta de lavandería en el escaparate de la tienda de licores. Pasaría junto a ellos por siempre, siempre cruzaría la misma intersección, vería el mismo cartel oxidado sobre la misma cabina de motel...

—¡Doctor...!

El olor a carne quemada se aceleró en la nariz de Mallory. Su pantorrilla derecha presionaba contra los múltiples tubos de escape de la Yamaha parada. Los trozos carbonizados de su pantalón de algodón colgaban de la herida abierta. Mientras la joven con el traje de aviador negro corría a través de la calle, Mallory se empujó a sí

mismo liberándose de la torpe máquina, tropezó sobre sus ruedas giratorias y se arrodilló en la carretera.

Se había detenido en una intersección a ochocientos metros del centro de Titusville. La vasta extensión planetaria de aparcamientos había desaparecido, se había colado por algún embudo cósmico y se había contraído formando aquel enclave suburbano con un único motel abandonado, dos casas unifamiliares y un bar. A diez metros, las pantallas vacías de los televisores le miraban desde la carretera junto al camión volcado. En la acera, unos pasos más lejos, la furgoneta de lavandería yacía en el escaparate de la licorería, había polvorientas botellas de vodka y *bourbon* en la sombra de la punta del ala del planeador con el que Gale Shepley había aterrizado en la calle.

—¡Doctor Mallory! ¿Me puedes oír? Pobre hombre...

Le empujó hacia atrás la cabeza y lo miró a los ojos, entonces apagó el motor aún en marcha de la Yamaha.

—Te vi aquí sentado, había algo... ¡Dios santo, tu pierna! ¿Hinton...?

—No..., yo mismo me he prendido fuego.

Mallory se puso de pie rodeando con un brazo los hombros de la chica. Aún intentaba aclarar su mente, había algo extrañamente seductor en aquel mundo suburbano.

—He sido un tonto al intentar conducirla. He de ver a Hinton.

—Doctor, escúchame... —La chica sacudió las manos, con los ojos muy abiertos por la fiebre. El rímel y el pelo eran aún más extraños de lo que recordaba—. ¡Te estás muriendo! Un día más o dos, tal vez una hora, y te habrás marchado. Encontraremos un coche y te llevaré hacia el norte. —Apartó con esfuerzo los ojos del cielo—. No me gusta la idea de dejar a papá, pero tienes que salir de aquí, eso ya está dentro de tu cabeza.

Mallory intentó levantar la pesada Yamaha.

—Hinton... Es todo lo que queda. También para Anne. De algún modo tengo que... matarlo.

—Él lo sabe, doctor.

Se calló al oír el sonido de un motor aéreo aproximándose. Un avión estaba sobrevolando las calles aledañas, su sombría mole se veía a través de las hojas de las palmeras, el destello del sol en las aspas del rotor. Pasó sobre ellos mientras se agazapaban entre los televisores. Era un antiguo autogiro que se movía pesadamente por el aire como una cosechadora aérea, parecía que el rotor estuviera impulsado por el sol. En la cabina, el piloto estaba demasiado ocupado con los controles como para escudriñar la calle.

Además, tal como sabía Mallory, Hinton ya había encontrado a su presa. De pie en el tejado del hotel, con el camisón alrededor de los hombros, estaba Anne Mallory.

Por fin había conseguido subir las escaleras, impulsada por su sueño del cielo. Contemplaba enceguecida el autogiro, y retrocedió un simple paso sólo cuando el aparato dio una vuelta al hotel y aterrizó entre una tormenta de hojas y polvo. Al tocar el tejado, la corriente de la hélice arrancó el camisón de sus hombros. Desnuda, se giró para encarar el autogiro, era la amante de aquella extraña máquina llegada para salvarla de un mundo saqueado por el tiempo.

OCHO

Al llegar a la pasarela de la NASA, enormes columnas de humo se elevaban desde el centro espacial. Desde el asiento trasero de la motocicleta, Mallory contempló las nubes hirvientes en el aire manchado. El bosque estaba rojo por el calor, el follaje brillaba como el carbón de una caldera.

¿Había llenado de fuel los motores del transbordador y estaba Hinton preparando el aparato para el despegue? Iba a llevarse a Anne y la arrojaría con él al espacio, igual que había arrojado a Shepley, uniéndose ambos al astronauta muerto en su ataúd orbital.

El humo se movía por los árboles que había delante, impulsado por las explosiones que provenían del lugar de lanzamiento del transbordador. Gale aminoró la marcha de la Yamaha y señaló una apertura en las nubes. El transbordador aún estaba en la plataforma, los motores en silencio, el casco blanco reflejando los destellos de las explosiones en las pistas de cemento.

Hinton había prendido fuego a los aviones antiguos. Las llamas, gruesas por el aceitoso humo, se elevaban desde la munición incandescente caída entre los trenes de aterrizaje. El biplano curtiss ardía vivamente. Una frenética bola de fuego consumió el compartimento del motor del fokker, detonó el tanque de fuel y disparó la munición de la ametralladora. Al explotar, los cartuchos atravesaron las alas mientras se doblaban como un castillo de naipes.

Gale estabilizó la Yamaha con los pies y bordeó los árboles incandescentes que estaban a doscientos metros de la fila de máquinas en llamas. Las explosiones relampagueaban en sus binoculares, haciendo palidecer su fuerte maquillaje y dándole al rubio pelo una blancura cenicienta. El calor golpeó el rostro de Mallory mientras examinaba el aparato en busca de rastros de Hinton. Zarandeado por las llamas que rugían en su fuselaje, la hélice del autogiro rotó rápidamente, se prendió fuego y giró en un último carnaval ardiente. Junto a él, las llamas corrieron por las alas del wright flyer; con una lluvia de chispas, el aparato en llamas se elevó en el aire y cayó sobre el sopwith camel. Prendido por el intenso fuego, el motor del flying flea rugió despertando, luego impulsó el pequeño aparato en un rápido arco entre los amasijos en llamas, haciendo arder el spad y el blériot antes de volcar envuelto en

llamas.

—Doctor..., ¡en la cubierta de ensamblaje!

Mallory siguió la mano alzada de la chica. Treinta metros por encima de ellos, Anne y Hinton estaban uno junto al otro, de pie sobre la plataforma de metal de la escalera. Las llamas de la aeronave prendida temblaban en sus rostros, como si ya se moviesen juntos por el aire. Aunque la mano de Hinton rodeaba la cintura de Anne, parecían no ser conscientes el uno del otro cuando avanzaron hacia la luz.

NUEVE

Como cada una de sus últimas tardes en Cocoa Beach, Mallory descansaba junto a la piscina del hotel abandonado, contemplando el planeador que flotaba paciente por los tranquilos cielos de Cabo Kennedy. Bajo aquella tranquila pérgola, rodeado de los reclusos adormecidos del zoo, escuchaba cómo la fuente difundía sus gemas cristalinas sobre la hierba junto a la silla. El chorro de agua estaba ahora casi parado, como el aeroplano y el viento y los vigilantes guepardos, elementos de un mundo emblemático y brillante.

Mientras el tiempo se le escapaba, Mallory se colocó bajo la fuente, feliz de verla transformada en un árbol de cristal que derramaba frutos opalescentes sobre sus hombros y manos. Los delfines volaban por el aire sobre el mar cercano. En una ocasión se metió en la piscina, encantado al ser embebido por aquel bloque enorme de tiempo condensado.

Afortunadamente, Gale Shepley lo había rescatado antes de que se ahogara. Mallory sabía que se estaba aburriendo de él. Estaba ahora concentrada sólo en la búsqueda de su padre, confiada en que volvería pronto de las mareas del espacio. De noche las trayectorias eran aún más bajas, huellas de partículas cargadas que flotaban a través del bosque. La chica casi no comía y Mallory se alegraba pensando que cuando llegase su padre dejaría por fin de volar. Entonces los dos partirían juntos.

Mallory había hecho sus propios preparativos para la partida. Siempre llevaba en la mano la llave de la jaula del tigre. Ya le quedaba poco tiempo, el mundo lleno de luz se había transformado en una serie de retablos de un desfile que celebraba los días fundacionales de la creación. Al final, cada elemento del universo, por humilde que fuese, ocuparía su lugar frente a él en el escenario.

Contempló el tigre que le aguardaba junto a los barrotes de la jaula. Los grandes felinos, como los reptiles antes que ellos, habían estado siempre parcialmente fuera del tiempo. Las llamas que marcaban su piel le recordaban el fuego que había consumido la aeronave en el centro espacial, el fuego a través del cual Anne y Hinton aún volaban para siempre.

Abandonó la piscina y caminó hacia la jaula del tigre. Pronto abriría la puerta,

abrazaría aquellas llamas y se tumbaría con la bestia en un mundo más allá del tiempo.